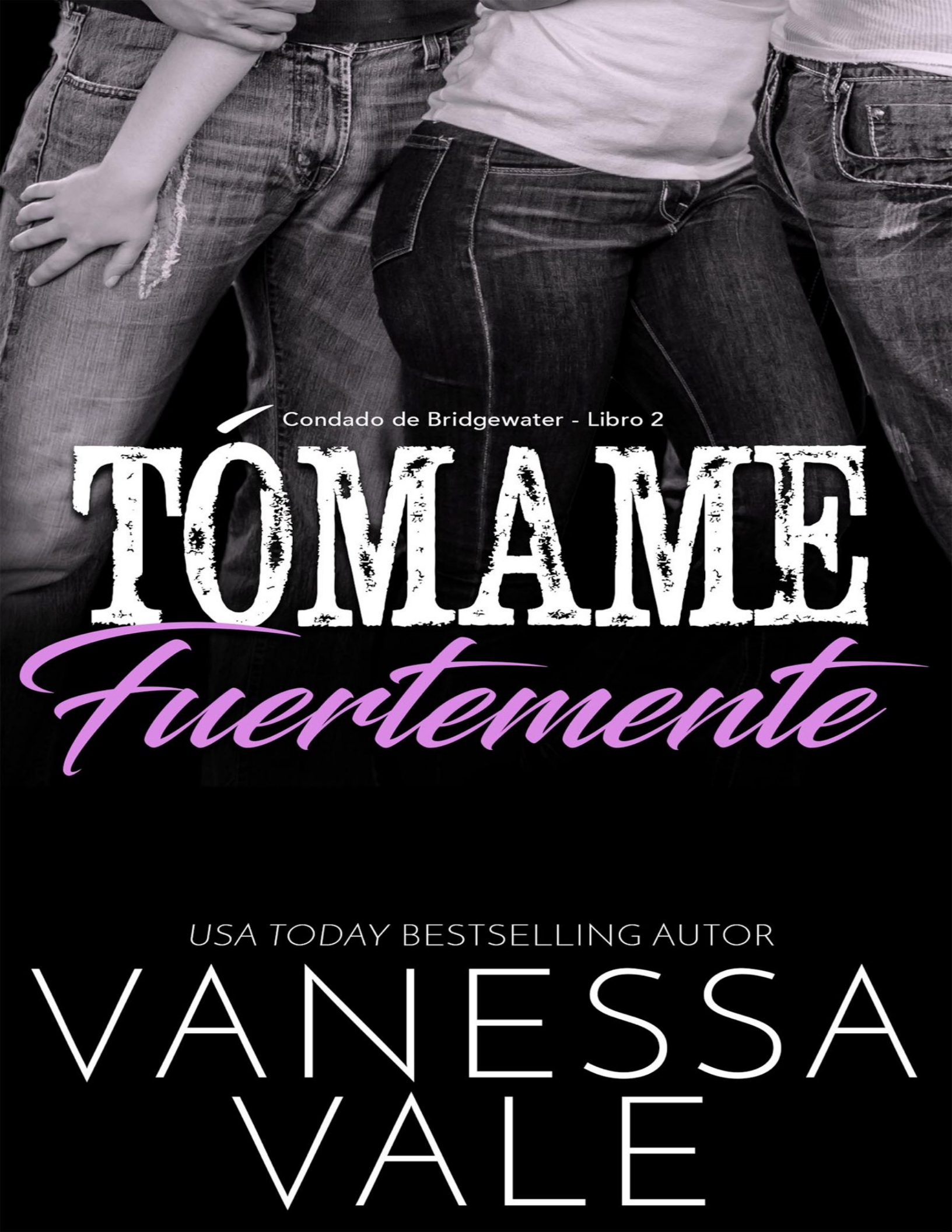


A black and white photograph of three people from the waist down, wearing jeans. The person on the left is wearing light-colored, distressed jeans. The person in the middle is wearing dark jeans and a white t-shirt. The person on the right is wearing dark jeans. The background is black.

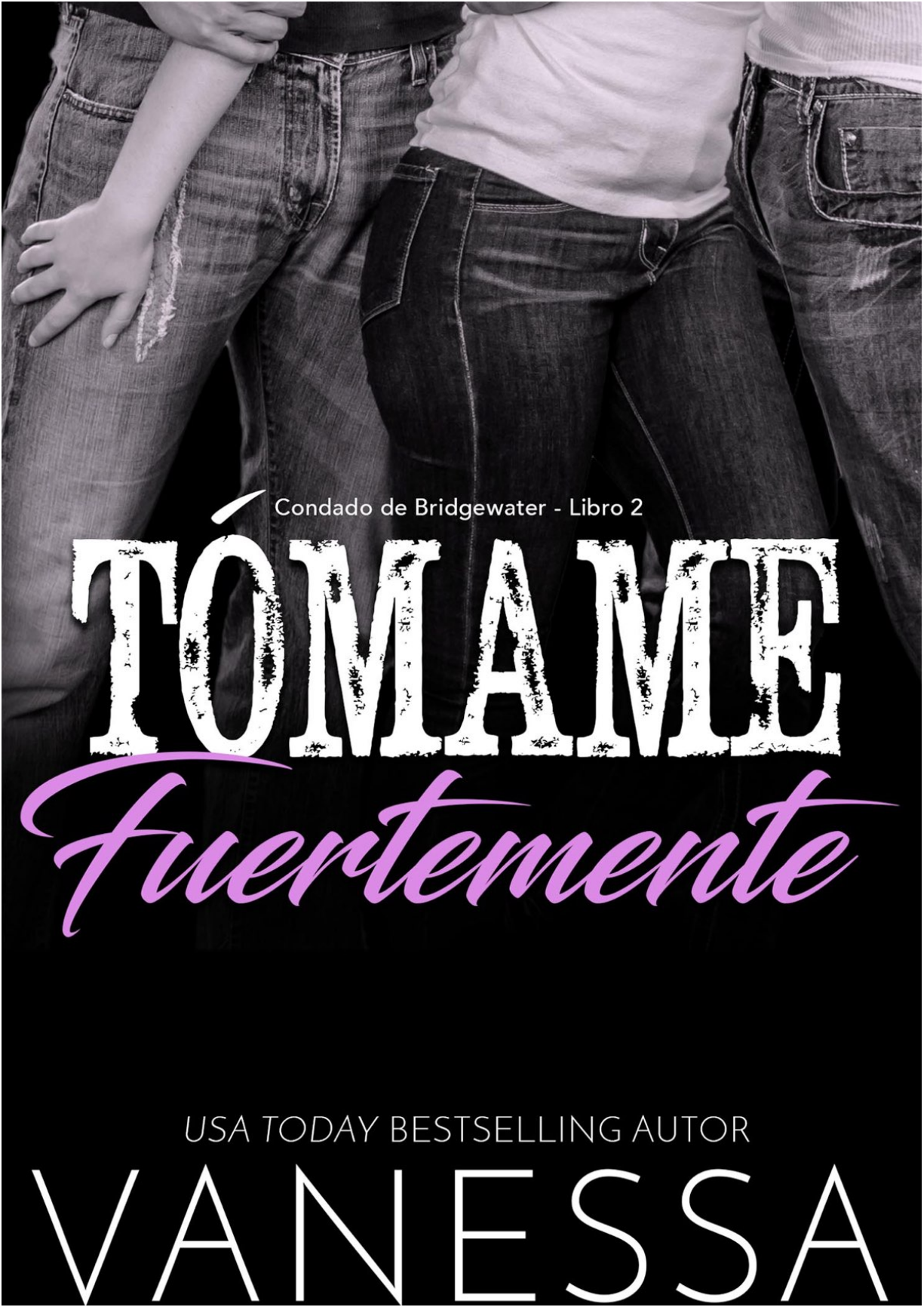
Condado de Bridgewater - Libro 2

TÓMALAME

Fuertemente

USA TODAY BESTSELLING AUTOR

VANESSA
VALE



Condado de Bridgewater - Libro 2

TÓMALME *Fuertemente*

USA TODAY BESTSELLING AUTOR

VANESSA

VALE

[OceanofPDF.com](https://oceanofpdf.com)

TÓMAME FUERTEMENTE

CONDADO DE BRIDGEWATER - LIBRO 2

VANESS VALE



OceanofPDF.com

Derechos de Autor © 2017 por Vanessa Vale

Este trabajo es pura ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora y usados con fines ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas, empresas y compañías, eventos o lugares es total coincidencia.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro deberá ser reproducido de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y retiro de información sin el consentimiento de la autora, a excepción del uso de citas breves en una revisión del libro.

Diseño de la Portada: Bridger Media

Imagen de la Portada: Period Images

OceanofPDF.com

¡RECIBE UN LIBRO GRATIS!

Únete a mi lista de correo electrónico para ser el primero en saber de las nuevas publicaciones, libros gratis, precios especiales y otros premios de la autora.

<http://vanessavaleauthor.com/v/ed>



OceanofPDF.com

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Contenido extra](#)

[¡Recibe un libro gratis!](#)

[Todos los libros de Vanessa Vale en español](#)

[Acerca de la autora](#)

[*OceanofPDF.com*](#)

PRÓLOGO



HANNAH

LAS MANOS de ellos estaban encima de mí. Sí, hablé en *plural*. Dos pares de grandes y robustas manos sobre mi piel desnuda estimulaban cada nervio por donde pasaban. Podía sentirlos, uno a cada lado. Estaba atrapada entre dos cuerpos fuertes y bien marcados, con sus penes erectos presionando mis caderas. Ellos me deseaban, eso era seguro.

¿Pero tenían que ser dos hombres? Era una doctora. Mi vida social consistía en descansos de una hora a medianoche entre casos de emergencias. La única variación de mi guardarropa era cuando debía escoger entre ropa azul o verde para llevar bajo la bata blanca de doctor. Mi maquillaje se había vencido en mi segundo año de mi carrera en medicina y nunca me había peinado de otra forma que no fuera con una cola de caballo, de manera que pudiera mantener mi cabello fuera de mi cara durante toda mi vida.

No era capaz de seducir un hombre para llevarlo a mi cama, mucho menos a dos. Bueno, seduje a un idiota, pero no había pasado por algo

como esto. Nunca me había sentido tan caliente y necesitada, tan frenética y... traviesa. Uno de ellos llegó hasta mi rodilla y me levantó la pierna. El otro hizo lo mismo con la otra y quedé recostada sobre mi espalda, con las piernas abiertas. Con las manos de ambos sujetándome, me encontraba a su merced, disponible para cualquier cosa que quisieran hacer conmigo. Y eso incluía unos gentiles dedos rodeando la punta de mi clítoris.

“Estás muy mojada bajo tus pantis”, dijo el de la voz profunda y firme. Se veía muy complacido de que estuviera excitada por él. Y, de hecho, *estaba* mojada; podía sentir el sedoso fluido correr por mi intimidad. Una barba áspera rozó mi cuello mientras su portador me besaba. Arqueando mi cabeza, le ofrecí un mejor acceso. Sentí que tiraron de mí por la cadera y escuché cómo rasgaron mi delicada ropa interior. Era mi único capricho femenino. Unos lujosos pantis. Y ahora estaban destrozados, solo eran un retazo de tela desecha, pero no me importaba. Un sujeto me había desgarrado mis pantis y *no* iba a discutir por ello.

“¿Nunca habías tratado con dos hombres antes?”. Esas palabras fueron susurradas en mi oído. Era el segundo hombre, con una voz más áspera, si eso era posible. Sentí cómo se me erizaba la piel con solo escucharlo.

Negué con la cabeza y golpeé su frente por accidente.

“Te va a encantar”.

Una mano rozó mi pezón desnudo y me dejó sin aliento. Mi cuerpo estaba tan sensible que la punta de mi seno se endureció rápidamente. Arqueé mi espalda, deseosa por más. No me bastaba con esa suave caricia solamente.

Sí. *Definitivamente* me iba a encantar.

Un dedo rodeó mi entrada inferior, dando vueltas y vueltas, pero sin intenciones de entrar.

“Por favor”, le rogué. Sabía lo que quería y era tenerlos a los dos, eso era todo lo que ellos podían darme.

“Paciencia. Las buenas chicas reciben justo lo que se merecen”, dijo la voz mientras deslizaba su dedo en mí.

“¡Oh, sí!”.

Y de repente, sentí frío, las manos gentiles y ardientes se habían esfumado. Ya no las tenía a mi alrededor. Estaba sola. Todo estaba oscuro y en lugar de sentirme apasionada, me sentía sucia. Asustada. Expuesta.

“Las chicas malas reciben justo lo que se merecen”.

Aquella voz.

Por Dios. Conocía esa voz.

No había sido la voz de ninguno de los otros hombres. No, ese era Brad.

Él era un demente e iracundo. Avergonzada, me enrollé como una bola para protegerme.

Percibí el olor de su familiar y empalagosa colonia. “Eres mía. Nunca lograrás alejarte de mí”.

Me levanté de la cama rápidamente, jadeando mientras luchaba por liberar mis piernas de las sábanas, tratando de salir.

Fue un sueño.

Cielos, todo fue un sueño.

Nada de hombres sensuales. Nada de Brad.

Me encontraba en mi nuevo apartamento, justo encima de la cafetería. Sola. Lejos de Brad, pero no estaba del todo libre.

Estaba cubierta de sudor, con mi franela mojada y respirando agitadamente. Sentí escalofríos recorriendo toda mi piel y mis pezones se habían endurecido. Mi vagina me ardía, recordando la forma en que fui tocada en el sueño. Deslicé mi mano bajo la cobija y acomodé mis pantis. Estaban mojadas y lujuriosas por aquel sueño. Quería esos dedos excitándome, incluso con la disparatada idea de formar un trío. Fue algo loco e irreal, pero no fue nada más que un sueño. Un sensual y sudoroso sueño, que Brad arruinó. Él no solo arruinaba mi sueño, también, mi vigilia.

Él lo arruinó todo.

Pude haber logrado escapar de Los Ángeles y de la crueldad de ese hombre, pero la voz en mi sueño tenía mucha razón.

No podía escapar de él.

OceanofPDF.com



HANNAH

EL UNIFORME VERDE pálido de la cafetería no estaba a la moda, pero era cómodo... y reconfortante. Pasé mi mano por los pliegues de poliéster y respiré profundamente. No se parecía en nada a la ropa de hospital a la que estaba acostumbrada, pero la sencillez del vestido con el delantal blanco era como regresar unas décadas en el tiempo, igual que como me había sentido cuando llegué a este pueblo. Bridgewater. ¿Cómo diablos terminé aquí? No solo aquí, sino en Montana. Fue para usarlo como escondite. Tenía que esconder mi vida real debido a un exnovio idiota. Tuve que huir, asustada.

Esa pregunta daba vueltas y vueltas en mi mente desde que había llegado a este pequeño e inhospitable poblado hacía dos semanas. Aunque se asentaba en un valle dibujado a la perfección, no era Londres exactamente. No era un destino para vacacionar, y trabajar como mesera en una cafetería local era lo opuesto a la carrera soñada que había dejado atrás. Nadie se alejaba de diez años de estudios, residencia e internados. Nadie, excepto yo. Sin embargo, una fugitiva no podía ser exigente, y Bridgewater era lo más

imperceptible en el mapa, en lo que a un pueblo podía referirse. Y ese era el punto, ¿no? No estaba aquí por vacaciones. No estaba aquí por el paisaje. Estaba aquí para esconderme, así de simple.

Una indignación ahora familiar se apoderó de mí y respiré profundamente para tener mis emociones bajo control. Me miré en el espejo del baño. Solo un poco de maquillaje —lo suficiente para esconder las ojeras— y alisé mi pelo para sujetarlo en una cola de caballo. Mi estadía en una residencia de hospital no me ofrecía suficiente tiempo para arreglarme, por lo que solía ir natural. Estaba acostumbrada a la mirada de traspasada. Sin embargo, ahora la tenía no porque hubiera hecho un turno de cuarenta y ocho horas en la sala de emergencias, sino que tenía ese aspecto porque estaba asustada. ¡Y eso me enfurecía! Él me había reducido a esto. Mitad asustada, mitad furiosa. Honestamente, no estaba segura de con quién estaba enojada en estos días: con mi ex por lastimarme o conmigo por escapar como una cobarde o, incluso, por haberme interesado en un tarado como él, para empezar.

Brad Madison había sido el novio ideal... al comienzo. Apuesto, atento, aun amable. Pero debí adivinar que solo sería así al principio. Nadie saldría con alguien sabiendo que era un monstruo. Los de su tipo siempre eran dulces, encantadores, amorosos y cariñosos. Brad no cambió de la noche a la mañana. Su caída fue en espiral, lenta y traicionera. Poco a poco, él se volvió más controlador, y sus palabras se fueron tornando cada vez más crueles. Después de varias semanas, se había vuelto obvio. La manera en que me manipulaba y me hacía dudar de mí misma lo tornaba un clásico ejemplo de abuso emocional. Ya lo había visto en emergencias: mujeres que “chocaron con la puerta” o “se tropezaron”.

No me di cuenta en ese momento, incluso con todo el tiempo que había pasado trabajando en el hospital. El cambio —en Brad y en nuestra relación— había ocurrido tan sutilmente que había perdido toda perspectiva.

Hasta que me golpeó.

Fue solo una vez, pero eso fue parte del problema. Mi reacción inicial, luego de que la conmoción y el miedo desaparecieron, fue el decirme a mí misma que solo fue una vez. Intenté creer en él, que no lo volvería a hacer. Que él se sentía arrepentido por ello y que cambiaría. No obstante, aquella repentina conducta era su verdadera cara. Y lo peor de todo era que había empezado a caer en una trampa habitual. Comencé a culparme a mí misma. Esa vez yo había quemado los huevos. El momento cuando me di cuenta de que estaba justificando sus acciones, fue en emergencias. Tenía suficiente base y corrector para esconder la marca en mi mejilla. Ese día llegó una mujer que había sido golpeada por su esposo. Yo había empezado a decirle las frases estándar sobre los indicios de un golpeador, cómo salir, cómo buscar la ayuda competente y si ella quería presentar cargos. Fue entonces cuando señaló mi mejilla y me preguntó qué me había pasado. Había abierto mi boca para mentirle, pero luego me di cuenta, como si hubieran presionado un interruptor, que *yo era ella*.

Así que le dije la verdad: había sido golpeada por mi novio ; ¡lanzó mi cara contra los huevos quemados!

Le prometí a ella que terminaría con Brad si ella también se alejaba de su cruel esposo. Había salido esa noche temprano de la sala de emergencias para romper limpiamente con él. O al menos intentarlo. Tomé todo mi coraje para decirle a Brad que se había acabado, aún con miedo de que me golpearía otra vez si lo hacía. Si me había golpeado a causa de un desayuno quemado, ¿qué podría hacer cuando le dijera que lo dejaría? Ante ese punto, estaba realmente asustada y defraudada por aquel hombre que había considerado el amor de mi vida.

No tenía ni idea de qué había pasado con aquella paciente de emergencias. Tenía la esperanza de que hubiera logrado escapar. Y en cuanto a mí, yo lo había hecho, pero no tenía otra cosa por hacer. Solo esconderme.

Mirando mi sencillo apartamento de una habitación, sobre la cafetería, intenté sentirme agradecida en lugar de arrepentida por haber abandonado mi antigua vida y mi carrera forzosamente. Y de hecho *estaba* agradecida. El espacio era austero, pero limpio. La renta no era costosa y solo debía bajar las escaleras para llegar al trabajo. Había tenido suerte de encontrar este lugar, con unos amistosos caseros.

Bridgewater tenía la imagen perfecta de un pueblo del Oeste, al estilo de Norman Rockwell. El hecho de que hubiera conseguido un trabajo en una cafetería con el espíritu del “Viejo Oeste” en la calle principal fue un golpe de suerte. Necesitaba dinero, dinero que no saliera de una caja automática o de una tarjeta de crédito rastreable. Estaba segura de que no habría tenido tiempo para iniciar una nueva vida por mi cuenta antes de escapar, por lo que me sentí con suerte al recibir esto.

Tomé mi bálsamo labial, lo pasé por mis labios resacos y mis pensamientos regresaron a Brad.

Después de decirle que lo iba a dejar, me fui de su apartamento pensando que nunca lo volvería a ver. Me sentí aliviada. Liberada. ¡Qué idiota fui! Claro que él no me iba a dejar ir tan fácilmente. Unas horas después apareció frente a mi casa. Sabía que había bebido por la mirada glaseada en sus ojos y el hedor del whisky en su boca.

Eres mía y yo nunca te voy a dejar ir.

Esas palabras todavía resonaban en mi cabeza por las noches, cuando debería estar durmiendo. Dormir para mí era una mezcla de un sueño húmedo con mi peor pesadilla. La posesividad de su tono aquella noche y su desdén todavía me daban escalofríos. La situación había ido de mal en peor después de eso. Él, borracho y furioso, se había aparecido gritando sobre la manera en que me vigilaba cuando yo estaba de turno en el hospital. Gritaba sobre cómo evitaría que otro hombre me tuviera. Quién sabe qué habría pasado si la gente de seguridad no hubiera llegado en ese momento.

Y entonces, empezó colocando flores en la entrada de mi casa con una nota de disculpa, seguido de mensajes amenazantes en mi buzón de voz. Su comportamiento se había vuelto errático, sabía que en, cuestión de tiempo, volvería a cruzar la línea de abuso emocional a abuso físico. Me había entrenado para hablar con mujeres sobre esto, había visto de primera mano lo que podría hacer un sujeto abusivo cuando se encontraba bajo presión.

Intenté hablar con la policía, pero debido a que no había *ocurrido* nada aún, tenían las manos atadas.

Entonces supuse que si me quedaba en Los Ángeles, la próxima vez, podría ser más que solo una mejilla morada. Y por eso escapé.

Me voltéé hacia el espejo de cuerpo completo de la puerta del baño. Miré a mi nueva yo. Con uniforme y delantal incluido, me despedí de Hannah Winters y saludé a Hannah Lauren.

Brad se encontraba a miles de kilómetros de aquí y ya no era ninguna amenaza. O al menos eso esperaba. Después de dos semanas, empecé a respirar mejor y a dormir más horas al día, aún despertándome ante cualquier crujido en el viejo edificio. O ante alguna extraña pesadilla. No tenía nada que temer aquí en Bridgewater —Brad no estaba aquí— y eso era más que suficiente para dar las gracias. Había dejado Los Ángeles y él no tenía forma de encontrarme, de eso estaba segura. Tal vez extrañaba al hombre que él solía ser al comienzo, pero yo no era estúpida. Yo era una doctora. Había hablado con alguien de un refugio sobre cómo escapar y cubrir las huellas o los rastros. Y por eso, abandoné mi apellido.

En el momento en que Brad se había ido aquella noche, me aseguré de que no estuviera esperando fuera del edificio y tomé esa oportunidad para huir. Lancé unas cuantas prendas en un bolso, guardé el dinero que había retirado de tres cajeros automáticos diferentes y me dirigí a la estación de autobús. Me subí al primero que pude encontrar y luego, en Salt Lake, tomé otro. Bridgewater resultó ser uno de los pueblos en los que el autobús se detuvo para dar un descanso a los pasajeros. Cuando bajé y vi aquel paisaje

surrealista, congelado en el tiempo, que representaba la vía principal, bueno, supuse que este pequeño pueblo era tan ideal como cualquier otro para quedarme lo necesario. Para ocultarme. Podría estar el tiempo que necesitaba para planificar mis próximos pasos.

El autobús se había ido sin mí y me encontré caminando las seis cuadras que llevaban a la zona baja de Bridgewater. La vía principal estaba formada por edificios de ladrillos de dos pisos, que parecían recién salidos del siglo diecinueve, con tiendas que vendían auténticas botas y sombreros vaqueros, junto con cañas de pesca, rifles de caza y cualquier otro equipo de campo que alguien pudiera necesitar. Era encantador, pero no exactamente el centro de las posibilidades de trabajo. Realmente fue un golpe de suerte encontrar un aviso de “se solicita ayudante” en la ventana de la cafetería. Incluso, tuve más suerte cuando la dueña, Jessie, se mostró amable conmigo, a pesar de que yo era una extraña sin ninguna experiencia como mesera. Solo había perdido el autobús y ella me ofreció un empleo en el restaurante, además de un pequeño apartamento arriba del local.

Tantas fueron las cosas que sucedieron a mi favor, aquí, en Bridgewater. Los turnos en el restaurante me mantenían ocupada; los pueblerinos eran increíblemente amables conmigo y me sentía a salvo de cualquier amenaza de Brad. Me encontraba fuera de su alcance. Forcé una sonrisa en el reflejo de un vidrio. Estaba agradecida.

Con mis anchos ojos verdes me miré a través del reflejo. Al menos ya no se veía miedo en ellos, lo cual era un hecho que no podía subestimar de nuevo. Las ojeras también se estaban desvaneciendo. Si bien no había dormido lo suficiente esa noche, un doctor siempre estaba acostumbrado a la falta de sueño. Ser una mesera de un pueblo pequeño no había sido mi plan a largo plazo cuando me gradué de la Escuela de Medicina, pero me había empezado a gustar y mucho, por cierto.

El trabajo era difícil a su manera, pero me mantenía distraída. Además, el trabajo físico quizás era duro, pero era menos estresante que trabajar en

una sala de emergencias. Las personas que atendía aquí no estaban enfermas o al borde de la muerte. Ellos solo querían una taza de café o el plato del día. Claro que extrañaba mi trabajo, pero tomarme un descanso de ese estrés de la lucha entre la vida y la muerte fue un gran alivio. Había lidiado con demasiado estrés en mi vida, también gracias a Brad.

Trabajar de mesera era agotador. Por primera vez en años, caía rendida al final del día y, últimamente, me despertaba cada vez menos a causa de las pesadillas. Tampoco planeaba ser una mesera toda la vida. Regresaría a mi antiguo trabajo lo antes posible. Mi estadía en Bridgewater era a corto plazo, solo hasta que Brad fuera enlistado. Debido a que pertenecía al Ejército y era teniente coronel, él tenía que hacer lo que se le ordenaba y no podía decirle a sus oficiales al mando que no podía salir a altamar. A ellos no los podía golpear si no estaba de acuerdo.

Él había mencionado que sería enviado a Corea del Sur, a guiar un batallón que mantenía todos los helicópteros en la base. Sería enviado por cuatro años y no había manera de que pudiera herirme en ese tiempo. No sabía la fecha exacta en que se iría, pero no podía ser más de unos meses, máximo, hasta que el océano Pacífico nos separara. Todo lo que tenía que hacer era mantener un perfil bajo hasta que él se fuera y, luego, recobraría la vida que él me había robado. Él estaría en Asia. Aunque no le deseaba a alguien más lo que él me había hecho, sabía que, probablemente, encontraría a otra mujer para controlar y manipular. Y entonces, se olvidaría de mí.

Alisé mi pelo, debido a que la cola de caballo no me ayudaba con los rulos salvajes. Mi turno empezaba en cuestión de minutos y no quería llegar tarde, y menos a causa de mi estúpida charla motivacional diaria con el espejo. La cafetería del pueblo siempre se llenaba de gente a la hora de la comida y, con el pasar de los días, me había esforzado cada vez más en mantener a mis clientes satisfechos.

Dos clientes en particular llegaron a mi mente, Declan y Cole. Le di una sonrisa pícara a mi reflejo. Esos *sí* que eran dos clientes que me encantaría satisfacer. Mi suave risa resonó a través del silencioso apartamento. No me había escuchado reír desde hacía mucho tiempo. Los hombres en cuestión habían llegado para almorzar durante cada uno de mis turnos de la semana pasada y tenía el presentimiento de que hoy no sería diferente. Decir que la presencia de ambos me alegraba el día es decir muy poco. Cuando los veía cruzar la puerta del frente y sentarse en una mesa de mi sector designado —siempre se sentaban en mi sector—, me ponía como una adolescente enamorada del mariscal de campo de la secundaria.

¿Acaso estaba mal que tuviera un amorío —bueno, en realidad dos— durante mi travesía? Probablemente. Quizás hubiera empacado una pequeña maleta, pero tenía mucho “equipaje” personal. Ver a esos dos vaqueros hacía que se me escapara el corazón de mi pecho y me sudaran las manos. Solo la mirada de ese dúo viril endurecía mis pezones y estaba segura de que se podía notar a través de mi uniforme y el sostén debajo.

Ellos eran vaqueros hechos y derechos, y Jessie me atrapó mirándolos. El primer día ella se me acercó y se inclinó hacia mi rostro para decirme que ellos eran como dos enormes vasos de agua. No tenía ni idea de qué significaba eso, pero si se refería a que ellos eran capaces de hacer que cualquier mujer mojara sus pantis con solo una mirada penetrante, entonces tenía toda la razón.

La sensualidad vaquera funcionó conmigo. Esos hombros anchos, las quijadas firmes, miradas penetrantes. Si, *realmente* funcionó. Durante todos y cada uno de los días. Para cuando llegaba arrastrándome a mi cama en las noches, estaba preparada para tocarme mientras pensaba en los ojos azules de Declan y la amplia sonrisa de Cole.

Ellos eran unos caballeros —de haber sido lo contrario, Jessie me habría advertido—, pero sus comentarios coquetos y atención adulatoria me tenían pensando que podría ser de otra forma cuando estuviéramos solos.

Claro que eso no significaba nada. Dos hombres coqueteando conmigo era solo un juego. Quiero decir, eran dos hombres ¿no? Era pura e inofensiva diversión, y debo admitir que me sentía bien al tenerlos mirándome de esa forma. Incluso si era solo por coqueteo. Me sentía femenina, aun en mi uniforme fuera de moda.

No era como si intentara buscar otra relación, y estaba segura de que a ellos solo les intrigaba una nueva mujer en el pueblo. Saber que no era algo en serio era lo que me daba la libertad de responder al coqueteo. También lo hacía con el señor Kirby, quien estaba allí cada mañana a las siete para sus tostadas y café, pero él tenía ochenta y cuatro años.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que me había sentido halagada y encantada por un hombre, mucho más por dos. En especial, dos. Dos galanes y candentes vaqueros. Viviendo en Los Ángeles, no tenía idea de que un vaquero me seguiría el juego. ¿Pero dos? Con cabello oscuro y ojos color chocolate, Cole tenía esa sensualidad funcionando. Declan, por otra parte, era la definición viva del héroe americano, con su corto y limpio pelo rojizo y ojos azules. Él era un policía, eso lo supe por Jessie y por ver la patrulla estacionada afuera con las luces encima, pero no tenía idea de qué hacía Cole para vivir. Por sus manos robustas, hombros anchos y músculos bien torneados, podía asumir que trabajaba en algo físico. Algo en exteriores. Un verdadero vaquero.

Estaba segura de que Jessie sabía todo sobre esos chicos y, felizmente, podría contarme algunos chismes si le preguntara. Esa era la belleza de los pueblos pequeños. Todos sabían todo sobre todos, y los rumores son un pasatiempo legítimo como el tejido o la carpintería.

Pero preguntar sería abrirle mi corazón a un extraño —si le preguntaba sobre ellos, alguien podría preguntar cosas sobre mí—. No podía arriesgarme, no importaba lo curiosa que me sintiera. Podría esconder mi intención tras una charla amistosa, y eso me tendría preguntando indirectamente sobre el dúo sensual. De todas formas, no tenía ningún

interés en decirle a nadie que me interesaban tanto Declan como Cole. Jessie se reiría en mi cara.

En los tiempos entre comidas, podía dejar mi mente volar mientras llenaba los saleros y pimenteros, tratando de escoger quién me gustaba más. ¿Declan o Cole? ¿Un apuesto pelirrojo o un moreno sensual? Se había convertido en un juego mental para alejarme de mis problemas.

Había días en que pensaba que sería Cole por sus ojos oscuros y esa cabellera un tanto larga que me tentaba a caer rendida ante sus ojos. Algo me decía que me podría enloquecer con solo tocarme, y que sería dominante en la cama. Cuando fantaseaba con él, veía juegos con esposas y vendas para los ojos. No era exactamente lo mío, pero algo sobre Cole me hacía pensar que podría gustarme jugar algo rudo, mientras él estuviera a cargo.

Por otro lado, fantaseaba con Declan cuando quería algo más lento, dulce y seductor. Él tenía ese aire de caballerosidad a la antigua a su alrededor y estaba totalmente segura de que él sabía complacer a una mujer.

Cada uno de ellos me dejaba la impresión positiva de que podrían colocar el placer de una mujer por encima del suyo a cada momento. Estaba segura de ello.

Y ahí me fui otra vez, fantaseando con dos hombres a los que nunca había visto antes de llegar a Bridgewater. No era obsesiva con el sexo todo el tiempo. Nunca había pensado en hacerlo con dos hombres diferentes. Claramente, había pasado mucho tiempo desde que había tenido un orgasmo —considerando que a Brad le gustaba tener el control, él nunca hubiera querido hacerme correr, ni aunque su vida dependiera de ello—. Él solía hacerlo, al principio, pero mi vagina parecía tener un mejor detector de idiotas que mi cerebro a causa de que me creí todas sus mentiras. Por mucho tiempo, me había dicho que había sido mi culpa porque mi libido no era muy activo o me había vuelto frígida. Eso era un problema, ¿no? Pero

después de pasar un tiempo lejos de Brad, sabía la verdad. Yo estaba loca por tener sexo, mas no por tenerlo con ese idiota.

Analiqué mi reflejo una vez más, tomando en cuenta que mis dos clientes favoritos podrían estar sentados en una de mis mesas. Meneando la cabeza, tenía que recordar que solo recibiría el alegre coqueteo de siempre. ¿Por qué ellos estarían interesados en mí? El bálsamo labial no agrandaba mis labios. La máscara no hacía nada para que mis ojos brillaran. Y el color verde menta no contrastaba con mi piel pálida. Mi uniforme no lucía para ningún concurso de belleza, pero era lo suficientemente ajustado para mostrar mi delgada cadera y lo suficientemente corto para mostrar un poco mis piernas. Sin embargo, llevaba mis tenis puestos para aguantar la tortura de estar de pie todo el día. ¡Vaya aspecto!

Le di una última mirada al espejo, asumiendo que eso era todo y estaba lista para salir. La vanidad era lo de menos, desde que mis dos amores eran solo material de fantasía e íbamos a quedar de esa manera. Tomé mi pequeño bolso y me dirigí a la puerta. Apresuré mis pasos ante la idea de ver a mis dos clientes favoritos de nuevo. Estaba consciente de lo ridículo que era eso, lo ridícula que era mi forma de actuar. Con todo lo que había pasado en mi vida, un tonto amor y un escape temporal de mi tortuoso trabajo me hacían sentir humana de nuevo. No podía huir por siempre, pero mientras caminaba hacia la cafetería, no podía pensar en otra cosa que en el hecho de que había cosas peores que empezar desde cero, incluso si fuera por las razones equivocadas.

OceanofPDF.com



D ECLAN

COLE SE SENTÓ en la mesa conmigo y revisó su teléfono por una millonésima vez. “Quizás ella no trabaje hoy”.

Le seguí la discusión con un suspiro. “Jessie dijo que ella trabajaría a la hora del almuerzo, ¿no? Si alguien conoce su horario, es Jessie. Ella estará aquí. Solo relájate”.

La verdad era que yo estaba tan frustrado como Cole, pero lo podía esconder mejor. No estaba preocupado de que Hannah no apareciera —la nueva mesera nunca había llegado tarde en los últimos cinco días que hemos venido a verla—, pero aún tenía mis reservas. Hannah Lauren era la primera mujer a la que le habíamos puesto el ojo, ¿aun cuando ella era una extraña de la que no conocíamos nada? Sí, eso definitivamente me ponía al borde.

No cambiaba el hecho de que la quería —la queríamos—, pero mi corazón me decía que algo le pasaba. Como policía que soy, esa corazonada era lo que me mantenía vivo. Por eso la escuchaba.

Aquí en Bridgewater, los hombres sabemos reconocer cuándo encontramos a la indicada. Era una costumbre que una mujer conviviera con dos esposos, a veces hasta con tres. Fuimos criados para escuchar a nuestros corazones e ir tras nuestra mujer con todo lo que teníamos. Nací en una familia que creyó en ese concepto y que lo vivió. Tuve dos papás, vi la dinámica entre ellos y mi mamá. Reconocía el amor cuando lo veía. Reconocí que ellos se encargaban de cada una de las necesidades de mi mamá. La ponían como la más alta prioridad. La consideraban el centro de su mundo. Yo creía en eso, y quería eso para mi también. Cole y yo habíamos decidido hacía años que compartiríamos una mujer. El problema era que no la habíamos encontrado aún..., hasta ahora.

Sin embargo, esa voz en mi cabeza —la que me hizo un buen policía— era muy difícil de callar, incluso si creía que Hannah podría ser nuestra.

Ella era hermosa, de eso no había duda, y había chispas en el aire cuando ella estaba cerca. Demonios, se me ponía dura cada vez que la veía, y sabía que Cole sentía lo mismo.

En mi mente, no cabía duda de que la atracción era mutua. No necesitaba ser policía para saber eso. Sus ojos de esmeralda se ponían intensos cuando hablábamos con ella, y ella se sonrojaba cada vez que le lanzábamos un piropo o le dábamos un cumplido sugestivo. Habría apostado a que pasaba tanto tiempo pensando en cómo seríamos nosotros en la cama como nosotros pensando en cómo cogerla en todas las formas posibles una vez que la hiciéramos nuestra.

¿Y cuál era el problema? La queríamos, ella nos quería..., deberíamos celebrar el hecho de que, por fin, la habíamos encontrado, al sentarnos aquí, mirándonos entre nosotros como dos animales enjaulados. Esperando. Sabía cuál era el problema con Cole; él tenía mucho que superar antes de confiar en una mujer, después de lo que les hizo su madrastra a él y su padre. Yo sabía todo el asunto y andaba bien con eso. Al igual que mis padres y

abuelos, sabía que una vez que viniera la chica ideal, ella ayudaría a Cole a superarlo.

Nunca pensé que yo sería el acomplexado cuando la conocimos, y mi problema era más difícil de descifrar. Desde el momento en que vimos a Hannah hacía cinco días, sabía que era la indicada para nosotros. No obstante, mientras más sabía sobre ella —o mejor dicho, mientras más desconocíamos de ella en nuestras conversaciones—, más me advertía mi policía interior que me detuviera y buscara respuestas.

Jessie se dirigió a nuestra mesa con una jarra de café. Ella era la única en el pueblo que sabía todo sobre Hannah, quien apareció de la nada hacía dos semanas. Por lo que pude averiguar, o bien ella no sabía mucho después de todo o no quería contarnos. Podía guardar secretos mucho mejor que una bóveda sellada. Aunque apreciaba eso, en este caso, realmente quería llevarla a la estación e interrogarla hasta que hablara.

“Jessie, ¿ella trabajará hoy?”, preguntó Cole.

El tema de *ella* salió sin querer. Cole y yo no éramos exactamente sutiles respecto a lo que nos interesaba.

“*Ella* llegará en cualquier minuto”. Jessie llenó la taza de Cole y luego la mía, formando una amplia sonrisa en sus labios.

Jessie había iniciado el restaurante con sus dos esposos mucho antes de que yo naciera. Decir que estaba complacida por nuestro interés en su nueva mesera sería decir poco. Era una casamentera impresionante, y nosotros habíamos evitado sus esfuerzos anteriormente, aunque ahora, buscábamos su ayuda y ella disfrutaba vernos rogar.

“¿Has podido averiguar algo más sobre Hannah, como de dónde viene?”, pregunté. “¿O qué está haciendo aquí? Si anda de paso o tal vez...”.

Ella puso su mano en la cadera.

“Declan MacDonald, ya te lo he dicho mil veces y te lo vuelvo a decir. No se nada más de lo que ya te dije. Si quieres saber más de la chica, te

sugiero que le preguntes tú mismo”.

Cole sonrió en dirección a mí por encima de su taza. Como un estudiante de primaria, mi mejor amigo pensaba que era divertido ver cómo me regañaban. Yo sabía que nos reservábamos por Hannah, pero él se veía como si pensara en que todo el misterio que rodeaba a esa mujer se revelaría una vez que la sacáramos de esta cafetería y la lleváramos a nuestra cama.

“Es solo curiosidad”, murmuré, tratando de evitar la mirada gruñona de Jessie. Ella había sido cuidadosa y protectora con su nueva mesera, como si fuera su propia hija.

“Cada día me haces las mismas preguntas”, dijo Jessie, chasqueando su lengua mientras esperaba que Cole pusiera su taza para volverla a llenar. “Si tanto te gusta la chica, deberías callar esa cabeza de policía tuya y empezar a conocerla como un hombre normal”.

Sus palabras tenían más razón de la que ella creía. Mi “cabeza de policía”, como ella lo llamaba, moría por conseguir respuestas. Hannah Lauren era un misterio. Ni siquiera tenía carro, por lo que no podía buscarla por el sistema del Departamento de Vehículos. No había registros sobre su nombre. Demonios, no salía nada cuando buscaba a Hannah Lauren. Parecía como si ella hubiera salido de la nada.

Mi instinto estaba diciéndome que había más información sobre ella de la que ella mostraba, pero también me indicaba que no era ninguna criminal. Rayos, hasta mimaba al señor Kirby, que era tan cascarrabias como un gato recién caído al río. Ella se juntó con Sally y Violeta, las amigas de Jessie y las chismosas del pueblo. Hannah parecía querer a todo el mundo. ¡Hasta parecía que, incluso, nos quería a nosotros! Hasta cierto punto, eso era lo que indicaba mi instinto.

Jessie me miró entrecerrando sus ojos, como si leyera mis pensamientos. “Será mejor que te detengas, Declan. Ella es una chica muy

dulce, y estoy realmente segura de que no es una asesina en serie escondiéndose, si es lo que querías escuchar”.

Cole se reía sin parar ante mi disconformidad y tuve que contener el deseo de golpearle en la cara mientras sentía cómo hervía mi sangre. Ella estaba en lo cierto y yo lo sabía. Yo había sido policía desde que terminé la universidad y esa manera de pensar era difícil de quitar. Investigar crímenes e, incluso, las bromas juveniles o ebrios al volante, que eran casos poco frecuentes en nuestro pueblo, me hacían sospechar. La gente de Bridgewater tendía a confiar entre sí y, aun, en extraños. Era algo bueno, pero a veces, las cosas malas podían pasarle a la gente buena.

Jessie tenía un punto a favor y se lo resalté, lo que apagó parte del fuego en sus ojos. “Muy bien”. Estaría condenado si la mirada de Jessie no estuviera llena de picardía mientras apuntaba a Cole y luego a mí. “Ustedes dos deberían dejar de perder el maldito tiempo e invitarla a salir, si me lo preguntan”.

Cole y yo intercambiamos miradas. Planeábamos hacer eso exactamente, dada la oportunidad. Ya habíamos acordado que ella sería nuestra chica, ahora era solo cuestión de encontrar el momento adecuado para invitarla a salir. Habíamos querido hacerlo estos últimos días, pero ella se veía muy ocupada trabajando como para preguntarle.

“¿Lo crees?”, Cole nunca había sido del tipo revelador.

Jessie asintió. “Puedes apostar a que sí. Hannah es una dulzura y linda como una pintura. Ella sería un buen partido para ustedes”.

“Espero que no se lo hayas dicho”, le dije, tratando de voltear mis ojos. Si bien era estupendo que Jessie nos diera su opinión sobre Hannah, un hombre no necesitaba una madre sustituta haciendo su trabajo por él. Estaba sorprendido de que mi madre *real* aún no hubiera escuchado de nuestro interés por la nueva mesera. Había estado esperando la llamada por días. “No queremos asustarla”.

Jessie resopló. “Claro que no. Dejaré que ustedes le digan que son un paquete todo-incluido y están cazando una esposa. Yo solo le dije que los dos son hombres jóvenes y solteros”. Ella nos guiñó el ojo. “Yo ya hice mi parte. Ahora les toca a los dos el resto”.

“Daremos lo mejor de nosotros”, le dije. “Y te prometo que no haré nada de preguntas policiales de aquí en adelante. La conoceré de la manera tradicional”.

Si la forma tradicional se refiriera a besarla hasta dejarla sin aliento, conocer cada una de sus curvas y hacerla gemir, que se sienta caliente y hacer que se corra, entonces sí me apuntaría a la tarea.

Cuando Jessie se alejó, hizo una sonrisa de satisfacción ante el hecho de haber ganado el argumento.

“Le acabas de mentir a esa amable señora”, dijo Cole mientras Jessie se dirigía hacia la barra. “No lo vas a evitar, ¿verdad? Eres como un perro con un hueso cuando piensas que hay algo fuera de lugar”.

Me incliné sobre la mesa y bajé la voz. “No voy a cazar brujas, si es a lo que te refieres. Solo quiero conocerla más, de dónde viene, qué la trae por aquí. Si Hannah es la indicada para nosotros, pienso que querrías saberlo también”.

Cole removió su taza entre sus manos. Le tom  mucho tiempo admitir que ella podía ser la indicada, y ahora yo podía ver, prácticamente, cómo empezaba a trabajar su cerebro. “Si ella es la indicada para nosotros...”, dijo. “No estamos del todo seguros”.

Di un resoplido de asombro, justo antes de tomar un sorbo de mi café. “ Ahora qu en es el mentiroso? He visto la manera en que la miras. No puedes quitarle los ojos de encima. De esas largas piernas y sensuales curvas”.

 l asintió lentamente. “No lo puedo negar. Esa mujer es candente como el infierno y sensual como el pecado”.

“Y...”, le pinch . Quería escuchar esas palabras salir de su boca.

Él frunció el ceño. “Y sabes tan bien como yo que espero que realmente sea nuestra”.

Traté de no sonreír —admitir eso fue más que suficiente—. Solo me alegraba saber que estábamos de acuerdo. Hannah era nuestra.

“Hay una conexión entre nosotros tres”, dijo lentamente. “Y espero, por nuestro bien, que nuestros instintos tengan razón”.

Por Dios, había más. “Pero...”.

Cole se acercó a la mesa y meneó la cabeza. “Tú sabes muy bien por qué me reservo”.

Lo sabía, y también sabía que una vez que conociéramos a Hannah, él lo superaría. Al igual que yo superaría mi problema una vez que la dejáramos entrar a nuestras vidas. Tenía dudas sobre la mujer en sí, lo que podría resolverse en unas cuantas citas. Cole tenía problemas con su pasado que nublaban su juicio hacia cualquier otra mujer. Si Hannah era digna de ser nuestra esposa, entonces esos problemas no lo iban a acosar.

“Cole, ella no se parece en nada a Courtney. Tienes que entenderlo”.

La madrastra de Cole era una buscatesoros que había tomado a su papá como mina de oro. Fue una experiencia cruel y rara. Ella había preparado sus trucos para atrapar al pobre viudo y casarse con él, solo para divorciarse un tiempo después y llevarse parte de su dinero. Con la propiedad vasta de aquel hombre, se había quedado con parte de la riqueza de Montana. Era rico, pero no lo presumía. Cole, que era un adolescente en ese entonces, podía ver con impotencia cómo esa perra aplastaba el espíritu del pobre hombre. Cole creía que sus acciones fueron la razón por la que su padre tuvo un ataque cardíaco y murió meses después.

Me amargó el solo pensar en lo que había hecho esa bruja. Pero en el caso de Cole, eso lo había hartado. Lo hizo pensar que las mujeres no eran de fiar, mucho menos para confiarles su corazón. Mi instinto me decía que algo le ocurría a Hannah, pero no era que estuviera interesada en el rancho

y el dinero de Cole, lo que lo podría llevar a la misma situación que pasó antes con Courtney. Rayos, incluso antes de que sus padres fallecieran.

Él se encogió de hombros, pero antes de que pudiera decir algo sobre el tema, lo detuve. “Ya está aquí”.

Cole se dio la vuelta sobre su asiento para ver a la mujer en cuestión y, entonces, nos quedamos mirándola, avergonzados. Demonios, estábamos hipnotizados. Hannah. Ella era como una brisa fresca cruzando la entrada de la cafetería. Incluso si no hubiera escuchado la campana pegada a la entrada, me hubiera dado cuenta de que había llegado. Quizás yo era un romántico, pero podía haber jurado que la atmósfera se había sentido pesada hasta hacía un momento. Por Dios, ¡cuánto la deseo! Me removí en mi asiento debido a mi dura erección. Mi mente quizás tuviera dudas respecto a ella, pero mi pene, no.

Hannah nos vio enseguida y tras una breve pausa, tan breve que la mayoría de la gente no se dio cuenta, siguió caminando a través del restaurante para llegar a nuestra mesa después de dejar su bolso en la barra. Sí, vino directamente hacia nosotros. Estaba interesada.

Dios, era tan jodidamente hermosa. Me moría por levantar mi mano y pasar mi dedo índice por su mejilla. Sin maquillaje y con una cola de caballo, esa mujer seguía siendo atractiva. Unos pómulos altos y una mirada con enormes ojos verdes le daban un aspecto exótico —bueno, exótico para Bridgewater, al menos—. Su pelo oscuro arreglado en una cola de caballo, como siempre, y ese uniforme que no debería ser sexy —demonios, no había nada sexy en él cuando Jessie lo usaba— y aun así, le quedaba muy bien a Hannah. Me hacía querer saber lo que llevaba debajo. Ella era pequeña, con senos muy redondos y unas buenas curvas en su trasero. Y esas piernas..., mierda, había soñado con tener esas piernas alrededor de mi cadera por primera vez desde que la vi.

Ella llegó a nuestra mesa y se detuvo, con papel y lápiz en mano. “Hola, chicos. Veo que ya tienen el café listo. ¿Qué más puedo hacer por

ustedes?”.

Fue lo mismo que ella decía todos los días de la semana. La diferencia, esta vez, era que habíamos llegado antes y habíamos tomado nuestro café. No necesitábamos más nada aparte de ella. La cafetería no se iba a empezar a llenar hasta los próximos, al menos, veinte minutos, lo que significaba que ella podía quedarse a charlar. Esta vez, no podía huir de nosotros sin darnos la oportunidad de pedirle una cita.

Cole no perdió el tiempo. “Cálmate, Hannah. Acabas de llegar al trabajo y no hay nadie más aquí. ¿Por qué no tomas asiento y nos haces compañía un rato, antes de que tu turno empiece de verdad?”.

Para reforzar sus palabras, me moví de mi asiento y le di palmadas al espacio vacío a mi lado.

Y fue justo ahí, en sus ojos. Podía jurar haber visto un rasgo de cautela en sus lindos gestos faciales antes de que mostrara ese hoyuelo en su mejilla que solía aparecer cuando le sonreía a todos los clientes. Miró a su alrededor, contemplando el casi vacío restaurante. “No estoy segura de si debería...”.

“Jessie, dile a Hannah que tomarse cinco minutos de descanso no es un crimen en este pueblo”, dijo Cole.

“Acabo de llegar. ¡No puedo tomar un descanso así nomás!”.

La risa de Jessie recorrió todo el restaurante. “Tómate un descanso, chica. Has estado desgastándote con tus turnos toda la semana. Donna y yo nos podemos encargar del almuerzo”.

Para darle crédito, Hannah se rindió mostrando una pequeña sonrisa y se sentó a la mesa, a mi lado, aunque ella mantenía una vasta distancia de centímetros entre mi ancho hombro y el suyo, pequeño y cubierto por el uniforme.

Demonios, su aroma era mejor de lo que había recordado. Limpia y femenina, la esencia de su jabón y champú, o lo que sea que usara, me tenía drogado. Fresas, sandías o algo dulce que hacía que quisiera lamer todo su

cuerpo. “Así que, Hannah”, dije, con una voz más áspera. “Cuéntanos sobre ti”.

Cole levantó una ceja, pero lo ignoré. Estaba muy ocupado viendo la reacción de Hannah por la pregunta. Esa sonrisa ni se movió cuando ella encogió un hombro. “A decir verdad, no hay mucho que decir. ¿Qué hay de ustedes? ¿Cuánto tiempo llevan viviendo en Bridgewater?”.

“Nacimos aquí y aquí nos criaron”, dijo Cole.

“¿De dónde vienes?”, intenté de nuevo.

“Pues vengo de aquí y de allá”. Su sonrisa se amplió más y pude ver ese pequeño hoyuelo en su mejilla. “Me considero una clase de nómada”.

La mirada de Cole se cruzó con la mía, y sabía que ella estaba consciente de que estaba evitando la pregunta. “¿Por casualidad eres de Montana?”.

Él echó un vistazo en dirección hacia mí y pude leer su sonrisa clara como el día. Había preguntado eso para el beneficio de mi curiosidad. Quizás pensaba que me estaba volviendo paranoico, pero solo entró para jugar conmigo, especialmente cuando sus tácticas de evasión eran muy obvias.

“No, y siento envidia por eso”, respondió. “No puedo imaginarme un mejor lugar para crecer. Ustedes debieron tener grandes aventuras en esas montañas”. Ella señaló la ventana en dirección a los Picos Españoles, muy lejos.

Su mirada era ingenua cuando la dirigía hacia mi lado, pero podía ver una chispa de inteligencia ahí —ella sabía exactamente lo que estaba haciendo—, y lo estaba haciendo bien. Rayos, ella podía dar un curso sobre distracciones en la academia de policía.

Claro, Cole mordió el anzuelo y le contó una historia sobre nuestra infancia, sobre la vez que nos encontramos atrapados en una tormenta de nieve mientras acampábamos en el bosque. Era una historia que habíamos

contado muchas veces, que podíamos recitarla sin problemas, y la risa de Hannah sonó genuina.

Yo casi no le presté atención a la historia, estaba muy enfocado en ver las reacciones de Hannah y en tratar de averiguar cómo preguntarle algo más sin que esta charla se transformase en un interrogatorio. Para el momento en que la historia de Cole terminó, me di cuenta de que él tenía una buena idea. Si queríamos que ella nos abriera su corazón, necesitábamos abrir el nuestro primero. Esa era la razón por la cual queríamos invitarla a salir. Una vez que saliéramos en una cita apropiada, con suerte, ella se animaría a conocernos mejor y, entonces, estaría dispuesta a mostrarse tal cual era.

“No te gustaría estar mucho por aquí en enero, cuando hay pisos de nieve de un metro de grosor y el frío no deja que sientas los dedos por meses”, dijo Cole, finalizando su historia.

Hannah empezó a moverse de su puesto, preparándose para levantarse. “Será mejor que regrese a trabajar”.

Puse mi mano sobre la de ella. “No tan rápid...”.

Ella soltó su mano por debajo de la mía tan velozmente que me dejó sorprendido. Seguí hablando, pretendiendo que no me había dado cuenta del sonrojo que salía de sus mejillas. Sin embargo, no era timidez o vergüenza lo que la alejaba de mí. Mi instinto se retorció al ver el destello de miedo en sus ojos. Fue por un segundo y se esfumó, pero no podía haberlo ignorado. Rayos, no fue mi intención asustarla.

“No te vayas todavía. Cole y yo queremos pedirte algo”.

Sus hombros estaban rígidos, pero ella permanecía sentada. Miró entre nosotros dos como si viera un partido de tenis.

“Queremos salir contigo esta noche”, dijo Cole.

Su confusión fue tan clara como el día mientras nos miraba. “¿Cómo? ¿Como amigos?”.

Cole y yo intercambiamos miradas antes de que yo explicara. “No *como* amigos. Definitivamente, no”.

OceanofPDF.com



D ECLAN

“OH”, dijo ella, en un tono tan caído como sus hombros.

“Más que una cosa de amigos. Mucho más”, añadió Cole. “Una cita conmigo y Dec”.

“¿Con los dos?”, preguntó ella, con los ojos abiertos.

“Verás”, comencé a decir. “Bridgewater es un poco inusual a su manera...”.

“A su manera”, repitió ella lentamente, como si ello ayudara a despejar lo ambiguo de mis palabras. Obviamente, Jessie no le había dicho nada.

“Bridgewater fue fundado por personas que creían que una mujer debería tener siempre a su lado a alguien que la cuidara... y que la quisiera”, dijo Cole.

Ella pestañeó rápidamente, como si Cole estuviera hablando en una lengua extranjera y no comprendiera.

Pensé que lo mejor era acabar con esto de una vez, tan rápidamente como quitar una curita de una herida. “Aquí en Bridgewater, por lo general

una mujer se casa con dos hombres”.

Luego de un breve silencio, Hannah dejó escapar una carcajada. “Dos hombres. Claro”, dijo ella, estirando esa última palabra. “Están bromeando, ¿verdad?”.

Justo en ese momento, la campana sobre la puerta del frente sonó y entró mi hermana Cara junto a sus dos esposos, Mike y Tyler. Aunque nunca me había agradado que mi pequeña hermana tuviera citas, debía admitir que sus hombres pusieron un anillo en su dedo una vez que ellos la habían tenido en la mira, y eran buenos para ella. Asentí hacia ellos. “Mira por ti misma. Esa es mi hermana, Cara, y sus esposos”.

Mike envolvió un brazo alrededor de la cadera de Cara, mientras se dirigían a una mesa en la parte trasera, y Tyler tomó su mano, enroscándole sus dedos. Hannah no podía dudar de mis palabras; mi hermana y yo compartíamos el mismo cabello rojo.

“Oh, mi Dios”, dijo Hannah silenciosamente, mientras miraba con atención, pero Cole y yo la escuchamos. Se revolvió en el asiento de la mesa para levantarse. “Yo, em... Tengo que volver al trabajo”.

Aunque más clientes comenzaron a acomodarse en el restaurante, aún no estaba lleno. “Quédate, Hannah”, le dije.

¿Fue mi imaginación o ella se encogió de miedo? Sabía que las costumbres en Bridgewater eran diferentes, especialmente para una forastera como Hannah, pero ella estaba nerviosa en vez de sorprendida.

“No hagas juicios hasta que los veas en acción”, dijo Cole, mirándola. “La tasa de divorcio en este pueblo es extremadamente baja y las relaciones duran toda la vida”.

Como antiguas residentes de Bridgewater —y chismosas del pueblo— Violeta Kane y su amiga Sally Martin, se sentaron en la mesa con bancas detrás de nosotros y ni siquiera intentaron disimular que escuchaban nuestra conversación.

“¿Te dieron las noticias, eh?”, dijo Sally, con una estruendosa carcajada. La agente de bienes raíces almorzaba todos los días en la misma mesa con bancas y no se le había escapado nuestra propia presencia diaria en la sección de Hannah en el restaurante. Ella tenía dos esposos, al igual que Violeta; ésta última con su hijo Sam —quien junto con su primo Jack— justo se habían comprometido con Katie Andrews. Estas mujeres estaban muy familiarizadas con las costumbres de Bridgewater. Las vivían y hasta se las inculcaron a sus hijos. “Deberías ver tu rostro”.

Violeta levantó su dedo anular y mostró su anillo de matrimonio. “Treinta y cinco años de un sano y fuerte matrimonio con mis dos hombres”.

“Eso, uh... Eso es genial”. La sonrisa de Hannah había regresado, pero claramente seguía aturdida. “Dos hombres. Guau”.

Atrapé su mirada con la mía, devolviendo su atención hacia nosotros. “Entonces, ¿qué dices? ¿Saldrás esta noche con Cole y conmigo?”.

Cole le dedicó esa sonrisa torcida que todas las chicas parecían amar. “Solo un trago, cariño”.

Abrió sus ojos desmesuradamente y, un segundo de silencio después, sacudió su cabeza como despertándose de un letargo. “Disculpen, es solo que... No puedo creer que me están invitando a salir dos hombres al mismo tiempo. Y, debo admitirlo, no he tenido mucha suerte ni siquiera con uno”. Ella levantó una mano y echó hacia atrás un mechón de cabello rebelde, y me percaté de la manera en la cual su mano se sacudió. “Entonces, ¿cómo funciona esto? ¿Siempre salen en una cita juntos?”.

Sacudí mi cabeza. Sonaban voces a través de mi radio policial sobre la mesa, por lo que ajusté el volumen al mínimo. Si había una emergencia, debería sonar un pitido primero. “No siempre. Eres especial”.

“¿Espe...?”. La desconfianza la hizo sonreír con vacilación. “¿Especial? ¿Cómo?”.

“Eres nuestra”. La voz de Cole era baja y sorprendentemente posesiva. Le lancé una mirada de advertencia cuando Hanna dio un pequeño paso hacia atrás.

“No les pertenezco”, dijo ella, con un tono cortante y con rabia en sus ojos.

Yo quería volver a ver esa coqueta sonrisa en sus labios. En vez de eso, sus mejillas estaban pálidas y, si las miradas mataran, Cole ya estaría muerto. Esta no era la manera en la que quería que se dieran las cosas. Mierda, estábamos echando a perder nuestra oportunidad.

“Lo que Cole está intentando decir es que estamos interesados en ti, en algo más que amigos. Creemos que tú puedes ser la indicada”, dije rápidamente. Entonces, tuve que explicarle cómo los hombres en Bridgewater saben, instintivamente, cuando conocen a sus parejas; el cómo estaba predestinado.

Sus cejas se juntaron en un gesto de incredulidad, pero ni siquiera intentó reírse. “¿Y eso es lo que ustedes creen, que yo estoy destinada a ser..., qué carajos, su esposa?”.

“Lo creemos, sí”, dijo Cole. Su respuesta careció del tono posesivo de hacía un rato, pero era un tono completamente serio y lo demostró con su mirada.

“Pero nos gustaría que salieras con nosotros para que puedas verlo por ti misma”, añadí.

“¿Que ustedes serían buenos maridos? Los dos”, dijo ella, como si ese hecho ya fuera muy repetitivo. “Al mismo tiempo...”.

Observé que Cole sonreía satisfecho, pero ella pareció no darse cuenta, gracias a Dios. Estaba ocupada mirando a la mesa en donde estaban Sally y Violeta, para ver si estaban chismoseando. Yo no lo dudaba.

“Es correcto”, añadió Cole.

Se suponía que debíamos invitar a salir a esta mujer como caballeros, y yo estaba muy seguro de no querer asustarla con una conversación sobre

tríos. Aún no, por lo menos. De por sí, ella era bastante tímida. Necesitábamos hacerla entrar en confianza con la idea, no darle un garrotazo en la cabeza y llevárnosla a nuestra cama. Por lo menos, no todavía.

No obstante, ¿cómo le dices a una mujer que quieres poseerla junto a otro hombre? ¿Cómo le decíamos que no estábamos jugando? ¿Que estábamos siendo totalmente honestos sobre esto? Sobre ella. ¿Cómo íbamos a hacer con una mujer que parecía tener una evidente aversión hacia los hombres posesivos? Intenté tomármelo con calma y esperar.

Sin embargo, Cole, aparentemente, tuvo otras ideas. Se echó a la carga y tomó su mano. “Al mismo tiempo y de cualquier manera imaginable: tu lugar está con nosotros, Hannah. Haremos que te des cuenta de ello”.

Yo supe lo que pasaría, y tuve la razón. Ella retiró su mano y dio un paso para atrás con tal velocidad que pensé se tropezaría. Mierda. Le volví a lanzar a Cole una mirada de advertencia. Aparentemente, él no se había percatado de su reacción cuando yo había tomado la mano de ella antes que él. Lo que sea que esta mujer estaba escondiendo sobre su pasado era porque tenía miedo y nosotros solo lo habíamos empeorado. Era obvio que había tenido novios que habían sido algo posesivos y eso no encajaba bien conmigo. Alguien cargando con ese tipo de cosas del pasado podría, fácilmente, malinterpretar nuestro interés por ser un poco dominantes y tomarnos por obsesivos.

Mantuve mi voz baja y calmada, y traté de no moverme hacia ella. “Hannah, lo sentimos. No queremos obligarte a nada, lo juro. Pero hemos estado interesados en ti desde que ambos te vimos. Hemos estado viniendo cada día desde entonces, esperando tan solo verte sonreírnos”.

Mi honestidad pareció ayudar, ya que su postura se relajó un poquito.

“Sally y Violeta, demonios, incluso Jessie, pueden dar fe de nosotros”. No podía ver a las señoras a mis espaldas, aunque tuve que asumir que o

estaban asintiendo con sus cabezas o haciendo señas con los pulgares hacia arriba. Cole estaba mirando sobre mi hombro, sonriendo.

“A nosotros solo... nos gustas, y queremos conocerte un poco más”.

Esa era una completa mentira. No solo nos gustaba, la queríamos. Sabía que ella iba a ser nuestra.

Hannah ojeó a las señoras, pero aún parecía temerosa. Por lo menos, no había salido corriendo. Se paró junto a nuestra mesa, a una distancia segura, mientras jugueteaba con su libreta y lapicera. Su mirada pasaba de Cole a mí, y luego de vuelta.

“Si yo fuera treinta años más joven, cariño”, dijo Sally, “no me lo pensaría demasiado tratándose de estos dos. Debes admitirlo, tienes a dos hombres apuestos listos para hacerte suya. No son bichos raros, son hombres de Bridgewater. Esa es la forma en la que están hechos por aquí: grandes, dominantes y demasiado sexys para su propio bien. Si me dijeran que me quisieran entre ellos, ¿crees que estaría aquí sentada? Carajo, no. Ve a por ello. Y, por ello, quiero decir ambos”.

Debería recordar mandarle un gran ramo de flores a Sally más tarde por su ayuda.

Para mi sorpresa, percibí algo en los ojos de Hannah, algo escondiéndose entre el miedo y la desconfianza.

Atracción. ¡Sí! Había estado allí todo este tiempo, tal como habíamos pensado. Había química entre nosotros. Química compartida, pero la había espantado con todo nuestro parloteo sexual.

“Somos muy malos en tratar de invitar a salir a una mujer, ¿verdad?”, pregunté, mirando cómo Hannah se mordía el labio inferior. “Dale una oportunidad a estos dos idiotas”.

“Él es el idiota”, atajó Cole. “Te he dicho que te quiero, te quiero entre nosotros. Eso es algo que no puedo arruinar”.

Miré a Cole, quien tomó un sorbo de café con una expresión petulante e insoportable. Quizás él no era un idiota después de todo. Si una fantasía de

estar con los dos era lo que nos daba la oportunidad de estar con ella, la apoyaba en su totalidad.

Sin embargo, Hannah aún no había dicho que sí y yo tenía miedo de presionar demasiado. Quizás ella estaba tentada, pero un simple tropezón la haría salir corriendo velozmente como un rayo.

El destino, en forma de vecino entrometido, intervino.

Violeta añadió a las palabras de Sally. “Mujer, si dejas que estos chicos se te escapen de entre los dedos, lo lamentarás. Y si estás preocupada por toda esta cháchara cavernícola, ellos lo dicen en un buen sentido, créeme. ¡Por todos los cielos! Confía en la palabra de, prácticamente, cada mujer casada de este pueblo”.

Hannah se sonrojó con un bonito tono rosado cuando se hizo evidente que las mesas a nuestro alrededor, las cuales estaban repletas de clientes tomando el almuerzo, estaban haciendo de esto su asunto. Sí, todos supieron que nosotros estábamos interesados en ella. Demonios, la habíamos estado visitando toda la semana. Nadie protestó ni dijeron que era incorrecto que ella tuviera a dos hombres que le dijeran, en público, que estaban interesados en hacerla su esposa. Más bien, todo lo contrario. Teníamos al pueblo de nuestro lado.

Cole le guiñó un ojo.

“Es verdad. Todo lo que ellos han dicho desde que empezamos a escucharlos”, añadió Violeta. “He conocido a estos chicos toda mi vida. No podrías pedir hombres más finos que estos dos. ¿Verdad, Jessie?”.

Jessie caminaba por allí con una bandeja repleta de comida. “Ya le he dicho que está loca si no permite que estos chicos le regalen un poco de diversión. El Señor sabe que los necesita”.

El color en las mejillas de Hannah se hizo más brillante mientras fijaba su mirada en sus manos, las cuales estaban sobre la mesa... O mirando a cualquier otra parte para evitar hacer contacto visual. Claramente, Jessie había dado en el clavo. Esta mujer necesitaba un poco de diversión. Y

nosotros seríamos los hombres que se la daríamos. Probablemente, un orgasmo o tres podrían ayudar a esta mujer a relajarse y abrirse un poquito con nosotros.

Mierda. Odié el tener que admitir que Cole tenía la razón, pero parecía que él sabía lo que estaba haciendo desde el comienzo: apelar al interés sexual de Hannah y dejar que la idea de cuán genial seríamos los tres juntos hiciera su efecto. “¿Saldrás con nosotros?”.

Ella finalmente levantó su mirada hacia mí.

Bajé el tono de mi voz y dejé que percibiera el deseo que estaba intentando esconder. “¿Nos darías la oportunidad de brindarte un poco de diversión?”.

Ella lamió sus labios y mi pene se endureció inmediatamente. Podía adivinar que estaba pensando en cómo le íbamos a dar un poco de diversión. Mierda, esta mujer estaba excitada y el simple hecho de saber que tenía una pizca de curiosidad al respecto, me tenía preparado y listo para la acción. Podía seguir curioseando, hacerme el interesado y llevar eso un paso más allá de la excitación. ¡Qué no daría por probar esos dulces labios, y otras partes de su cuerpo también!

La llegada repentina de mi hermana a nuestra mesa fue la ducha de agua fría que necesitaba para mantener el control, para recordar que todos nos estaban mirando y escuchando. Y entrometiéndose.

“¿Qué está pasando aquí?”, preguntó con una sonrisa pícaro. “Todos en este lugar están mirándolos intentando conquistar a la nueva y atractiva mesera. Sin mucho éxito, si me permiten añadir, basándome en su rostro”.

Hannah se rio ante el comentario, lo cual rompió toda la tensión en su cuerpo, y la sonrisa de mi hermana se hizo más ancha. “¿Qué tal?, soy Cara”.

“Hannah Lauren”. Ella asintió. “Un placer conocerte”.

Mi hermana, quien era unas cuantas pulgadas más alta que Hannah, pasó un brazo alrededor de ella, como si hubieran sido las mejores amigas

por siempre. “Entonces, ¿qué te frena, señorita? ¿Necesitas que otra mujer dé fe de estos chicos? Puedo decirte ahora que no podrías hacer nada mejor; incluso si uno de ellos es mi fastidioso hermano mayor”.

Cole dejó escapar un bufido de diversión y levantó la mirada hacia Hannah. “Ella tiene con qué para decirlo. Dec es un pesado”.

“Y tú eres prácticamente mi hermano, lo cual te hace tan fastidioso como él”, añadió Cara. Se volteó hacia Hannah. “Es verdad. No estoy siendo del todo justa”. Ella bajó su voz, como si quisiera evitar que los chismosos oyeran. “Pero, de una mujer a otra, puedo decirte lo que te perderías si no le das una oportunidad a la tradición de Bridgewater”.

Cara lanzó una mirada a su mesa, en donde Mike y Tyler estaban sentados, y Hannah miró también. El susurro de mi hermana fue lo suficientemente alto para que Cole y yo, y todos los demás a nuestro alrededor, escucharan. “En serio, cariño. Te debes a ti misma y a todo el género femenino el darles una oportunidad a estos chicos”.

Con un guiño exagerado dejó caer su brazo y se dirigió de vuelta hacia su mesa, diciendo, “Necesitamos nuestras bebidas pronto, Hannah. Te daré todos los jugosos chismes sobre mi hermano”.

Hannah me dio la espalda; esos brillantes ojos verdes aún estaban iluminados por la risa. Dios santo, ella era hermosa.

“Entonces, ¿qué dices?”, preguntó Sally.

Teníamos al pueblo en este asunto de preguntar todo sobre nosotros. No estaba seguro si Cole y yo éramos completamente patéticos o si Hannah necesitaba un poquito más de convencimiento que la mayoría. “Gracias a todos, creo que Hannah entendió”, dije.

Todas las miradas estaban sobre Hannah y, finalmente, se rindió con una sonrisa. “Claro, ¿por qué no? Además, todos me odiarían si no voy, por lo menos a una cita contigo. Con ambos”.

“¡Escuché eso!”, dijo Jessie, volviendo a pasar. “Ahora que está todo arreglado, dejen que la chica vuelva al trabajo”.

Hannah nos ofreció una última sonrisa antes de irse corriendo a tomar la orden en una de las mesas donde se habían sentado comensales recién llegados. Miré a Cole, quien se estaban echando hacia atrás en su asiento, viéndose completamente complacido consigo mismo.

“¿Te diste cuenta de que aceptó salir con nosotros solo para quitarse de encima a todo el mundo, verdad?”, le pregunté.

Eso no pareció afectarle. Se encogió de hombros. “Lo que sea que debamos hacer para que ella esté entre nosotros. Realmente no importa ¿verdad? Si ella es la que es, se lo probaremos. Solo necesitamos una oportunidad”.

No podía discutir eso. Si teníamos la oportunidad, le mostraríamos cómo sería estar con nosotros. También en la cama juntos, Cole debajo de ella, con su cuerpo aprisionado sobre él; y yo por detrás, tomándola hasta que chillé de placer.

Aun así, la miré cuidadosamente mientras comíamos nuestro almuerzo y ella paseaba por el restaurante, tomando órdenes y entregando platos llenos de comida. Nos tomábamos más tiempo del normal con nuestra comida, ninguno de los dos quería salir del lugar sin una confirmación de nuestros planes.

Cole podría alardear mucho, pero hasta él podía ver que aquel “sí” había sido logrado por la persuasión de nuestros bien intencionados amigos. Demonios, prácticamente de todo el maldito pueblo.

Finalmente, cuando hubo un momento de calma en el local, ella terminó de vuelta en nuestra mesa. Sally y Violeta se habían ido, al igual que Cara y sus hombres. Limpiando sus manos con su delantal, nos regaló una sonrisa burlona y luego se mordió el labio. “Ya se fueron todos, así que... um. Miren, no tenemos que seguir con esto de la cita”.

“Oh, no. No te vas a echar para atrás ahora”, dijo Cole, levantando su mano.

Lo pateé bajo la mesa pero, al menos, esta vez Hannah no pareció tan atemorizada por su tono posesivo. De hecho, ella actuó como si no lo hubiera escuchado para nada. “Estoy segura de que todos tienen razón, y que ustedes son unos muy buenos chicos. Pero el meollo del asunto es que no estoy buscando una relación con un hombre, mucho menos con dos”.

“Puede que no estés buscando, pero te encontramos”, le dije.

Su risa fue suave y dulce. “Lo aprecio, realmente lo hago. Pero no creo que una noche vaya a hacerme cambiar de parecer. Podemos ahorrarnos un poco de tiempo”.

Eso, ahí mismo, sonó como un reto. Intercambié una mirada con Cole y supe que él estaba pensando lo mismo. Si ella nos daba una noche, nos aseguraríamos de que suplicara por más.

Cole se inclinó al frente, pero esta vez no trató de tomar su mano. Quizás ya estaba entendiendo, después de todo. “Mira, cariño, esto no será una aventura de una noche. Tú nos perteneces, en nuestra cama y en nuestras vidas. Dános una noche para demostrártelo. Si no quieres seguir luego, te dejaremos ir”.

Sus labios se habían separado cuando él mencionó nuestra cama. Maldita sea, yo la tenía tesa como una roca. Su mente podría estar diciéndole lo contrario, pero Hannah lo deseaba. Nos deseaba. Sus pezones estaban duros a la altura de nuestros ojos y ese maldito uniforme no hacía nada para ocultarlos. Yo no podía esperar para poseerla. Sin embargo, no la iba a obligar. Esperar por su respuesta me estaba matando.

Finalmente, se rindió dando un suspiro. “De acuerdo. Una noche. Pero, no prometo nada después de ello”.

Le sonreí. “Me parece bien. Te recogeremos a las siete y te llevaremos a El Perro Ladrador, no es lujoso, pero nos gusta”.

Ella se enderezó un poquito. “No tienen que venir por mí. Puedo encontrarme con ustedes allí”.

Cole estaba tratando de disimular su carcajada, pero falló. Yo le sonreí a ella. “Como policía, admiro lo que estás haciendo. No deberías decirles a hombres extraños en donde vives. Pero, como una residente de Bridgewater, tengo que decirte que... es en vano. Todos saben que la nueva mesera vive aquí, subiendo las escaleras. Además, somos caballeros y te recogeremos en la puerta”.

Ella dejó escapar un suspiro de resignación. “¡Muy bien, muy bien! Los veré a las siete”.

La observamos alejarse, con ese pequeño y perfecto trasero meciéndose bajo la falda del uniforme. No podía esperar a sacarle el maldito vestido y meterla en nuestra cama. Esta noche. Teníamos una sola oportunidad para impresionarla y dejarle ver cuán bueno podría ser esto.

Claro. Sin presión.

OceanofPDF.com



HANNAH

ESTO ERA UN ERROR. Sabía que era una mala idea el haber dicho que sí, finalmente, cuando fui persuadida por la mitad del pueblo para salir con Cole y Declan, pero tan pronto abrí la puerta y me encontré con mis dos sensuales citas, de pie en el umbral de la puerta, pareció no importarme. Quizás por el hecho de no haber sido el objeto de tan halagadora atención masculina en años... Si no era que jamás.

Estaban de pie, uno al lado del otro en el rellano de las escaleras. Ambos vestían camisas de botones y pantalones vaqueros, pero ahí era donde terminaban las similitudes. Declan era unas cuantas pulgadas más alto que Cole, aunque más esbelto. Los hombros anchos de Cole podrían derribar a su amigo del rellano si se movía un poco. El cabello rojizo de Declan estaba un poco húmedo, como si recién hubiera salido de la ducha, y eso tuvo a mi mente dirigiéndose en la dirección incorrecta. Ambos sostenían sus sombreros en sus manos y sus ojos, bueno, sus ojos estaban

concentrados de lleno sobre mí. Les gustó lo que vieron y lo demostraban a través de sus intensas miradas.

Ya estaba en problemas aquí y ni siquiera había dicho “hola”.

¿Era por el hecho de estar justo en medio de una sequía masculina o era que estos hombres tenían ese efecto particular sobre mí? Cuando Declan tomó mi codo y me guió al bajar por las escaleras, abrió la puerta para mí y me ayudó a entrar en la cabina del camión de Cole. La parte racional de mi cerebro que me había estado diciendo que esto era una terrible idea durante la tarde, se quedó completamente en silencio.

En vez de eso, parecía que mis sentidos estaban a cargo. Y Dios, parecía que ambos venían del cielo. Traté de concentrarme en hacia dónde me estaban conduciendo, pero no podía dejar de pensar en la sensación de sus muslos presionados contra los míos. Eran cálidos y fuertes bajo esos vaqueros desteñidos y me costó toda mi fuerza de voluntad no moverme, por lo que los presionaba con más fuerza aun. Pensé hasta en estirar una mano y sentir alguna de esas musculosas piernas.

¿Qué haría Declan si yo pasaba mi mano por su pierna? ¿O Cole? Él podría estar conduciendo, pero algo me decía que estaría más que contento de pararse de un momento a otro y tomarme justo allí, si le daba la más mínima oportunidad.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

“¿Tienes frío?”, Declan estiró su mano y apagó el aire acondicionado, pese a haber preguntado.

“Estoy bien”. Dios mío, cálmate. Cualquiera pensaría que esta era mi primera vez en una cita.

Aunque, a decir verdad, era la primera cita que tenía en mucho tiempo... Y absolutamente, la primera con dos hombres a la vez.

“Entonces, ¿a dónde vamos?”. Eso era lo mejor con lo que mi cerebro pudo salir. Maldita sea, estos tipos olían bien. Naturalmente bien, no como esos tipos metrosexuales que olían bien porque usaban colonia. O peor: esa

porquería de lociones corporales. No, estos olían a jabón, a tierra y a hombre.

“El Perro Ladrador, el bar local”, dijo Declan.

Cierto. Ya me lo habían dicho más temprano. Yo era una doctora y con estos dos hombres me estaba rebajando a una estúpida sin cerebro. Estreché mis manos y las dejé sobre mi regazo, para evitar estar inquieta. Quizás Cole se percató, porque extendió una de sus manos y apretó las mías gentilmente, antes de soltarlas. Su tacto era firme, pero gentil. Cálido, aunque sentí sus ásperos callos y eso hizo que otro escalofrío me recorriera de nuevo.

Me estaba empezando a sentir un poco mejor por no sobrereactuar ante su contacto. Me tomó por sorpresa las primeras veces que me agarraron, como si tuvieran todo el derecho de estar en mi espacio. Supuse que me estaba acostumbrando o, quizás, empezaba a confiar un poco en ellos. Lo suficiente como para no pensar que tenían malas intenciones conmigo, por lo menos, no durante el viaje por el pueblo.

Además de tener la aprobación de Jessie y del resto de la multitud en el restaurante, ellos no habían sido más que caballeros desde el primer momento cuando los conocí: atentos, curiosos, determinados.

Y esta noche, ellos habían sido caballerosos al viejo estilo: a las siete en punto se habían presentado en mi puerta como prometieron. Yo estaba vistiendo la única ropa bonita que había traído conmigo —un sencillo vestido negro con mangas y falda corta—. No era increíblemente sexy, pero me quedaba mucho mejor que ese condenado uniforme. Además del vestido, llevaba algo de maquillaje y mi cabello caía sobre mis hombros en vez de la cola de caballo, de hecho, me sentí bonita por primera vez en mucho tiempo. Y la diferencia de estaturas entre nosotros, su manera gentil y atenta de tratarme me hicieron sentir femenina.

Ellos no habían intentado nada en el apartamento o luego de ayudarme a subir en el camión. Así que quizás era verdad, solo querían tener una cita

conmigo. Ambos. Si alguien me hubiera dicho, semanas atrás, que estaría en una cita con dos sensuales sementales en Montana, me habría reído hasta morir. Era difícil de creer que estos dos hombres realmente creían en lo que habían dicho, de querer que yo fuera la indicada, es decir, ¿quién lo hubiera imaginado? Pero bueno, ellos parecían sinceros.

Sinceros, sí. Aunque también habían dicho algunas cosas que hicieron que mis pantis se humedecieran. Habían dicho que no querían ser mis amigos, que querían que estuviera con ellos y supe que no se referían solo en el camión. Aun cuando eran unos caballeros, no tenía duda de que si les daba luz verde, ellos serían de todo menos eso. Habían dicho que me querían como su esposa. ¿Quién decía algo como eso tan solo después de unas cuantas conversaciones?

Ese asunto debería asustarme. Y lo hizo. Dios, lo hizo porque tenía la sensación de que estos dos realmente estaban hablando en serio. Pero no importaba. Ni siquiera tenía que preocuparme por esa posibilidad porque no estaría por acá mucho tiempo, como para involucrarme demasiado. Una vez que Brad se fuera al extranjero, entonces podría retomar mi vida. Ir a casa en Los Ángeles y volver a ser una doctora.

Por lo menos, podría disfrutar esta noche. Me merecía una bonita velada con dos caballeros que, al parecer, tenían la intención de ofrecerme un buen momento. ¿Y si quisiera más? Podría tener una noche salvaje entre dos sensuales vaqueros nuevamente. Sería estúpido no hacerlo. Eran bellos y yo tenía la fuerte sensación de que ellos eran capaces de hacer muchas cosas en la cama. ¿Y por una noche? Me retorcí en el asiento; mis pantis estaban empapadas.

El recordar que yo era la que tenía el control aquí y no los dos grandes y dominantes vaqueros me permitió dejar atrás un poco los nervios que me tenían pasmada y con mi columna derecha como una vara de acero. Me permití descansar la espalda contra el asiento del camión y fui recompensada con una sonrisa de Declan que hizo que mi boca se secara.

Cuando llegamos al bar, el cual tenía un aire similar al Salvaje Oeste, fue obvio que estos chicos conocían a todo el mundo. Mientras pasábamos frente a una pared con una línea de bancos, parecía que las personas en cada mesa estaban gritando felicitaciones.

Reconocí a Cara y a sus hombres cuando ellos nos saludaron, pero los míos me empujaron hacia una de las mesas con bancos corridos, sin detenerse a presentarme a todos sus amigos. No se tomó como algo descortés, sino más como si ellos me quisieran para sí mismos. Cole se sentó primero y yo me deslicé a su lado. Para mi sorpresa, Declan se sentó a mi otro lado, por lo que los tres estábamos sentados en la misma banca; bonitos y cómodos.

Bueno, quizás cómodos no era la palabra ideal para ello. Sus muslos se apretujaban con los míos otra vez y sus brazos también. Podía sentir la musculatura de los dos a ambos lados de mi ser. Era imposible no pensar en cómo se verían esas vigorosas extremidades, en cómo se sentirían en mis manos. Estaba atrapada entre ellos, pero no tenía miedo —me gustó—. Por primera vez en mucho, mucho tiempo, me sentí completamente protegida del resto del mundo.

Declan llamó a una mesera y ambos voltearon a mirarme para que yo ordenara antes. Las damas primero. Dios, ¿todavía siguen esa regla aquí en Montana? Probablemente, había encontrado el último lugar en el mundo en el que la caballerosidad no había muerto.

Cuando la mesera se retiró, se colocaron en ángulo con sus cuerpos hacia mí, mirándome. “Entonces, Hannah, ¿por qué no nos cuentas un poquito sobre ti?”, dijo Declan. “¿De dónde eres?”.

Uff. Tenía miedo de que esto ocurriera. Me había ido muy bien evadiendo respuestas directas, pero era difícil relajarse cuando podía meter la pata en cualquier momento y revelar cosas demás. ¿Ya no me habían preguntado esto? Claramente, no iban a dejarlo ahí a menos que yo empezara a dar algunas respuestas.

“Crecí en la Costa Este. Así que, ¿ustedes vienen para acá a menudo? Parecen conocer a todo el mundo”.

“¿Te mudaste para acá desde el este?”, preguntó Cole.

Encontré su mirada y miré para otra parte rápidamente. Era muy intensa. Como si él pudiera percibir que yo estaba siendo imprecisa a propósito. Miré a Declan, pero su expresión tampoco me calmaba. Oh, él estaba sonriendo. Él siempre parecía estar sonriendo, pero podría apostar que debajo de esa cubierta de tímido vaquero, su cerebro de oficial de policía estaba trabajando en torno a la misteriosa y nueva mesera.

Mierda. Quizás, si compartía un poco más de información, ellos dejarían de ser tan curiosos. Despejé mi garganta —luego de permanecer callada por tanto tiempo—, y fue sorprendentemente difícil hablar sobre mí misma. “No”, dije. “Me mudé a California por mi carrera universitaria y nunca me fui”.

Listo. Esa era la verdad.

“¿A qué universidad fuiste?”, preguntó Declan. Tomó un maní del cuenco en el centro de la mesa, y comenzó a descascararlo.

“Stanford”.

Todas las miradas estaban sobre mí y supe cuál sería su próxima pregunta antes de que la hicieran. “¿Qué has estado haciendo en California desde la graduación?”, dijo Declan.

Les di mi más inocente sonrisa. “Disfrutando del sol”. Era un chiste que había dicho a menudo en el restaurante, en vez de una respuesta concreta. ¿Esta vez? Definitivamente, no funcionó.

Cole bebió un sorbo de la cerveza que la mesera había puesto frente a él. “¿Estabas trabajando de mesera?”.

No exactamente. Por un momento, tuve la necesidad de contarles mis secretos a estos hombres. De contarles todo acerca de que, recientemente, había sido aceptada para una práctica médica en Los Ángeles. Después de todos estos años de trabajo como residente y como interna, al fin había

alcanzado mi meta. ¡Qué bueno sería contarles a estos chicos sobre eso! Pero no podía. Debía mantenerme escondida, con la cabeza abajo hasta que Brad se fuera. Cualquier oportunidad de ser encontrada sería peligrosa para mí y para todos los demás. ¿Qué pasaría si Brad sabía que estaba teniendo una cita con otro tipo? Se volvería loco. Y ¿con dos hombres? Ni siquiera quería pensarlo...

En su lugar, dije: “estaba entre dos trabajos. Esa es una parte de la razón por la que me fui. Me pareció una buena idea para conocer el país”.

Observé la mirada que ambos se dieron el uno al otro. Antes de que cualquiera de ellos pudiera empezar con más preguntas, yo quería hacerlos hablar. “¿Qué hay de ustedes? ¿A qué se dedican?”.

Cole me contó sobre el rancho de su familia, del cual ahora era el dueño y lo mantenía. Como yo era una chica citadina de la cabeza a los pies, la ganadería era algo de lo que no sabía nada, así que él contestó mis preguntas pacientemente. No tenía idea de que cuidar vacas fuera tan complicado. Declan me contó que era policía, cosa que ya sabía, y cómo era que lo había deseado desde que era un niño. Esta noche no estaba de servicio, estaba sin radio y sin arma colgando de su cadera.

“Él habla en serio”, añadió Cole. “Este tipo solía correr por el patio de juegos haciendo que arrestaba a los chicos malos en el receso”.

Me reí ante la imagen. “Entonces, ustedes dos han compartido todo desde hace muchísimo tiempo, ¿eh?”.

“Hemos sido amigos desde el preescolar”, dijo Declan. “Incluso antes de eso”.

Cole asintió. “Cuanto tenía diecisiete, mi padre murió y me mudé con Declan y su familia hasta cumplir los dieciocho; entonces, me hice cargo del rancho”. Los dos hombres intercambiaron miradas y yo tuve la peculiar impresión de que, de alguna manera, se estaban comunicando silenciosamente.

“Ese fue el año en el que decidimos que tendríamos una esposa juntos”.



H_{ANNAH}

¿CÓMO DEMONIOS SUPONÍA que debía responder a eso?

“Yo fui criado como parte de una familia de Bridgewater”, continuó Declan. “Dos papás y una maravillosa mamá. Ellos fueron un gran ejemplo. Luego de que ellos escuchen sobre lo que pasó esta noche, estoy seguro de que visitarán la cafetería para conocerte bien”.

Cole me dio una pequeña sonrisa de autocrítica. “Solo tuve un padre..., y vivía miserablemente. Al menos, mientras estaba casado con mi madrastra. Pero cuando me vine a vivir con la familia de Declan...”. Se detuvo encogiéndose de hombros, aunque su punto era claro. Había visto el tipo de familia que hubiera querido tener.

Mientras el asunto de un trío seguía siendo un concepto extraño para mí, escucharlos hablar al respecto de esa manera —como si fuera algo común y corriente— hacía que casi sonara como algo tierno. Incluso romántico.

“Y hablando de familia...”, interrumpió Declan.

Volteé para ver a Cara acercarse a nuestra mesa con una mueca amistosa. “Hola, chicos. Hannah, ¡qué bueno verte otra vez!”.

“También me alegra verte”, respondí. Y hablaba en serio. Quizás no la conocía por mucho tiempo, pero había algo agradable en la forma de ser de la hermana de Declan. Ella tenía esa personalidad abierta y genuina que calmaría a cualquiera —incluyéndome a mí—. Su cabello rojizo y sus ojos azules eran idénticos a los de su hermano, pero ella no era tan alta como él. Cuando se puso al lado de sus dos hombres, lucía pequeña, tal y como asumí que me veía yo rodeada por Declan y Cole.

“¿Y qué hacen tú y tus hombres aquí esta noche?”, preguntó Cole.

Sonaba tan extraño hablar sobre el hecho de que Cara tenía dos esposos como si fuese algo natural. Y en realidad los tenía. Yo era la rara aquí, incapaz de comprender tal estilo de vida.

“Nos íbamos a reunir con Katie y los Kane”. Apuntó a la barra donde una linda rubia se encontraba emparejada entre dos atractivos hombres.

Sabía la respuesta antes de siquiera preguntar, pero aun así volteé hacia Declan por una confirmación. “Adivinaré, ¿otra relación al estilo de Bridgewater?”.

Él asintió. “Katie es amiga de Cara desde que éramos unos niños. Conociste a la mamá de Sam hoy en el restaurante, Violeta. Katie solía venir a visitar a su tío cada verano. Cuando él falleció el año pasado, le dejó su vivienda”.

Cara interrumpió. “Ella volvió para vender el lugar, pero entonces conoció a Sam y a Jack”.

Katie se acercó a nuestra mesa y Cara se volteó a ver a Declan y a Cole, con los brazos cruzados sobre su pecho. “Ustedes deberían buscar sus tragos en el bar”.

“Ya tenemos los nuestros”, protestó Cole.

Su comentario se encontró con una formidablemente mala cara. “Entonces ve a buscar más. Nosotras necesitamos un momento de chicas”.

Declan y Cole hicieron lo que se les ordenó, pero no sin unos buenos gruñidos. Mientras se alejaban, Katie se nos unió y Cara hizo las presentaciones adecuadas. Las dos se sentaron en frente de mí. “Perdona por espantar tus citas así, pero tenía la sensación de que podrías necesitar un minuto para procesar el asunto de una cita de trío. Toma algo de tiempo acostumbrarse”.

Katie asintió; su cabello estaba acomodado en una cola de caballo suelta. No pude evitar ver el gran diamante en su dedo anular. “Es raro al principio, lo sé. Estuve igual que tú el verano pasado. En la misma situación, en este bar y llevándome bien con Sam y Jack”.

“Recuerdo esa noche”, añadió Cara, luego frunció el ceño. “¿A qué te refieres con que te llevaste bien en el bar?”.

Las mejillas de Katie se tornaron un poco rosadas, y luego sonrió. Digamos que hay un tranquilo pasillo más allá de los baños que sirve para cuando tienes un..., ejem..., asunto que quieras resolver”.

Quedé boquiabierta, mientras que Cara empezó a reír. “No lo hiciste”.

Katie amplió más su sonrisa y se veía tan jodidamente feliz. Mirando a sus hombres, podía entender cómo han sido capaces de mantenerla sonriendo todo el tiempo. “Claro que lo *hicimos*”.

“¡Apenas los conociste, al menos como adultos, ese día!”.

“Lo sé. Y por eso se lo cuento a Hannah”. Katie se volteó a verme. “Los hombres de Bridgewater son diferentes, por si no lo has notado. Cuando ellos dicen que te quieren, hablan en serio. Lo que significa que no hay nada malo en que los quieras también. ¿Y esos dos? Cole y Declan son...”. Se mordió el labio al verlos como si fueran unos sabrosos postres.

“Uno de ellos es mi hermano”, gruñó Cara. “No quisiera saber nada sobre su vida sexual”. Se estremeció al decirlo. “¿Los quieres? me refiero, ¿Los *quieres, quieres?*”.

Miré a Cole y a Declan, que estaban sentados en la barra con los esposos de Katie y Cara. Uno de ellos sostenía sus manos como midiendo

un pez. Los seis se veían apuestos. Si se propagara el rumor de que los hombres de Montana eran sensuales, todo el estado estaría sobrepoblado.

“¿Acaso hay algo en el agua de aquí? Quiero decir, ¿acaso todos ellos son...?”.

“¿Candentes?”, preguntó Katie y luego se rio.

“Sí, candentes”. Tomé un sorbo de mi cerveza. “Me intrigan ellos. Declan y Cole”, aclaré.

¿A quién engaño? Estaba mucho más que intrigada. Estaba fascinada. Obsesionada. Había estado fantaseando sobre ambos hombres desde aquel día en que llegaron a la cafetería, pero nunca se me había ocurrido que sería capaz de tenerlos a los dos a la vez. Y por Dios, podía sentir cómo me mojaba con solo la idea de ser cogida por dos hombres simultáneamente. Tenía la vaga idea de cómo sería, había leído algunas novelas eróticas de ese tema, pero apenas podía imaginar hacerlo en la vida real. Si estaba imaginando cómo sería coger con dos hombres, entonces había pasado mucho tiempo desde que tuve sexo con alguien.

“¿Intrigada?”, preguntó Cara.

La verdad era que su hermano Declan y su casi hermano Cole me tenían dudando. No por el hecho de que fuera mala para hablar con chicos, a decir verdad, me resultaba difícil ser totalmente honesta con ellos. Cara se veía como si entendiera mi duda. “Mira, sé que no tengo nada que ver en este asunto, pero hablo en serio cuando digo que si Declan y Cole han mostrado un interés en ti —lo cual es cierto— entonces son serios al respecto. Ellos nunca se habían comportado así antes”.

Katie asintió ante el comentario de su amiga. “Es cierto. Estos chicos de Bridgewater no son como otros hombres. Yo vine de Nueva York, donde había un montón de idiotas, incluyendo a mi exesposo. Estos chicos no buscan una aventura. Eso que todos hablan sobre cuando encuentran a *la indicada* es cierto”.

“Es bueno saberlo”. No era que no quisiera creerles cuando hablaban sobre encontrar a la indicada o, incluso, que esperaran que yo fuera esa mujer. Yo creía que lo decían en serio y que todo esto era adulación de por sí. Pero no podía creer que fuera más de *una sola noche*. Yo venía de un mundo diferente y regresaría a ese mundo tan pronto me fuera posible.

“Hay unos detalles que encontrarás, por cierto, sobre los hombres que aceptan el estilo de Bridgewater”, dijo Cara. “Ellos son leales, sinceros, caballerosos... y también posesivos”.

“Tiene razón”. Asintió Katie enfáticamente. “Eso es totalmente cierto. Y al juzgar por la mirada que te lanzan ahora tus hombres, es obvio que ya no te quitarán la vista de encima”.

Miré hacia la barra de nuevo y vi que, de hecho, Cole y Declan me estaban mirando, y sus expresiones y posturas daban la impresión de que darían un gran salto para agarrarme en cualquier momento. *Eres nuestra*. Eso fue lo que había dicho Cole, y a pesar de que, quizás, no lo quiso decir con tono amenazante, sonó muy parecido a las palabras que Brad dijo la noche anterior a mi escape. Él no había sido solo posesivo, sino que también había sido obsesivo. ¿Acaso Declan y Cole serían así también? No tenía esa idea, pero me había equivocado sobre Brad y miren a dónde me llevó eso, a esconderme en un pueblo de Montana.

Miré mi cerveza mientras intentaba averiguar una manera agradable de formular mi siguiente pregunta. “¿Cuando hablan de que son posesivos...?” No podía idear una manera de terminar la pregunta, pero ambas mujeres se miraron como si supieran a qué me refería.

“Hablamos de que son protectores”, aclaró Cara, mientras removía su pinta con una paleta de madera.

“Los hombres de Bridgewater ponen a la mujer como primera prioridad. Siempre...”, dijo Katie. “Ellos creen que lo principal es asegurarse de que siempre la tomen en cuenta —el problema de la mujer es problema de ellos también—. Es su deber asegurarse de que ella esté feliz”.

“Y satisfecha”, añadió Cara con un meneo de cejas que nos hizo a las tres estallar a carcajadas. Ellas me habían hecho sentir mejor y segura de que Declan y Cole no eran como Brad. Lo que ellas decían solo reafirmó lo que mi instinto me había dicho en el momento que los había conocido. Ellos eran buenos hombres. Además, eran sensuales y me tenían en la mira.

“Entonces, ¿cuál es tu veredicto?”, preguntó Katie, mordiendo su labio para evitar mostrarme una sonrisa de picardía. “¿Estás interesada?”.

Abrí mi boca para responder y me detuve. ¿*Realmente* estaba interesada? La ansiedad entre mis piernas era mi respuesta. Pero eso no era a lo que ella se refería. No cabía duda de que a ella le parecía bien el lanzarme a su hermano y su amigo para una noche loca, pero quizás no querría escuchar al respecto. Estaba interesada en si yo quería convertirme en su hermana política. “Yo... este... no lo sé. Esto es... bueno... mi primera cita, por lo que el matrimonio no estaba en mis planes. Además, ni siquiera tenía planeado quedarme aquí por mucho tiempo”.

“Solo es una noche, aún es muy pronto para saber si quieres algo serio con ellos”, dijo Cara. “Por ahora, solo necesitas saber si te sientes atraída por ellos. Si lo estás, el resto depende de ellos”.

“¿Depende de ellos?”.

Katie asintió autoritariamente. “Créeme. El verano pasado estaba en la misma situación en la que tú estás. No tenía intenciones de quedarme, pero mis muchachos me mostraron lo bien que me iría si me quedaba”.

“¿Debo considerar que una de esas buenas razones fue lo que hicieron en el pasillo de atrás?”, pregunté.

Ella me mostró una sonrisa engreída. “Por supuesto. Y puedo felizmente decir que haberme quedado en Bridgewater fue la mejor decisión que he tomado en mi vida. ¿Y qué hay de ti? Olvida los planes a largo plazo y piensa. ¿Te interesan estos chicos?”.

Cara y Katie se quedaron mirándome de cerca. No había forma en la que pudiera mentir. “Pues sí”, les dije. “Estoy interesada”. Volví a mirar a

los muchachos y eso me bastó para babear por esos musculosos vaqueros. “Digo, ¿quién no?”.

“¡Esa es mi chica!” La sonrisa de Cara se amplió más, como si fuéramos amigas de la infancia como ella con Katie.

“Pero no puedo prometer nada”, afirmé.

Antes de poder conseguir más información, Katie interrumpió agitando su mano. “De todos los presentes, nadie espera que tú tomes la iniciativa. Ellos saben que depende de ellos el mostrarte cómo podría ser”. Me guiñó el ojo. “Confía en mí. Tendrás el resto de tu vida para sentirte convencida”.

Eso sí lo podía creer. Eché otro vistazo a los chicos y vi que Cole y Declan regresaban. La charla de chicas se había acabado, pero me sentía mejor por esa charla; mi cabeza se sintió más clara y ellas me habían ayudado a calmar mis nervios.

“¿Nos perdimos de algo?”, preguntó Declan, sentándose a mi lado.

Cole le dió un ceño exageradamente fruncido. “Lo que sea que esta chica haya dicho de nosotros es falso”.

Cara batió sus pestañas. “No he dicho nada aparte de cosas maravillosas, ¿verdad, Hannah?”.

Asentí inmediatamente. “Ellas fueron muy positivas. Y me ayudaron mucho”.

Ante sus miradas confundidas, Cara afirmó. “Le dije que dependía de ustedes mostrarle lo bueno que sería vivir aquí. No es que yo sepa algo al respecto”. Ella frunció el ceño, y luego les dio una sonrisa traviesa. “No la decepcionen, amigos. Ella es un tesoro y pienso que sería una buena incorporación para la familia”.

Cara y Katie salieron de la mesa y se dirigieron a encontrarse con sus esposos, dejando a una sonrojada y anonadada idiota atrás.

Dios, qué pena. Ellos debieron saber exactamente de lo que estábamos hablando. Bajé la cabeza para evitar sus ojos, pero Cole puso un dedo bajo mi barbilla y levantó mi cabeza.

“Ella tiene razón, ¿sabes? Esto depende de nosotros”. Por Dios, ¡es demasiado sexy! Mis ojos estaban fijos en sus labios y la cicatriz en su barbilla. ¿Cómo se sentiría besarlo? “Podemos quedarnos aquí, jugar billar, tomar más cerveza, lo que tu quieras. O podríamos salir de aquí”.

Declan puso una mano en mi pierna y mi atención se dirigió a sus intensos ojos azules y sus anchos hombros. “Te queremos, Hannah. ¿Qué dices? ¿Nos dejarás mostrarte cuánto te queremos?”.

No había ninguna maldita forma de decirle que no ni aunque quisiera, por todos los cielos. Y realmente no quería. Había vivido una pesadilla durante semanas..., incluso meses. Había renunciado a mi trabajo soñado por huir de un hombre que me aterraba. Estaba desesperada por liberarme, y Dios sabía que estaba lista para un orgasmo inducido por un hombre. Ni siquiera podía quedarme quieta en mi asiento.

Y ahora, dos hombres increíblemente sensuales querían cogerme.

Dejé que mi cuerpo hiciera lo que deseaba hacer en la camioneta. Colocando una mano en la pierna de Cole y luego en la de Declan, miré a uno y luego al otro. “Muéstrenme”.

OceanofPDF.com



HANNAH

LOS CHICOS no perdieron el tiempo pagando la cuenta y sacándome por la puerta. Salimos tan rápidamente que me daba algo de miedo lo que pensarían los demás. Cara y Katie, junto con sus esposos, seguramente sabían por qué nos fuimos tan temprano después de nuestra pequeña charla. Pero tan pronto como la idea llegó a mi mente, la descarté. Si algo había aprendido sobre Bridgewater, era que nadie me juzgaría por tener un trío con Cole y Declan. Demonios, ellos habían estado presionándolos encima mío en la cafetería. Incluso katie había dicho que lo había hecho con sus hombres en el pasillo trasero. Si a ellos no les importaba, ¿por qué a mí sí?

Una extraña sensación de libertad e incredulidad me hizo reprimir una carcajada mientras Declan alcanzaba mi mano en el estacionamiento, al mismo tiempo que Cole colocaba su brazo alrededor de mi espalda. ¿Qué estaba haciendo? Esta no era yo. Me había aferrado a la idea de Brad por tanto tiempo porque suponía que él era todo lo que quería. Apuesto, con

todo su cabello y un buen trabajo. Un alto mando en las fuerzas militares. Una buena jubilación. En foto lucía perfecto, pero en persona...

Luego estaban Declan y Cole. Mientras que ellos también eran atractivos —de hecho hicieron que Brad luciera deseable— tenían trabajos y todo el pelo en sus cabeza, y además venían en conjunto. Ambos estaban interesados en mí, ambos querían verme desnuda. Juntos. En cualquier otro pueblo de América, ellos estarían peleando entre sí por mí. Aquí en Bridgewater, ellos trabajaban como equipo para hacerme suya.

Una locura...

Ellos me guiaron hacia la camioneta de Cole y me ayudaron a subir.

Una vez que estaba apretada entre ellos, aumentó la tensión. No sabía si estaba más nerviosa o excitada, pero de cualquier forma me costaba quedarme quieta. ¿Cómo iban ellos a mostrarme aquello? Conocía los posibles escenarios para un trío. Había leído libros y visto porno de baja calidad. Si me iban a penetrar al mismo tiempo, tenía tres agujeros para dos vergas, así que... apreté mi trasero ante la idea de una doble penetración. No estaba lista para eso. ¿Mi culo? Nada había entrado por ahí antes. ¿Dolería? Claro que sí podría. Pero Cara y Katie lucían perfectamente bien y nunca mencionaron ningún reto de ese tipo cuando me echaron el discurso motivacional. No había ninguna maldita manera de que los hombres de aquí no estuvieran interesados en hacer un anal. Me estaba olvidando de algo, en especial en ese tema, y estaba segura de que esos hombres me ayudarían a averiguarlo.

Se veía como si no fuera la única que le costaba esperar. El silencio en la camioneta solo aumentó mis nervios y mordí mi labio para evitar balbucear como una idiota, cosa que tendía a hacer cuando estaba nerviosa. Quería preguntarles sobre la logística de todo el asunto pero ¿cómo le preguntas a un hombre sobre cómo piensa entrar en tu virginal culo? Sí, claro. Eso nunca pasará.

Quiero decir, no los había visto a ninguno de los dos desnudos, pero no había forma de pensar que alguno de ellos la tuviera pequeña. No, si sus penes eran acordes a sus físicos, entonces...

Junté mis manos y las apreté fuertemente, mirando hacia el frente. Iba a hacerlo. Mierda, en serio iba a hacerlo. Incluso el asunto del anal... de alguna forma.

Declan se acercó y soltó mis manos. Tomando una de ellas gentilmente, la trajo a sus piernas y la acarició, masajeando mi palma con su pulgar, con un movimiento que logró calmar mis nervios y activar mis sentidos. Dios, solo ese toque bastó para cortar mi respiración y que mi vientre se contrajera de la excitación.

Cuando terminamos, él puso mi mano en su muslo, animándome silenciosamente a continuar la exploración que había iniciado en el bar. No tenía que decírmelo dos veces. Mi mano pareció tener voluntad propia. Acaricié su pierna y miré desde el extremo de mis ojos cómo se endurecía su miembro, haciendo bulto en sus pantalones vaqueros. Mi boca se secó. ¡Mierda, tenía razón! El la tenía grande. ¡Y larga!

Oh, Dios. Mis pantis se empaparon enseguida.

Él tomó mi mano y la deslizó más allá. No me retiré, ya que mi curiosidad tomó lo mejor de mí. Quería sentir lo grande que era. Con su mano sobre la mía, me deslicé sobre su pene y él soltó el aliento. Un destello de triunfo se abalanzó sobre mí. Hacía mucho tiempo desde que me había sentido tan poderosa con un hombre. Pero, ahora, tenía dos hombres conmigo.

Era el turno de Cole. Dejando mi mano en el pene de Declan, alcancé con mi otra mano a Cole y toqué la parte superior de su muslo con cuidado. “¿Podría tocar aquí también?”, pregunté.

“Calma, cariño”, dijo. Su voz parecía un pequeño gruñido. “Tengo que llevarlos a todos a la casa de Dec en una pieza, y lo que haces es suficiente para hacerme correr aquí y ahora”.

“Ah, ¿en serio?”, pregunté sorprendida. Mordí mi labio para aguantar la risa. ¡Dios, se siente bien ser querida!

“Nos podrás tocar todo lo que quieras cuando lleguemos”, dijo Cole, con una voz que demostraba que aguantaba las ganas. “Somos tuyos para lo que quieras”.

Detuve mi respiración por un instante mientras todas las posibilidades cruzaban por mi mente. Mierda, no me había dado cuenta de lo traviesas que podían ser mis fantasías hasta que les di espacio para correr libres por mi cabeza.

“Pero va para ambas partes”, añadió.

Declan se acercó de tal manera que sus labios quedaron cerca a mi oído. “Eres nuestra para lo que queramos”, dijo. “Y te vamos a tocar en todas partes, hasta que pidas clemencia”.

¡Santo Dios! Casi me desmayé ante eso. *Sí, ¡sí! hazme rogar.*

“Ya vamos a llegar”, dijo Declan con un tono confortante. Al parecer, se me podía notar la desesperación en el rostro.

Cole alcanzó la mano que yo tenía reposando inocentemente en su rodilla. “Mientras tanto, ¿por qué no nos muestras cómo te gustaría que te tocáramos?”.

Quedé boquiabierta mientras miraba a un hombre y luego al otro. Oh, Dios, no podía. Yo era lo contrario a una exhibicionista —cuando Brad y yo teníamos sexo, siempre era a oscuras, bajo sábanas y yo definitivamente nunca había estado tan excitada como estaba ahora, ni siquiera en todas las veces que habíamos estado juntos. Todos esos momentos combinados. No podía simplemente...

“No fue una orden”. La voz de Cole sonó fuerte, mandona. Quizás me hubiera asustado, desde que Brad hacía demandas que realmente me espantaban, pero no lo hizo. No había frialdad en su voz, nada de crueldad.

Aún así, tragué saliva. Levanté mis manos y las coloqué en mi regazo. “Lo siento. No crean que soy una molestia. Solo... estoy asustada”.

La camioneta bajó la velocidad, pero Cole seguía teniendo los ojos en la vía. “¿Nos tienes miedo?”, preguntó.

¿Lo tenía? ¿Acaso esto era miedo de ellos?

“Quiero decir, no los conozco”, inicié. “A pesar de que todos confían en ustedes y no han hecho nada para que tenga miedo de ustedes, no puedo evitarlo”.

“Y aún así tenías tu mano en mi verga. No estás asustada”, dijo Declan, contradiciéndome. “Hay algo más”.

Buen punto. No había tenido miedo al montarme en la camioneta con ellos. No había estado asustada cuando toqué a Declan o cuando quise hacer lo mismo con Cole. Fueron las palabras de Cole las que me sacaron de onda. No, fue más bien su tono de voz. “No me gusta cuando no tengo opción”.

“Hablas de cuando te dije qué hacer. Cuando te dije que nos mostraras cómo querías que te tocáramos”, respondió Cole.

Asentí.

“¿Y qué pensaste que podía haber pasado si decías que no?”.

Que estarían enojados... o peor. No podía decirles eso. “Que ustedes estarían... Dios, no sé”.

Pero sí lo sabía y me rehusé a decirlo.

“No lo hiciste, lo que significa que estabas diciendo que no. Al menos, no verbalmente”.

Pensé por un momento. “Creo que eso es cierto”.

“Así es, cariño. ¿Y qué pasó?”.

Miré a Cole. Él estaba viendo el camino, pero su mirada se cruzó con la mía por un instante. No había visto rabia. No había visto un enojo formarse en sus ojos. Lo que vi en él fue franqueza. *Oh, Dios.*

“Me escuchaste. Escuchaste mis preocupaciones”.

Cole tomó mi mano, la levantó hasta su boca y gentilmente besó mis nudillos. “Por si no te habías dado cuenta, me gusta estar a cargo. En

especial, cuando estoy en la cama. Yo nunca, jamás, te pediría que hicieras algo que no quisieras hacer”.

Mantuvo mi mano en la suya, pero sabía que podía soltarme en cualquier momento.

“Eso también va por mí”, añadió Declan”. Sin importar lo que puedas pensar —y sentir—, al contrario, no nos mueven nuestras vergas”.

“Nos mueves tú”, respondió Cole. “Déjame preguntarte lo siguiente. ¿Estás mojada por nosotros?”.

Mordí mi labio, luego asentí.

“Buena chica. Ahora, si me pongo dominante contigo, es porque quiero que olvides todo lo que no sea lo que hacemos juntos, lo que te haga sentir bien”.

“Como BDSM”.

Declan tomó mi otra mano, y la besó. Ahora, ambos sostenían mis manos mientras me encontraba sentada entre ellos.

“Si te gusta el *bondage*, nos encantaría atarte a la cabecera de la cama. La dominancia es algo que definitivamente nos gusta”, continuó Declan, considerando todas las partes del acrónimo BDSM. “Pero no soy del tipo de repartir dolor y dudo mucho que *tú* seas masoquista”.

¿Acaso me gustaba el dolor? “Claro que no”.

“Así que, intentemos algo, tomando en cuenta que nos detendremos cuando tú quieras”, dijo Cole. “¿Está bien?”.

“Bien”, respondí.

“Ahora, sé una buena chica y muéstranos cómo quieres que te toquemos”, dijo Declan, soltando su mano. Estaba repitiendo las mismas palabras de Cole. Su tono tenía un toque diferente, pero no pude evitar notar su personalidad mandona.

Cuando me volteé hacia Declan, su pequeña sonrisa era alentadora, aunque estaba esperando que hiciera caso. Querían ver qué partes me excitarían. Eso los hacía buenos y desinteresados amantes, ¿verdad?

Brad sí que había hecho un teatro de mí. Destruyó mi confianza, me hizo pensar que todos los hombres eran iguales a él. Había escapado de él para vivir mi vida, pero había dejado que siguiera controlándome. Cole y Declan *no* eran como Brad. *Para nada*. Era injusto compararlos con él. Cuando se comportaban dominantes y al estilo de un macho alfa, me fascinaba. Realmente me gustaba. Y al saber que lo hacían porque era divertido —y excitante— quería darlo todo de mí. Era lo que realmente quería, y los quería a ellos.

Contuve mi respiración mientras lentamente subía el dobladillo de mi vestido. Estaba segura de que mi rostro se enrojecía mientras exponía mi cuerpo, pero la cabina de la camioneta era demasiado alta como para que alguien viera lo que estaba haciendo. Como si leyera mi mente, Declan añadió. “Nadie más puede verte, Hannah. Solo nosotros. Nunca te compartiríamos con nadie más”.

Eso me calmó, el saber que lo que hacíamos aquí era privado. Especial. Separando mis piernas lentamente, presioné mis dedos contra mis pantis húmedas y solté un gemido.

Oh, Dios. Estaba a punto de correrme. ¿Cómo era eso posible?

Cole chasqueó su lengua. “Lo siento, cariño. Eso no funciona así”.

Quedé petrificada mientras buscaba la mirada de Cole, quien me lanzó un guiño.

Declan explicó. “Queremos ver *exactamente* lo que estás haciendo, dónde estás tocándote, dulzura. Quítate las pantis”. Su tono era dulce, pero severo. Nunca pensé que fuera posible excitarse más, pero su orden lo logró. Habían calmado mi mente al respecto, lo que hizo que no tuviera problema con que fueran dominantes. No debería gustarme después de lo ocurrido con Brad —que en ningún momento lo hizo ver como algo sexy— pero me gustaba, quizás porque se trataba de ellos y no eran Brad. Suspiré. Suficiente Brad por hoy.

Levanté mis caderas y tiré de mis pantis hasta las rodillas.

“Abre tus piernas”, dijo Cole.

Hice lo que me pidieron y fui recompensada con sus gruñidos de placer ante el vistazo de mi húmeda vagina. Ni siquiera eran las ocho y el sol no se había puesto aún. Ellos podían verme claramente. Podían verlo todo.

“Muéstranos”. La voz de Declan era ronca.

Gemí suavemente cuando mis dedos tocaron mi clítoris, y cerré mis ojos. Se sentía tan raro, tan obsceno. Rodeé el sensible botón con mis dedos, y meneé mis caderas, gimoteando. Me había acostumbrado al movimiento circular, pero se sentía mejor que antes, y el sonido llenó la cabina de la camioneta junto con mis jadeos. El solo saber que sus ojos estaban fijos en mí me excitaba más, me hacía llegar al clímax. Continué jugando mientras Cole manejaba. “No puedo. Si sigo así, me voy a correr”.

“No te preocupes. Te tenemos”, dijo Cole. La camioneta se detuvo y los hombres se empezaron a mover. Fue solo entonces cuando abrí mis ojos mientras Cole y Declan se movían para verme de frente. “Acuéstate y abre las piernas”.

“¿Qué?”, pregunté confundida, pero Cole soltó mi cinturón de seguridad y me acomodó para que mi cabeza estuviera en el asiento del conductor. ¿Qué demonios estaba haciendo? Antes de que pudiera llegar algún otro pensamiento, Declan se salió de la camioneta de manera de quedarse en la puerta, tomó mis rodillas y me arrastró hacia él. Jadeé ante tal acción atrevida, pero gemí cuando hizo algo aun más audaz. Puso sus manos en mis rodillas y metió su cara entre mis muslos. Mientras que su lengua lamía mi vagina, todo lo que yo podía decir era “oh, Dios. ¡Oh, Dios!” y apretar mis piernas contra sus orejas.

OceanofPDF.com



HANNAH

ÉL ERA BUENO. Muy bueno en darle vueltas a mi clítoris con una precisión implacable. Con mis dedos enredados en su pelo, me corrí tanto que no podía ni ver ni escuchar nada más que mi propio placer.

Cuando por fin abrí los ojos, me encontré mirando la sonrisa increíblemente engreída de Cole. Levanté mi cabeza y vi a Declan sonriéndome también, usando el dorso de su mano para limpiar su boca. Para quitarse mi excitación de su rostro. Empecé a revolverme para salir y ambos hombres se acercaron para ayudarme. Con una extraña maniobra, comencé a subir mis pantis, que ya se encontraban en mis tobillos, pero Declan me las quitó y las guardó en el bolsillo de su camisa.

Quedé boquiabierta cuando me di cuenta de que él no tenía ninguna intención de devolvérmelas. No solo estaba con el culo al aire, sino que estaba con el culo al aire en donde cualquier persona podía pasar manejando por aquí.

“Oh, Dios. Lo hice en el camino. Cualquiera podría vernos”.

Declan amplió más su sonrisa, claramente satisfecho por su destreza con la lengua. “Estamos en mi garaje”.

Me apoyé en mis codos, y me levanté. De hecho, *estábamos* en un garaje, y la puerta estaba cerrada. La luz proveniente de una ventana en la pared a un lado y el foco dentro de la cabina ofrecían bastante iluminación. ¿Cuándo cerraron la puerta? Me había corrido tanto que no me había dado cuenta de que habíamos llegado a la casa de Declan, mucho menos que estábamos en su garaje.

Suspiré, aliviada, porque no había tenido a un hombre devorándome en mitad de la carretera, sino bajo techo. Me sentí bien. Demasiado bien. Mis dedos seguían temblando y me encontraba excitada, pero no podía recordar cuándo me había sentido tan relajada. No pude evitar dejar escapar una sonrisa. Mierda, realmente lo necesitaba. “Eso fue..., ehm..., gracias”.

Declan se echó a reír ante mi agradecimiento. “No era necesario. Fue un placer. De hecho, me moría por probar ese dulce coño tuyo desde la primera vez que te vi en la cafetería”.

Cole añadió. “No tienes ni idea de cuántas veces quisimos levantar la falda de tu uniforme y devorarte por completo”.

“Oh”. Eso fue lo único que me pude limitar a decir. Un pequeño orgasmo y, aunque ellos seguían siendo caballeros, no aguantarían más. Estos eran los verdaderos Cole y Declan. Apuestos, audaces, ligeramente arrogantes, muy dominantes y muy, muy meticulosos.

Quizás haya estado fuera de mi eje con ellos dos —nunca me habría imaginado haciendo todo esto—, pero estaba determinada a disfrutar cada segundo. Y, ciertamente, disfruté los últimos minutos. Más de lo que había disfrutado en toda mi vida. Y eso que solo fue la lengua de Declan y todos teníamos nuestra ropa puesta. A excepción de mis pantis.

Esta pequeña fantasía no podía durar más tiempo y, ahora que sabía lo que ellos podían hacer, no había forma de que dejara que mis inhibiciones y complejos arruinaran mi única oportunidad de vivir uno de mis deseos más

obscenos. Y no cabía duda de que ellos podrían satisfacer cada uno de ellos, incluyendo algunos que ni siquiera sabía que tenía.

Declan se acercó, me sacó de la camioneta y me cargó sobre su hombro como si no pesara nada. No sabía si reirme o gritar de la indignación, pero la risa ganó, en especial cuando vi a Cole sonreír detrás de nosotros.

Declan le dio a mi trasero una nalgada mientras me llevaba a su habitación, subiendo los escalones de dos en dos. “Eres nuestra por esta noche”, dijo mientras me bajaba, colocándose en su cama tamaño King.

Busqué en la oscuridad al melancólico galán, y luego a Cole, con su clásico encanto. Hacía solo unos minutos le había hablado como si me asustara, pero ahora no me asustaba para nada. Me hacía sentir ansiosa.

¿Que yo era de ellos por esta noche? Sí, no tenía ningún problema con eso. No sabía que necesitaba un buen orgasmo para darme cuenta.

“Quítate ese vestido”, ordenó Declan. Cruzándose de brazos, me lanzó un guiño, mostrando la picardía en sus palabras. Ya no me asustaba su dominancia. Lo disfrutaba.

No pude evitar sonreír mientras me lo quitaba lentamente, tirándolo por encima de mi cabeza y agradeciendo en silencio por haber pensado en traerme mi bonita lencería negra, sostén y pantis. Aunque los segundos ya estaban en su bolsillo, por lo que el efecto no era el mismo. La manera en que ambos me miraban, pareciera como si no les importara en lo más mínimo. Ni a sus erecciones.

Aún así, me sentía rara y expuesta, de pie frente a dos chicos, vestidos y a punto de desnudarse, que me miraban con ojos sinvergüenzas de pies a cabeza. La extraña sensación desapareció rápidamente cuando vi el deseo y la ambición que no podían esconder tras sus miradas.

“Santo cielo, eres muy hermosa” dijo Cole suavemente. Dio un paso hacia mí. “Quítate el sostén, cariño”.

Había empezado a hacer lo que me pidieron, pero me detuve. Sabía lo que estaba por ocurrir. Estos chicos me harían correrme de nuevo... una y

otra vez. Ellos se desesperaban por hacerme feliz, por mostrarme cómo se sentiría vivir aquí. No es que me quejara, pero había algo que necesitaba primero. Mi mente hizo retrospectiva en la sensación que había tenido en la camioneta cuando tenía mis manos sobre sus piernas. Había visto cómo se endurecían sus penes y el efecto que yo tenía sobre ellos. Esa sensación era la que quería ahora. Necesitaba experimentar con mis propios ojos antes de dejarlos tener el control.

“Esperen”, les dije. Para mi deleite, ellos se congelaron enseguida. Por todas las órdenes que ellos daban, yo era la que había fijado las reglas aquí, tal y como ellos indicaron. Su reacción fue prueba de que no podían hacer nada que yo no quisiera. Lo sabía, pero verlo con mis propios ojos fue satisfactorio.

“¿Ocurre algo?”, preguntó Declan. En su cara parecía escrita la palabra *preocupación* en mayúsculas.

“Ya te habíamos dicho que tomaríamos las cosas con calma”, dijo Cole.

Me tragué la risa. *Calma* no era lo que tenía en mente. Negué con la cabeza. “No es eso. Es que... quiero verlos a ustedes primero”.

Eso hizo que me ganara una extraña sonrisa de Cole y una carcajada de Declan. “Si la dama insiste”.

Ellos se quitaron la ropa rápidamente, y en cuanto se bajaron los pantalones y los boxers, me quedé boquiabierta. “Guau, esto... guau”.

Santo cielo, eran más grandes de lo que había imaginado. Largos y gruesos, sus penes pedían a gritos que yo los tocara. Y cuando Cole agarró la base del suyo y empezó a masturbarse lentamente, una pizca de fluido preseminal salió de la punta. Me lamí los labios. Quería probarlos, hacerlos correrse como yo lo había hecho.

En un sorpresivo giro, me di cuenta de su preocupación y audazmente tomé el control. Podía ser yo misma. No, podía ser una nueva yo, una yo que no huyera avergonzada de lo que quería. Que fuera apasionada y salvaje, un poquito obscena también, y capaz de aceptar todo eso.

Cuando me dijeron qué hacer, me estaban dando espacio para olvidar todo y florecer, dejando que el placer y la pasión tomaran el control. Me entregué a eso ahora, arrodillándome ante ellos. “¿Quién va primero?”.

“Espera, cariño. No tienes que hacer esto”, dijo Cole, abriendo los ojos como platos. Intenso. Los había sorprendido, eso era seguro. Él se había quedado quieto ante mi intrépido comportamiento, pero aún seguía sujetando su pene.

“Quiero hacerlo. Claro que quiero hacerlo”, respondí mientras los miraba a los dos. Eran tan grandes y poderosos, pero aún así, eran gentiles. Cariñosos. “Tenía miedo, pero ya no más. Tal parece que un orgasmo me ayudó, y mucho”.

Ambos empezaron a sonreír.

“Quiero esto. Los quiero a ustedes. A ambos”.

Cole lanzó un rugido de aprobación y Declan se acercó a mí, agarrando su pene y llevándolo a mi boca abierta. Una vez que cerré mis labios a su alrededor, deslizó sus manos en mi pelo para tenerme cerca.

Mierda, hacía mucho tiempo desde que había hecho esto. Una pequeña parte de mí esperaba no haber olvidado cómo hacerlo. Pero resultó que chupar una verga era como andar en bicicleta. Moví mi cabeza adelante y atrás, sacando y metiendo cada parte de su miembro, usando mi lengua para acariciar su longitud y disfrutar del sonido de sus gemidos. Él se sentía como terciopelo en mi lengua, aunque duro como roca. Muy grande para poder tomar todo su miembro, coloqué mis dedos alrededor de la base —ni siquiera podía cerrar la mano por lo gruesa que era— y los moví mientras retraía mis mejillas al chupar.

Escuché a Cole acercarse a mí y sentí que me restregaba su pene contra mi mejilla. Sentí su líquido preseminal. Se sentía caliente, sucio y muy, muy bien. Retrocedí para soltar a Declan y tomar el pene de Cole en mi boca, retorciendo mi lengua sobre la brillante punta como si fuera una

paleta, lamiendo su salada esencia. Él ni siquiera me dejó tomarlo con mi boca para sentir cómo entraba en mi garganta antes de alejarme.

“Ya tuviste tu turno, Hannah. Ahora nos toca tomar el control”.

Esperó un momento a que yo asintiera, luego dijo, “A la cama. Ahora”.

Ya no entraba en pánico por el tono autoritario. No hacía nada aparte de mojarme más.

Declan tiró de mí gentilmente, y me ayudó a subirme a la cama. Con sus dedos mágicos, desabrochó mi brasier, haciendo que mis pechos quedaran libres. Mis pezones ya estaban duros, pero dolían un poco a causa del aire frío.

“Sobre tus manos y rodillas”, ordenó Cole.

¡Oh, sí! Dios, la idea que él me tome por detrás me cautivó rápidamente. Tan pronto hice lo que pidió, se arrodilló en la cama a mi lado, y abrió la envoltura de un condón. Mientras tanto, me deleité con sus esculturales abdominales, y recorrí esa línea velluda hasta llegar a su pene. Hasta aquella bestia.

¿Podrá caber? Mi vagina se tensó, ansiosa por descubrirlo.

Mis senos se mecían y mi trasero estaba arriba. Todo mi cuerpo estaba expuesto y no me importaba. Solo necesitaba esa enorme verga muy dentro de mí. ¡Y rápido!

“Esto será rápido, cariño”, levantó su miembro recién cubierto, sonriendo. “La próxima vez, iremos más lento y con delicadeza”.

Es suficiente para mí. “Sí, dale rápido”.

¿Quién era esa mujer que jadeaba tanto? No podía creer que era yo, desesperada y totalmente ansiosa por dos vergas.

Él se movió detrás de mí, empujando su cuerpo y abriendo mis piernas más y más, mientras que Declan se sentó en la cama, recostándose en la cabecera, apoyado entre las almohadas. Tomando mi brazo, tiró de mí para que mis manos quedaran sobre la cama, pero esta vez alrededor de sus caderas. Mi boca flotó sobre su pene erecto. Se curvó con tan solo tocar la

punta. Ya conocía su sabor, la sensación de su miembro en mi boca, y quería probarlo de nuevo. Quería sentir sus dedos enredándose en mi pelo, que me guiara como lo había hecho hacía un momento. Quería que se corriera en mi boca y probar su semen, tragar cada gota de él.

Cole se deslizó a mi parte baja, y atravesó su pene lentamente en mi vagina mientras que Declan tomó mi cabeza y se deslizó entre mis labios.

Cole rápidamente encontró un ritmo que fuera duro y veloz, llenándome mientras yo chupaba apasionadamente el pene de Declan. Gemí cuando el miembro de Cole cruzaba por mi punto G una y otra vez. Declan gruñó en respuesta y afirmó su agarre en mi pelo con una mano, mientras que con la otra jugueteaba con mi pecho.

Estaba a punto de correrme. Estaba tan cerca, presionando mis caderas, chocando contra los empujones de Cole para tomarlo lo más profundo posible. Pero no era suficiente. De alguna forma, él se dio cuenta, por lo que bajó un pulgar y empezó a rodear mi clítoris. Gemí de nuevo, y, esta vez, Declan levantó sus caderas, atravesando su pene por dentro de mi boca, para luego correrse dentro de mí. Cuando levanté la mirada para verlo, noté que apretaba la mandíbula, gruñendo de placer por mi sensual y deliciosa mamada. Sentí la ráfaga de su semen en lo profundo de mi garganta mientras Cole pellizcaba mi clítoris.

Me corrí con un grito ahogado, cerré mis ojos y me dejé llevar por el placer que sacudía mi cuerpo, por la sensación que golpeaba mi corazón, por la pasión que me quitaba el aliento.

Cole me cogió, todo el ritmo se perdió, habiendo cumplido con su necesidad más básica de acabar. Con un grito, agarró mi cadera y me llenó, capturando todo su semen en la barrera del condón.

Declan me separó de su agotado pene antes de tomarme entre sus brazos. Nuestra piel, húmeda por el sudor, nos adhirió. Él se sentía cálido, tan cálido, su cuerpo era fuerte y poderoso, me sentía segura rodeada entre sus brazos.

Cole se separó también, se dirigió al baño y regresó después de un minuto. Me trajo una toalla húmeda y caliente, y gentilmente me limpió. Pero yo estaba demasiado agotada como para prestar atención a la forma en la que él limpiaba mis partes privadas.

Una vez terminado, se desplomó con aire de satisfacción al lado nuestro en la cama. ¿Cómo pude pensar que estos dos chicos fueran aterradores? Ellos eran como dos enormes y musculosos osos de peluche. Hombres que querían coger salvajemente y consentir cariñosamente.

Después de un rato, ellos me acomodaron para quedar apretada entre ellos, con mi cabeza en el pecho de Declan y el cálido cuerpo de Cole abrazándome por detrás. Lanzaron una manta sobre nosotros y caí en un satisfactorio sueño.

Cuando me desperté, seguía oscuro y los hombres estaban durmiendo a ambos lados de mí. Todo lo que habíamos hecho regresó a mi mente en un cálido y destellante instante. Mierda, ¿Qué había hecho? Me había acostado con Declan y Cole. Y no solo para dormir; había tenido sexo con ellos. Sí, no había otra palabra para describir eso. Era una chica mala, muy mala. No, Me rehusaba a sentir culpa por eso. Por el dolor entre mis piernas. Pero eso no significaba que debía quedarme aquí. La hora divertida había terminado, y también esta única noche.

Una noche, eso era lo que debía ser. Una noche espectacular que recordaría por el resto de mi vida. Nos habíamos divertido bastante, nos habíamos llegado a conocer en formas que no había esperado, como la sensación de mi lengua deslizándose sobre la vena pulsante del pene de Declan o los dedos de Cole mientras me sujetaba para que pudiera penetrarme.

Sí, fue obsceno. Suciamente obsceno. Y liberador. No podía asustarme nunca más.

Me moví lentamente, soltándome del recodo del hombro de Declan y levantando el brazo de Cole de mi cadera. Había llegado al borde de la

cama cuando escuché a Cole moverse detrás mío. Lo siguiente que vi fue su brazo rodeando mi cintura de nuevo, manteniéndome en la cama. Su mano se posó en mi pecho, quedando en perfecta forma.

“No lo creo, cariño”.

“Eh... creo que necesito ir a casa”, le susurré, evitando despertar a Declan.

“No hay manera de que te dejemos pasar por el pasillo de la vergüenza”.

“No me importa. Suel...”.

Me tiró de nuevo para quedar presionada contra él, y una vez más me acomodó entre él y Declan, que se había empezado a mover”.

“Sin quejas”, dijo, su mano deambulando entre mi torso. “Esta cita no termina hasta que *nosotros* te llevemos a tu casa”.

Tal parecía que no tenía a dónde ir. Me resigné a suspirar. Suponía que no haría mucho daño extender mi noche de fantasía por unas cuantas horas más. Al menos hasta que el sol saliera.

Cole se movió, colocando su antebrazo encima para acercarse más a mí. El cuarto estaba oscuro, pero la luz de la luna a través de la ventana me permitió ver sus ojos oscuros llenos de ansiedad, y su sonrisa suave, aunque su voz... su voz estaba llena de promesas. “Además, no puedes ir a ningún lado hasta que te haya dado a probar de mi parte”.

Mi mente carente de sueño no sabía de lo que él hablaba al principio. No pasó la idea por mi cabeza hasta que él se acomodó abajo para quedar entre mis piernas, con sus manos abriéndolas más y más. Sentí su cálido aliento soplar sobre mi delicada piel antes de colocar su boca en mí.



HANNAH

LA SIGUIENTE VEZ QUE DESPERTÉ, Cole estaba sentado a mi lado, con una taza de café en su mano y una sonrisa pícaro en su rostro. Llevaba puesto un par de pantalones sueltos y nada más. La vista era tentadora. “Buenos días, cariño”.

Me acomodé para sentarme. Casi le hice tirar la taza que estaba por entregarme mientras buscaba una manta para cubrirme. Murmuré dándole las gracias, con las mejillas tan calientes como el café.

Su sonrisa se amplió más. “Te veías extrañamente apurada para salir de aquí esta mañana. ¿Trabajas el turno del almuerzo hoy?”.

Negué con la cabeza. “No hasta la hora de cenar”.

Su mención de lo que había hecho temprano me hizo mirar a todos lados menos a él. Que haya dejado que un extraño me lamiera la vagina como primera actividad de la mañana no era exactamente una ocurrencia del día a día de mi vida. De hecho, esa fue la única ocurrencia. Algo me

decía que si dejaba que esto siguiera adelante, mis orgasmos matutinos no tendrían fin.

Cole chasqueó su lengua y de manera gentil, pero firme, tiró de la manta, quitándola de la mano que no sostenía mi café. “¿Y a dónde se fue esa sucia mente tuya, eh?”.

Cerré mis labios. De ninguna manera iba a admitir que había disfrutado sentir su lengua en mi clítoris. Se suponía que nos divertiríamos por *una noche*. No debería acostumbrarme a esta clase de cosas, pero él parecía leer mi mente. Sus sospechas habían sido confirmadas cuando deslizó su mano bajo mi vientre y hasta mi vagina. Él gruñó, y yo también. Sus ojos se cruzaron con los míos. “Alguien despertó algo traviesa, ¿no?”.

Me mordí los labios. Quería negarlo, ¿pero cuál sería el punto? Él podía sentir lo mojada que estaba, y me estaba mojando aun más a cada segundo que sus dedos seguían tocando mis partes, acariciando mi clítoris. Demonios, ¿a quién trataba de engañar? asentí, acomodándome para que pudiera abrir mis piernas y le diera más espacio.

Su sonrisa era irritante y sexy a la vez. “Dilo, cariño”.

“Soy traviesa”. Listo, lo dije.

Él deslizó un dedo dentro de mí y arqueé mi cadera instintivamente. Con su mano libre, tomó la taza de mi mano antes de que pudiera botar el café sobre mí. Solo escuché cuando la colocó sobre la mesa desde el momento en que había cerrado mis ojos. Mis caderas se sacudían por el delicado roce de su dedo.

“Dime lo que quieres”, dijo. Sus labios estaban cerca de mi oído.

No podía. No debía. Se suponía que terminaría. Ya era el día dos de mi aventura de una noche. Ya estaba rompiendo mis propias reglas.

Deslizó un segundo dedo en mí y jadeé. Estaba a punto de correrme, solo por la forma en que movía esos hábiles dedos. ¿Por qué querría discutir con él?

“Dime”, gruñó.

“Quiero montarte”. estaba segura de que mis mejillas estaban al rojo vivo porque había dicho algo tan vergonzoso y en voz alta, pero su murmullo de aprobación borró mi vergüenza.

“Buena chica”, suspiró. Agarrando un condón de la mesa de noche, se bajó los pantalones lo suficiente para sacar su pene y cubrirlo rápidamente con el condón. Entonces se acercó a mí, arrastrándome hasta colocarme sobre sus piernas. Él estaba sentado en el borde de la cama, con los pies en el suelo, y yo me encontraba frente a él, cubriendo sus caderas... y su pene. “¿Quieres sentarte en *esto*?”.

Él me estaba provocando, levantando la comisura de sus labios y haciendo una irónica sonrisa. Fácilmente me sujetó sobre su larga y dura verga, para que pudiera sentirla, pero sin que alcanzara a penetrarme. Mi vagina se apretaba con excitación.

“Sí”, le susurré. Cuando vi que seguía sin soltar mi cadera, lo miré a los ojos. “Por favor”.

“Buena chica”, dijo otra vez. “Adoro cuando me dices lo que quieres”. Me liberó de su agarre y me acomodé sobre su grueso pene, haciendo que estirara mi vagina con cada centímetro que lo dejaba pasar dentro de mí, sacudiendo mi cadera para acomodarlo.

Oh, Dios, se siente bien. Pero faltaba algo. “¿Dónde está Declan?”.

“Aquí, dulzura”. Escuché su voz en el pasillo. “Veo que empezaron sin mí”.

Levanté mi cadera y volví a hundirme, adorando el siseo de aprobación de Cole. Vi las manos de Declan deslizándose alrededor de mi cintura desde atrás y colocándose en mis senos, para pellizcar mis pezones.

Esto. Esto era lo que había querido. Ser rodeada por mis hombres.

No son míos. Me recordé a mí misma.

“Es momento para *esto*, dulzura”.

Declan alejó su manos, buscó algo y lo puso en frente de mí. Cole se quedó quieto muy dentro y yo parpadeé. Era un plug anal rosado brillante.

Nunca había visto uno en mi vida, pero sabía lo que era.

“Um...”.

Declan lo alejó de mi línea de visión y escuché el sonido familiar de una tapa de frasco destapándose.

“No te vamos a hacer daño”, prometió Cole, sujetando mi barbilla. “Quieres tomar a tus dos hombres a la vez algún día, ¿no?”.

Intenté abrir la boca para decirles que ellos no eran míos, que esto no era nada más que una noche loca con rapidín matutino incluido, pero sentí la dura y fría punta del plug presionando detrás de mí. *Ahí.*

“¡Declan!”, grité mientras Cole se recostaba en la cama, tomaba mi mano y me llevaba con él, permaneciendo muy dentro de mí. Su mano tomó mi barbilla de nuevo y me besó. No fue algo decente, con su lengua enredándose con la mía y sus labios subiendo y bajando, y manteniéndome ansiosa.

“Fue solo mi dedo, dulzura”, murmuró Delan, dibujando un círculo más suave allá abajo.

De hecho *fue* su dedo y no el plug. Aunque me sorprendió, se sintió bien. *¡Dios, sí que lo fue!* Nervios que ni siquiera sabía que tenía empezaron a activarse con el más ligero toque. Cuando vi el plug, había pensado que, simplemente, lo iban a hundir en mi culo, pero me equivoqué.

Levanté mi cabeza para tomar una bocanada de aire. Esta nueva sensación era intensa, y con Cole dentro de mí, nunca había sentido tanto la necesidad de correrme rápido. Cole me miraba con cuidado, deslizando una mano en mi cadera mientras la otra bajaba para acariciar mi clítoris.

“¡Oh!”, grité. Ellos estaban siendo demasiado gentiles. Nada de juegos rudos, nada de exigencias, solo la más ligera persuasión. ¿Cómo podía decirle a Declan que no cuando se sentía tan bien?

“¿Te gusta?”, preguntó Declan, acercándose y susurrando en mi oído. “¿Sabes lo sensual que te ves montando la verga de Cole? Tus pezones están duros, y tu clítoris está...”.

“Está todo hinchado y duro”, interrumpió Cole. “Me podría volver adicto a esto. Es hora de que te corras por tus hombres, cariño”.

“De acuerdo”, le dije, porque estaba a punto de hacerlo. No iba a contener el más increíble orgasmo que había tenido solo porque Declan estaba tocando mi último agujero virgen.

Colocando mis manos sobre el pecho de Cole, arqueé mi espalda y con un grito agudo, llegué al clímax. Cole continuó jugando con mi clítoris. Le pedí que me dejara montar su pene de nuevo, usándolo para rozar cada parte dentro de mí. El dedo de Declan presionó con más firmeza, y se deslizó hacia mi interior, abriendo paso en mi orificio. Fue una aguda sensación, mis ojos se abrieron como platos y levanté mi cabeza hacia el techo. Mi pelo cayó hacia mi espalda mientras me corría de nuevo. Cole estaba en mi vagina y el dedo de Declan en mi trasero dándome una muestra de lo que sería si ambos me tomaran.

Ellos me hablaron mientras me corría, pero no tenía idea de qué era lo que decían. Estaba tan distraída, tan inmersa en el placer, como para siquiera entender. Sabía que ellos estaban ahí, rodeándome, protegiéndome, manteniéndome a salvo mientras me dejaba llevar.

Sentí el dedo de Declan salir de mí y abrí mis ojos. Vi a Cole observándome con una sonrisa de satisfacción en sus labios. Cuando me di cuenta de que mis dedos eran como garras sobre sus enormes hombros, me solté y le susurré un rápido “perdón”.

“Puedes dejarme todas las marcas que quieras. Nunca olvidaré cómo las conseguí. Te lo aseguro”.

Algo frío y duro regresó a mi trasero. Esta vez sabía que era el plug. “¿Lista?”, preguntó.

Su mano se deslizó por mi espalda, partiéndome. Mirando sobre mi hombro, me encontré con la mirada de Declan. Estaba esperando que le diera mi permiso, que le dijera que sí. Él era muy listo, dejándome correrme con solo su dedo, por lo que no podía negar que me gustó el juego anal.

Nunca me había corrido tanto en mi vida como cuando me tocó así. Podía decirle que no porque me negaba a admitir que me gustara algo tan obsceno, pero ya habíamos sobrepasado esa línea hacía mucho. Si las mujeres de Bridgewater tenían dos esposos, el sexo anal no era tan inusual. Yo era la única rara.

Asentí y él puso el plug cuidadosamente en mí. Las manos de Cole tomaron mis senos, intentando distraerme del gran estiramiento, y giré mi cabeza.

“Una vez que el plug esté dentro, te voy a coger. Ya mojaste mi verga al correrte y me muero de ganas por volverlo a hacer. ¡Apúrate, Dec!”.

Exhalé mientras él lo empujaba y volvía a sacar. Había visto el plug, no era tan grande, pero se sentía enorme. Me retorcí ante el ligero ardor, y entonces sentí el pequeño “pop” mientras se deslizaba en mí.

“Buena chica”, dijo Cole, y me volteó para quedar de espalda a él. Jadeé cuando el plug me presionó dentro. “Aguanta, cariño. Es mi turno para montarte”.

Hice lo que me dijo, doblando mis piernas alrededor de su cintura mientras empezaba a cogerme. No había otra palabra para eso. Él ya no era nada gentil, su necesidad por correrse era poderosa. Él se sentía diferente a la noche anterior. Con el plug haciéndolo más ajustado, se sentía mucho mejor tener ambos orificios llenos.

El ángulo de sus empujones hacían que rozara mi clítoris, que ya estaba muy sensible inmediatamente después de haber acabado. No había forma de no volverme a correr, ya que mis sentidos estaban sobrecargados. Lo exprimí mientras gritaba su nombre, tratando de traérmelo hasta lo profundo de mí.

Él no aguantó más y se corrió con un fuerte gruñido.

“No puedo esperar hasta que te tomemos juntos, dulzura. Me mata la espera”.

La voz de Declan me revolvía y su brazo me rodeaba la cadera, separándome del pene de Cole para colocarme justo en frente de él, en su lado de la cama. Sentía la ropa de Declan en mi espalda. Cole se sentó y frotó su pulgar justo sobre mi pezón, luego se levantó y se dirigió al baño, probablemente para desechar el condón.

“De rodillas”, dijo Declan, con su mano en el centro de mi espalda empujándome y mis manos puestas sobre la cama.

Escuché el bajar de un cierre y el abrir de la envoltura de un condón. No me moví. “Cómo adoro verte así. Acostada y en espera de mi verga, tu vagina usada por Cole y esperándome, con el plug en tu culo”.

Dios, yo no estaba avergonzada por su comentario. De hecho, estaba excitada y meneaba mis caderas porque estaba ansiosa. “Rápido”, le supliqué, necesítandolo también. Me había corrido dos veces, pero no había terminado. Los quería a ambos.

Declan se puso detrás de mí y me penetró enseguida. Aunque la entrada estaba apretada por el juguete, estaba muy húmeda, y como él dijo, estaba lista.

Cogimos fuerte y rápido, y él era diferente a Cole. El se movía con una soltura salvaje, mientras que Cole me tomaba con precisión. Ambos sabían exactamente dónde tocar para hacerme correr, como si tuvieran un manual. Quizás fue por tenerlo esperando, pero Declan se corrió muy pronto. Sin embargo, luego de eso, usó sus dedos en mi clítoris para ayudarme a llegar al clímax de nuevo. Él lo había dicho, “las damas primero”, antes de hacerme gritar y apretar mis piernas sobre él y el plug anal al correrme. Me desplomé en la cama mientras que Cole retiraba el plug y me daba una toalla caliente. Declan se fue al baño.

“Se me abrió el apetito”, dijo Cole, dando unas palmadas en mi vientre. “Vístete, cariño. También escuché tu estómago rugir”.

Ellos salieron del cuarto mientras me vestía, sin pantis, ya que Declan las había dejado en alguna parte. Mis músculos se sentían como si me

hubieran amasado como pasta chiclosa y no podía evitar la torpe sonrisa de mi rostro. Me había sentido bien y plenamente cogida. No una vez, ni dos, sino...Dios, ya había perdido la cuenta. Y no fue solo en posición de misionero. Oh, no. Habíamos ido más allá de eso, hasta un punto en que tenía la sensación de que hice cosas ilegales en varios estados. Me dolía un poco el cuerpo, pero no me importaba. Iba a recordar esta noche —y la mañana— por un buen rato.

Bajé las escaleras para encontrar a Declan, que había preparado el desayuno para nosotros. Aunque sabía que era hora de regresar a mi apartamento, tenía hambre y no quería actuar como una invitada descortés. ¿Y qué clase de hombres eran ellos? Amables, cariñosos, habilidosos, tenían grandes penes, ¿y para variar, cocineros? Algo andaba mal con ellos.

Mientras me comía los huevos revueltos con tocino y tostadas de mi plato, intenté analizar lo ocurrido. Una vez que terminé y ellos me veían con rostros de satisfacción, me levanté. Por mucho que no quería que terminara, mi vagina necesitaba un descanso y yo debía continuar con lo mío. La noche y la mañana de diversión se habían terminado. Tenía que dejarlos a los dos mientras podía, cuando aún era fácil. Bueno, *más fácil*.

“Esto, bueno... creo que debería regresar a mi apartamento, así que gracias por la co...”.

Por supuesto que ellos no me iban a dejar escapar tan fácilmente.

Declan me tomó de la mano. “¿Gracias’? No sé siquiera cómo responder a eso, dulzura”. Él estaba callado mientras yo me daba cuenta de que había sonado algo desagradable. Pero solo había sido una aventura de una noche. “No tienes que ir a la cafetería sino hasta la tarde, ¿verdad?”.

Asentí. No había caso en mentir, ya que ellos conocían mi horario tanto como yo.

“Entonces hay algo que quiero mostrarte”.



C OLE

FUE idea de Dec el llevar a nuestra mujer a la cabaña. Y ella ya era nuestra. Anoche se habían disipado todas las dudas que pudiéramos tener. Me percaté de ello en cuanto me deslicé en su húmeda calidez y sentí su vagina envolviéndome y apretándome, en cuanto su cuerpo se adaptaba a mi posesión y luego a la de Dec. Pero, realmente, ella se volvió nuestra en el momento en el que se puso de rodillas, nos tomó primero con sus manos y luego con su boca.

No, ella se había vuelto nuestra en el mismo segundo en el que la vimos por primera vez.

Hannah era la indicada para nosotros. Pura y sencilla. Pensé que habíamos hecho un muy buen trabajo en probárselo, pero ella estuvo a punto de huir avergonzada en medio de la noche. Podía sentir mis labios dibujando una sonrisa con solo pensar en su rostro cuando lamí su dulce vagina. Le habíamos mostrado a ella cómo iba a ser y por qué debía quedarse desnuda, entre nosotros. Pero, el hecho de escabullirse de nuestra

cama e intentar irse con apenas un gracias no eran una buena señal. Claramente, aún pensaba que nosotros éramos una aventura y anoche o, por lo menos en su mente, fue asunto de una única vez. Que solo había sido un momento salvaje y ya. Incluso después de terminar el entrenamiento de su trasero, le dijimos que la tomaríamos juntos cuando estuviera lista.

No me pareció nada mal que una mujer tuviera una noche divertida en la cama. Si ella quiso coger y chupar hasta tener varios orgasmos, más a su favor. Pero Hannah no era una mujer del tipo “usarlos y tirarlos”. No con nosotros, ni con nadie. Si solo quería una noche, nosotros seríamos los hombres que se la daríamos, pero ella no quería solo eso. No, desde el fondo de su ser, lo quería todo, sin ninguna preocupación, cánones sociales u otros asuntos de los cuales no teníamos idea. Solo teníamos que mostrarle qué tan bueno podría ser vivir junto a nosotros. Pensé que ya lo habíamos hecho pero, aparentemente, no era suficiente.

Dec y yo habíamos perdido el tiempo intentando demostrarle que estaba equivocada. Sabíamos que ella era muy tímida desde el comienzo; claramente, estaba intentando mantener oculto su pasado de nosotros, pero no tenía idea de por qué. Dec era el policía. Él podía indagar más sobre el tema, y si no, desde la computadora.

Esto no iba a ser fácil..., pero, seguramente, iba a ser muy divertido.

“¿Adónde vamos?”, preguntó Hannah. Ella estaba acurrucada entre nosotros en el camión, una vez más. Nos habíamos detenido en su apartamento rápidamente, para que pudiera cambiarse de ropa para nuestra salida del pueblo. Aun cuando amaba verla en su vestido negro, ella necesitaba jeans y zapatos robustos para el campo.

“La familia de Dec tiene una cabaña a más o menos una hora de acá”, le dije. “Ya que no tienes carro, no has tenido la oportunidad de ver más allá de unas cuantas cuerdas de la calle principal. Pensamos que sería bonito mostrarte cómo es Montana”.

Dec me miró con una sonrisa. Conocía esa mirada: estaba feliz y yo también. Demonios, aún teníamos a Hannah entre nosotros y teníamos puestas nuestra ropa. Ella no era un *rapidín*. No, nos gustaba de cualquier manera en que pudiéramos tenerla.

Ni siquiera intentábamos esconder el hecho de estar promocionándole Bridgewater. Éramos como dos grasientos vendedores de carros tratando de ganarse una comisión. Prácticamente el pueblo se vendía solo, siempre y cuando nos mantuviéramos dentro de la escena local. Las montañas alrededor tampoco estaban mal. Eran la mayor atracción para las personas que vivían aquí. Especialmente en esta época del año, cuando el césped era de un verde brillante y las flores silvestres tapizaban los campos. Había tanto por hacer, y queríamos hacerlo todo con Hannah.

“Cara y sus maridos estarán allá”, dijo Dec. “Ella me envió un mensaje de texto, diciéndome que pasarían la noche allí, así que tendrás chaperones”. Quizás él intentaba hacerla relajar, para evitar que pensara que la estábamos secuestrando. Evidentemente, ella pareció relajarse un poquito en el asiento al oír esa información.

“Luego de lo de anoche, ¿no es un poco tarde para chaperones?”, preguntó ella levantando la comisura de su boca, con un aire de diversión.

Nos detuvimos frente a la rústica casa familiar —pasé tanto tiempo allí al igual que Dec, creciendo juntos en ese hogar de la familia MacDonald— y el olor de la parrilla nos tenía a los tres dirigiéndonos hacia el patio trasero, cuya vista daba a un pequeño lago.

El rostro de Cara se iluminó cuando nos vio. Mientras Dec y yo nos dirigimos a ayudar a Tyler y Mike en la parrilla, ella vino dando pequeños saltos y envolvió a Hannah en un abrazo. Las miramos hablar y reír. Me agradaba que le cayera bien Cara. Maldición, parecía que le cayó bien a todas las personas que conoció en la cafetería. Las únicas personas con las que ella luchaba éramos nosotros. Por supuesto, nadie más había intentado tomarla.

“Parece que ella pertenece a este lugar”, dijo Mike, dándonos a cada uno una lata de gaseosa. Era justo antes del atardecer, aún no era el momento para las cervezas. “Maldición, ella pertenece aquí, *con ustedes*. Por la mirada en sus caras, tuvieron una muy buena noche juntos”.

“Eso es lo que pensamos también”, dijo Declan, sin entrar en detalles sobre cuán buena fue nuestra noche. “Ella es la única que no se ha dado cuenta aún”.

“Denle tiempo”, dijo Tyler, acercándose a nosotros y dándome una palmada en el hombro. “Ustedes saben lo difícil que es para una forastera el aceptar esta forma de vida, a diferencia de aquellos que nacieron en ella. ¿Acaso no se enteró ayer?”.

Dec y yo asentimos, y me di cuenta de que no soy un hombre paciente. Cuando las mujeres nos alcanzaron, tomé a Hannah de una mano y Dec tomó la otra. Ella se sonrojó, pero no trató de alejarlas. Era un pequeño detalle, pero era un comienzo.

Dec la jaló hacia los escalones que llevaban del piso hacia el césped. “Antes de comer, estaba pensando que podríamos mostrarle un poco los alrededores a Hannah”.

Él me miró y luego a Hannah, a lo que ella asintió con entusiasmo. “Me gustaría”.

Los tres nos dirigimos hacia el camino que serpenteaba alrededor del lago, deteniéndonos en el muelle de la cabaña. Los MacDonald tenían kayaks, pero estaban almacenados en una pequeña caseta para cuando fuesen a ser utilizados. Desde aquí se podían ver los sorprendentes picos montañosos, coloreados de tonos morados bajo la luz del sol y la nieve adornando los más altos.

Hannah se detuvo y lo contempló todo.

“No se ven de estos en California, ¿cierto?”, pregunté.

Ella se rio. “Difícilmente. Es increíble, tan tranquilo”.

Un ave se precipitó sobre el agua y ella la señaló cuando trazaba un arco de vuelta hacia los árboles. “¿Qué hacen ustedes cuando vienen hasta acá?”, preguntó ella.

“Bueno, eso depende”, dijo Dec, envolviendo con sus brazos la cadera de ella y sosteniéndola muy cerca de sí, mientras continuábamos disfrutando de la vista. Si no fuéramos a tomar el almuerzo pronto, yo habría traído sillas para sentarnos y relajarnos. “Durante el invierno hacemos esquí a campo traviesa y caminata sobre la nieve con zapatos especiales”.

Se volteó hacia mí. “¿Y durante el verano?”.

Me encogí de hombros. “Lo que quieras: kayak, pescar, ir de excursión...”.

“Disparar”, sentenció Declan.

Lo miré por encima de la cabeza de Hannah, sabiendo que él lo había dicho por una razón.

“Hacemos práctica de tiro en el bosque”, prosiguió. “Para divertirnos. Podría enseñarte a disparar, si quieres. Yo le enseñé a Cole”.

Entorné mis ojos. “Lo dice el policía”.

Ella frunció sus labios primero y luego el ceño. “Realmente, no me gustan las armas de fuego”.

Le lancé a Dec una mirada inquisidora, pero él me ignoró.

Actuaba muy casual mientras añadía, “Eso es normal. Pero algunas mujeres quieren saber cómo protegerse a sí mismas. *La mayoría* de mujeres en Bridgewater tiene una pistola en sus bolsos”. Él se encogió de hombros como si eso no importara, pero su motivo era sencillo para mí. No era ningún secreto que Hannah tenía miedo de algo... O quizás de alguien. Esta era la manera tosca de Declan de hacerla abrirse un poco a nosotros. Y si ella quería portar un arma para dejar de ser tan asustadiza, nosotros seríamos los primeros en la fila en enseñarle cómo usarla.

No funcionó. Ella frunció sus labios, como si se tomara un segundo en pensarlo, pero sacudió su cabeza al final. “Gracias por la oferta, pero no”. Abrazándose a sí misma, frotó sus brazos contra su cuerpo para mantener el calor.

Se la arrebaté a Dec y la coloqué contra mi costado. “Mi turno”.

Ella inclinó su cabeza sobre mi hombro y se echó a reír.

“¿Ustedes se conocieron en el preescolar? Parece que todavía están con esa cosa de compartir”.

“Vale la pena compartir algunas cosas”, le respondí, dejando que esas palabras calaran. “Vamos. Caminemos un poco y luego regresaremos para comer”.

Dec abandonó sus intentos de hacer que Hannah se abriera con nosotros y me sentí muy agradecido por ello. Él no era un policía en este momento y debía recordar que ella no estaba bajo arresto. Tenía curiosidad de lo que él sabía acerca de Hannah y lo que tenía tan reservado sobre su vida antes de Bridgewater, pero presionarla no nos llevaría a ninguna parte.

El almuerzo fue ameno y divertido, escuchando a Hannah reírse con Cara y sus maridos, mientras comíamos hamburguesas en el patio trasero, observando cómo ella colaboraba con la limpieza y hablaba con Dec acerca de sus labores diarias en el Departamento de Policía... La mujer encajaba. No solo entre nosotros, en la cama. En nuestras vidas. Diablos, ella probablemente encajaba mejor que yo. Parecía que hubiera nacido para estar aquí, con nosotros, en este perfecto y pequeño rincón del mundo. Si su risa sencilla y su rara elocuencia demostraban algo, era que estaba tranquila aquí. Quizás, incluso se sentía en casa.

La tarde se acabó demasiado pronto —una maldita pena ya que sabía que la habitación principal de la cabaña tenía una cama tamaño King, en la cual cabíamos los tres a la perfección—.No obstante, Hannah nos había dado una noche y un día, y le habíamos prometido devolverla a la ciudad a tiempo para su turno en el restaurante.

Como si eso no fuera suficiente, estaba seguro de que no me arriesgaría a sufrir la ira de Jessie si Hannah llegaba tarde por mi culpa. Los tres nos despedimos de Cara y sus hombres, y nos montamos en el camión. Hannah no estuvo nada conversadora en el camino de vuelta al pueblo, pero aún tenía ese aire relajado en su ser, que había sido un tremendo cambio, en relación a la persona nerviosa a la que nos habíamos acostumbrado.

Más o menos a mitad de camino, ella se relajó lo suficiente como para acurrucarse, colocar su cabeza en el hombro de Declan y quedarse dormida. Me acomodé en mi asiento, recordando todo lo que habíamos hecho para agotarla.

OceanofPDF.com



COLE

SOLO HABÍAN PASADO unas cuantas horas desde que habíamos dejado a Hannah en su apartamento para que se alistara para su turno nocturno, y yo ya estaba ansioso por verla. Ella era como una droga, adictiva. Necesitaba mi dosis. Estacioné mi camión al lado de la patrulla de Declan en el pequeño estacionamiento de la cafetería. Nos encontramos sin planificar, porque usualmente cenábamos allí.

La vi apenas entré al lugar. Estaba frente a una mesa en la parte de atrás, sirviendo las comidas del señor y la señora Hardy. El señor Hardy había sido amigo de mi papá en sus días. El viejo aún administraba su rancho, aunque su hija lo ayudaba ahora y se haría cargo de este cuando él se retirara. Dec estaba sentado en el mostrador y yo me deslicé hacia el asiento a su lado. Ambos observamos cuando Hannah volvió con unos cuantos platos sucios y los colocó dentro de un envase plástico. Dándose vuelta, ella se percató de que quedaba poco café y sacó una bolsa para hacer más. “¿Cómo está nuestra chica?”.

Dec me miró con una sonrisa de perro. “Haciendo de cuenta que las últimas veinticuatro horas jamás sucedieron”.

“Ah”. Mi respuesta era un punto medio entre una risa y un suspiro. No podía decir que estaba sorprendido. Sabíamos desde el comienzo que ella se resistía a la idea de algo más que una aventura de una sola noche, pero ahora que sabíamos, sin lugar a dudas, que ella era la indicada para nosotros, me sentí un poco decepcionado. Anoche, esta mañana, e incluso nuestro tiempo con Cara y sus esposos habían sido increíbles. Había una conexión que estaba más allá de la química. Yo lo sabía. Dec lo sabía. Hannah también, pero se negaba a admitirlo.

Ella no se había percatado de mi llegada y justo cuando iba a decir hola, el estrépito de unos platos al caer al suelo retumbó en el fondo del lugar.

“Ayuda, se está ahogando”, gritó la señora Hardy.

Todos en el lugar se apresuraron a la acción al mismo tiempo, incluyéndonos a Dec y a mí. Aun cuando él no estaba de servicio, portaba su radio. Lo escuché pidiendo una ambulancia, mientras nos acercábamos a la mesa del fondo en donde el señor Hardy estaba de pie agarrándose la garganta, con su rostro que iba tomando un horrible color morado. El pánico estaba en sus ojos, aunado a la desesperación por respirar, pero ningún sonido escapaba de él. Sam Kane ya estaba detrás de él tratando de hacerle la maniobra Heimlich, con sus manos alrededor del torso del hombre, presionando hacia atrás con fuerza tal como la maniobra lo exigía. Sam era fuerte, pero sus acciones no estaban despejando la obstrucción. Repentinamente se desmayó, desplomándose entre los brazos de Sam. Este lo colocó en el suelo, en medio de todos, mientras no sabíamos qué hacer.

Mierda, jamás me había sentido tan inútil en mi vida y estaba seguro de que los demás también se sentían de esa manera. Pasé mis manos por mi cabello mientras miraba al amigo de mi familia en problemas. No había nada que pudiéramos hacer más que rezar porque no fuera muy tarde cuando llegara la ambulancia. Yo sabía aplicar RCP y la maniobra

Heimlich, pero si la vía respiratoria no se abría, no había ninguna manera de salvarlo.

La señora Hardy tenía sus manos tapándose la boca; no estaba llorando, pero parecía demasiado aturdida como para hacer algo más que mirar.

“Fuera de mi camino”. Apenas reconocí la voz de Hannah, al tiempo que me empujaba a un lado y se abría paso entre la multitud de clientes que chismorreaban alrededor del señor Hardy.

Estiré una mano por reflejo para mantenerla a ella fuera del ajetreo. “Hannah, ¿qué estás haci...?”.

Hannah me lanzó una mirada, al tiempo que me sacudía. “Déjame llegar hasta él. Puedo ayudarlo”.

Fue la conmoción lo que me hizo soltar mi mano de su brazo. Apenas reconocí a la mujer frente a mí. Esa mesera asustadiza se había ido. En su lugar, ahora había una mujer con tanta confianza en sí misma, que, juro por Dios, había crecido unos centímetros más ahí de pie. Ella era la personificación de la calma, mientras se movía hacia el hombre, empujando a las personas fuera de su camino de una manera un poco brusca, como si hubiera sido una guardia en su vida anterior.

Le ordenó a Sam quitarse de allí y se colocó de rodillas justo al lado de la cabeza del hombre inconsciente. Colocó un par de cosas sobre el pecho inmóvil de él. Una pajilla... Y un cuchillo. Un pequeño y afilado cuchillo para pelar frutas.

¿Qué carajos?

Eso fue suficiente para sacarme de mi estupor y seguí el camino que Hannah había trazado a través de los curiosos hacia el señor Hardy. Dec vino justo detrás de mí. Para el momento en el que llegamos al lado de ella, ya tenía sus dedos en la carótida del hombre, luego los deslizó hacia arriba para sentir la parte frontal de su garganta, cerca de la manzana de Adán.

“Hannah”, dijo Dec. Si ella lo escuchó, fingió no haberlo hecho. Su expresión era la de estar completamente concentrada en su tarea, con sus

labios tornados en una apretada y fina línea.

Aparentemente, consiguió lo que estaba buscando. Manteniendo un dedo en la garganta de el hombre, alcanzó el cuchillo. Me moví al frente, listo para agarrar su brazo de ser necesario. “Hannah, ¿qué carajos estás haciendo?”.

Cuando miró hacia arriba, se veía calmada, más que cualquier otra persona en la cafetería. Su mirada se encontró con la mía. “Estoy salvando la vida de este hombre. Si no quieres que muera, será mejor que retrocedas”.

Estaba seria. Cuando me di cuenta, estaba dando un paso atrás, al tiempo que sus palabras calaban en mí. Miré a Dec y vi la misma sorpresa en su cara, pero él no intentó detenerla. La observamos en silencio, mientras ella colocaba lentamente, mas con confianza, el cuchillo al cuello del hombre, lo presionaba y hacía un pequeño corte.

Ella no pareció notar los soplidos y gritos ahogados de horror de aquellos congregados a su alrededor. Calmadamente y con las manos firmes, usó un dedo para abrir la cortada, tomó la pajilla y la insertó en la pequeña incisión.

Inclinándose un poco, sopló por la pajilla y el efecto fue inmediato. A través de la camisa a cuadros, podía ver el pecho del hombre subiendo y bajando, aunque solo un poco, pero lo suficiente para evidenciar que el aire estaba llegando a sus pulmones. Hannah colocó sus dedos ensangrentados en el cuello y sintió su pulso. Debió tenerlo porque ella no aplicó RCP, solo siguió dando respiración de rescate.

Los paramédicos se apresuraron dentro del restaurante con una camilla, al tiempo que las malditas campanillas de la puerta sonaban descontroladamente, rompiendo el silencio tenso que se había apoderado de la multitud, mientras miraban a la nueva mesera salvando la vida de un hombre.

“De acuerdo, todos”, dijo Dec elevando su tono de voz. “Déjenlos pasar. Apúrense, por favor”.

La multitud se echó para atrás, permitiendo que los paramédicos llegaran hasta el señor Hardy. Mirando cómo ella le daba respiración asistida a través de la pajilla, uno de ellos sacó una sección de un tubo flexible de su morral. Hannah se deslizó hacia atrás sobre sus rodillas para permitir que la mujer intercambiara la pajilla por la versión más apropiada, mientras otro paramédico conectaba el oxígeno y comenzaba a usar la bomba de aire manual para darle al señor el aire que necesitaba. Escuché cómo Hannah daba un reporte al equipo de emergencias. No sonaba como alguien de servicios de emergencias. Demonios, ni siquiera sonaba como una paramédico. Parecía más como una doctora. Y actuaba como una también.

Dec y Sam ayudaron a levantar al señor Hardy y a colocarlo sobre la camilla, al mismo tiempo que el paramédico continuaba oxigenándolo. No se detuvieron, rápidamente lo sacaron del restaurante junto a una estoica señora Hardy a su lado. Sin embargo, mis ojos jamás se apartaron de Hannah, mientras ella estaba de pie y los observaba irse. Dec fue con los paramédicos, muy ocupado en su papel de policía como para entender qué rayos estaba pasando con nuestra mujer.

Luego de partir los paramédicos y de que los comensales volvieran a sus mesas, Hannah se inclinó en el suelo para tomar el cuchillo y empezar a limpiar la sangre con un trapo que Jessie le había dado. Sus dedos también estaban manchados.

Haber visto este otro lado de Hannah me confundió. Ella era una paramédico o una maldita doctora. No había manera de que una persona común y corriente supiera hacer todo lo que ella acababa de realizar. Había dicho haber asistido a Stanford, pero nada más. Obviamente, había mucho más.

Yo no sabía qué pensar de todo esto, solo que ella estaba escondiendo esta parte de sí misma de nosotros. Una gran parte, de hecho. ¿Por qué lo habría hecho? ¿Qué había hecho para querer mantenerlo tan secreto? ¿Cuáles eran sus planes? Ella nos había mentido o, por lo menos, había omitido información y yo no podía soportar eso. Al igual que Courtney, la perra de mi madrastra, esta mujer había estado fingiendo con nosotros desde el comienzo, aparentando ser alguien que no era.

Nos había tomado por estúpidos.

Me uní a ella en el suelo, posando mi mano en su brazo y apretándolo firmemente. Hannah miró hacia donde la estaba agarrando y luego levantó la mirada hasta mi rostro, con una expresión de sorpresa. No podía ocultar la rabia en mi voz ni aunque lo intentara. “Tú no eres una mesera”, le dije. “Entonces, ¿quién diablos eres?”.

Ella se sacudió un poco, trastabillando e intentando ponerse de pie, con el cuchillo ensangrentado en una mano y el trapo manchado de rojo en la otra. Me puse de pie también y ella se echó para atrás tan rápidamente que se tropezó contra una mesa vacía, desordenando toda la platería en ella. “Soy... soy Hannah Lauren”.

Sus ojos estaban muy abiertos y ligeramente suplicantes, como si ella intentara evadir mis preguntas haciéndose pasar por una damisela en peligro. Pudo haber salvado la vida de ese hombre, pero se equivocó. Había quedado al descubierto. Ya conocía mujeres como Hannah

—hermosas y demasiado inteligentes para su propio bien—. Indiscutiblemente, ella tenía un plan —estaba jugando con nosotros—. ¿Por qué otra razón estaría ella escondiendo tantos secretos y mintiéndonos sobre su pasado? “¿Qué estás tramando? ¿Qué quieres de nosotros?”.

Mis peores temores amenazaron con consumirme. Esto era exactamente lo que estaba tratando de evitar desde que mi padre salió de paseo con mi madrastra. Debí haberlo visto venir. Hannah parecía ser demasiado buena

para ser verdad —dulce, inteligente, hermosa—. Por supuesto, algo estaba tramando.

Un nuevo pensamiento se abrió paso en mi mente, tornando mi visión roja de ira. Quizás, ella nos había estado engañando todo este tiempo. Podía ser una estafadora, partiendo de todo lo que sabíamos. Carajo, ella nos pudo haber seducido solo para poner sus manos en nuestro dinero, en mi rancho. “¿Es por eso que te acostaste con nosotros anoche? ¿Creíste que podías sacar algo de eso? ¿Clavarte mi pene y hacer que yo te diera todo lo que quisieras?”.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente y sacudió sus manos manchadas de sangre en su delantal blanco, dejando líneas rojas a su paso. “No quiero nada”.

Mentirosa. Si ella había estado ocultando la verdad desde el comienzo, ¿cómo carajos podía confiar en su palabra ahora? Di un paso más cerca y me incliné hacia abajo, para que pudiera mirarme a los ojos. Vi la chispa de miedo en su mirada verde. “No puedo justificar a los mentirosos, Hannah. No sé qué es lo que te traes entre manos o por qué estás realmente en Bridgewater, pero no te saldrás con la tuya, sea lo que sea que estés jugando”.

OceanofPDF.com



HANNAH

NO HABÍA ESCUCHADO de Declan o Cole en veinticuatro horas después de la emergencia. Lo que pudo haber sido un grandioso momento —alguien había llamado a Jessie y le había informado que el señor estaría bien— rápidamente se convirtió en algo terrible. Por supuesto que me sentí contenta de haber salvado la vida de ese señor y, por un momento, se sintió bien que la adrenalina corriera por mis venas otra vez, el saber que estaba en el lugar perfecto para ayudar a un paciente. Para eso me había entrenado, para ayudar a la gente. Pero esa sensación se desvaneció después de mi encuentro con Cole.

No esperaba su dura reacción, pero al mismo tiempo, no lo podía culpar. Él y Declan habían sido directos conmigo desde el comienzo. Habían sido honestos. Dejaron bien claro que me querían y no solo por una noche. Querían que fuera la indicada. Que fuera su esposa.

Lo sabía, sabía lo profundas que eran sus intenciones, pero seguía asumiendo que fue solo un revolcón. Un rápido y cálido jugueteo con dos

vaqueros. O para ellos, una noche salvaje con la nueva mesera. Nada más. Pero Cole se había enojado. No, se había puesto furioso. Si él hubiera querido una aventura y nada más, no le hubiera importado, no me estaría odiando como lo hacía ahora.

Y si no me importaran ambos más de lo que habría imaginado, no estaría tan molesta. Lo había lastimado. No fue intencionalmente, pero lo había hecho. Él me vio como una interesada o una estafadora. O peor. Había arruinado algo espectacular, todo por culpa de Brad.

¡Maldito sea Brad!

Me dolía el pecho y contuve el llanto. Ayer quería decirle la verdad a Cole, ¿pero cómo podría hacerlo? Si se llegaba a saber que estaba aquí y Brad me encontrara... yo no sería la única en peligro. Él podría perjudicar a Declan y a Cole también. Incluso a Jessie.

Limpié una mesa vacía con mis manos temblorosas. La injusticia de todo el asunto me hacía querer gritar, pero debía encerrar mis emociones. Ya era el centro de toda la atención, gracias a la traqueotomía improvisada. Jessie me miró con rareza desde entonces, sin mencionar las miradas de todos mis clientes.

¿Acaso se corrió la noticia, en todo Bridgewater, de que hubo una operación de improviso en el piso de la cafetería favorita del pueblo? Estaba segura de que la noticia sobre lo ocurrido había recorrido todo el pueblo antes de que la ambulancia dejara el lugar.

Ni siquiera podía dormir, reviviendo todo lo ocurrido. La noche loca, la mañana siguiente, el picnic, la traqueotomía, la mirada furiosa en el rostro de Cole. Incluso en mi cuarto oscuro con los ojos cerrados podía verlo con claridad. Podía escuchar sus palabras.

¿Es por eso que te acostaste con nosotros anoche? ¿Creíste que podías sacar algo de eso? ¿Clavarte mi pene y hacer que yo te diera todo lo que quisieras?

Exhausta, intenté mantener una sonrisa durante la hora del almuerzo, pero se hacía cada vez más difícil con cada hora que pasaba. Se había hecho bastante claro que Declan y Cole no vendrían, no estarían sonriéndome y coqueteándome. No me volverían a invitar a salir otra vez. Me aterraba el ver Cole de nuevo..., pero al mismo tiempo, me moría por verlo guiñarme el ojo y darme esa sonrisa traviesa.

No. No lo iba a volver a ver jamás. Él estaba muy molesto —y completamente seguro de que tenía alguna intención oculta—. Me sentí mal sabiendo que él pensaba que me había acostado con él como una clase de juego. ¿Acaso Declan también pensaba eso? No había manera de saberlo y por mucho que quería explicarles todo a ellos, no podía. Necesitaba mantenerlos a salvo. Mis manos estaban atadas.

Me detuve en la barra, limpiando la superficie aun cuando ya estaba limpia. No podía volverme a darle la cara a los otros clientes hasta que tuviera mis emociones bajo control. No debía lucir así de molesta después de perder el afecto de dos hombres que apenas conocí. Se suponía que sería solo una noche, después de todo.

Excepto que no lo había sido. Oh, podía pensar que lo había hecho por solo diversión —por querer probar algo nuevo—, pero sería mentirme a mí misma. Porque me había encariñado con esos hombres. Más que solo quererlos, para ser honesta. Había una conexión entre nosotros tres desde el principio, y dormir con ellos lo había hecho más real. Ese sentimiento se había hecho más sólido gracias a ello. Lo que sentíamos era más que solo un coqueteo... o, al menos, había empezado a creer que lo era.

Esos dos hombres habían sido más amables conmigo que nadie que yo hubiera conocido jamás. La manera en que me miraban, que me cuidaban... era tan diferente de mi relación con Brad, no había comparación. Pudo haber sido realidad.

Sin embargo, ahora, había perdido su confianza. Cualquier conexión que habíamos tenido se había roto. Quizás era lo mejor. Tenía que

concentrarme en esconderme de Brad —que era lo que realmente me importaba—. Una vez que estuviera fuera de mi vida y yo supiera que estaría a salvo, y que todos mis conocidos también, podría concentrarme en buscar una nueva relación. Pero mientras tanto, no podía arrastrar a nadie en este problema. Nadie merecía esto, mucho menos Cole y Declan.

“Chica, si restriegas más duro, arruinarás el acabado”. Jessie se reía mientras hablaba y me di la vuelta para darle mi mejor imitación de una sonrisa.

“¡Perdón! Me distraje un poco”.

La sonrisa de Jessie era comprensiva, como si tuviera idea de lo que pasaba por mi cabeza. Golpeó una de las sillas en frente de la barra mientras se colocaba detrás de esta, para llenar las azucareras para la clientela de la noche. “Toma asiento. Tu turno casi se acaba y luces exhausta”.

No podía discutir ante eso. Quería lanzarme sobre las sábanas de mi cama y dormir una semana, pero sabía que los problemas persistirían de todos modos.

“Lo que hiciste ayer...”, Jessie meneó su cabeza y puso un vaso con agua en frente de mí. “Eso fue increíble”.

Miré el vaso, incapaz de cruzar miradas con ella. Ella en ningún momento me había preguntado cómo sabía hacer una traqueotomía, pero la pregunta estaba por ahí, y yo sabía que se moría por saberlo. Eso era lo gracioso de este pueblo —aunque vivían de los rumores, aún respetaban la privacidad de una persona—. No obstante, supuse que le debía explicar algo. Después de todo, me había dado la oportunidad de un trabajo y un apartamento. Dio fe por Cole y Declan. Aún viendo el vaso de agua, murmuré, “Tuve algo de entrenamiento médico”.

Ella soltó una carcajada ronca. “Ya me di cuenta de eso. Lo que todavía no logro entender es qué haces aquí, trabajando como mesera, si tienes conocimientos en medicina”.

Una vez más, no fue una pregunta, por lo que no me correspondía responder. Explicarlo implicaría contarle todo y eso sería peligroso.

Tras una breve pausa, Jessie pareció entender que no estaba ofreciendo explicaciones por el momento, por lo que cambió de tema. “¿Sabes? Robert Murphy planea retirarse pronto”.

La miré, sus manos alineaban ágilmente los paquetes blancos de azúcar y los acomodaba en una bandeja plástica. “¿Quién es Robert Murphy?”.

“El doctor local”. Hizo un terrible trabajo fingiendo inocencia mientras colocaba la caja de paquetes extra bajo el mostrador. “Sucede que mencionó que buscaba un ayudante a medio tiempo en su oficina hasta que consiguiera un reemplazo”.

¿Bridgewater necesitaba un nuevo doctor?

“¿En serio?”, intenté no sonar muy interesada, pero mi mente ya saltaba hacia las posibilidades. ¿Y si me encargaba de su consultorio? Podría tener mi carrera soñada y seguir en Bridgewater con Cole y Declan. Claro, asumiendo que todavía me quisieran. No, ellos no me querían. No estuvieron en la cafetería, ¿o sí? Se había acabado. Fue una aventura, justo como quería. Parte de mi entusiasmo se esfumó con esa idea.

“Robert mencionó que podrías ser indicada para el trabajo”, continuó Jessie, revisando los saleros en el mostrador y tomando uno que necesitaba ser llenado.

Subí la mirada, sorprendida. “¿Lo dijo? ¿Cuándo fue eso?”.

Jessie sonrió. “Durante el turno matutino. Él viene casi todas las mañanas por su omelette de huevos blancos. Nunca lo conociste porque, bueno, no es tu turno”.

No pude evitar reír. “Sabía que las noticias se difunden rápido por aquí, pero nunca creí que un hombre que nunca había conocido antes haya escuchado al respecto en menos de un día, mucho menos que quisiera contratarme”.

Sus ojos se ensancharon. “¿Escuchar? ¿Sobre lo que hiciste? ¿Es que no lo has notado, jovencita?”.

Fruncí el ceño. “¿Notar qué?”.

Jessie se escondió bajo el mostrador, buscando algo. “Pensé que ya lo habías visto o que te lo había mostrado tan pronto llegaste. No puedo creer que nadie te haya contado hasta ahora”.

“¿Y se supone que debo saber de lo que estás hablando?”.

Jessie se levantó y sostuvo con aire de triunfo un periódico. Su sonrisa se amplió cuando me lo pasó. “Mira aquí. ¡Eres famosa!”.

Mi estómago se contrajo antes de siquiera verlo. Podía oír cómo corría la sangre por mis oídos cuando alcancé el papel con mis dedos entumecidos, pero sabía lo que se avecinaba. Incluso ver la página frontal con mis propios ojos fue un gran impacto.

Mesera local salva a un hombre con asfixia.

Hice una revisión rápida del artículo y vi mi nombre, Hannah Lauren. Esto no podía estar pasando. Si Brad estuviera buscándome, y estaba segura de que lo estaba, esto podría llamar su atención. Él buscaría a una Hannah Lauren Winters, y si una Hannah Lauren apareciera en una de sus búsquedas —sin mencionar a una Hannah Lauren que pudiera realizar una cirugía menor— él lo vería. Él sabría.

Oh, Dios, esto no podía estar pasando. No después de todo lo que había hecho para escapar y empezar desde cero. ¿Y por qué no cambié mi nombre mejor? ¡Había sido una estúpida! Había estado bajo el radar muy lejos. Sin tarjetas de crédito, ni cajeros automáticos. No había hecho nada que me revelara en ninguna búsqueda financiera. Un artículo en el periódico y mi torpe intento de escape se iba a destruir. Era muy lista para ser doctora, pero debía serlo más para evitar a un ex peligroso.

Aunque era lista con los libros, Brad era listo en las calles, y era peligroso. Muy peligroso. Iba a encontrarme. Contuve un sollozo y puse la mano en mi boca para aguantarlo.

“¿Hannah?”, preguntó Jessie. “Hannah, cariño, ¿estás bien?”.

No podía responder. Si intentaba hablar, empezaría a llorar. Una vez que empezara, quizás nunca podría parar. Se había acabado. Esta nueva vida que había creado para mí —una nueva vida que incluía a dos hombre que me importaban— se había acabado y ya era hora de renunciar a eso. Era hora de empezar de nuevo. Tenía que irme. No podía quedarme aquí en Bridgewater, donde Brad pudiera encontrarme a mí y a todos los demás.

“Estoy bien. Disculpa, es que estoy cansada”. Me resultaba difícil fingir una sonrisa, pero lo hice. Me levanté. “Si no hay problema, iré a tomar una siesta”.

“Claro, no hay problema”, respondió.

Salí por la puerta y rodeé el edificio, tomando las escaleras hacia mi apartamento. No había empacado mucho cuando me fui de California, pero lo necesitaba todo, a donde sea que fuese. Al este, quizás. O al sur, donde haría más calor en otoño. No podía despedirme de Jessie, ni de nadie. Pensé en Declan y Cole. Quizás lo mejor sería que dejaran la idea de que era la indicada para ellos. En especial, desde que no era capaz de despedirme. Sus sospechas se confirmarían, de que solo los quería para una aventura. *Ámalos y déjalos, Hannah.* Sí, esa era yo. Al menos, lo era ahora.

OceanofPDF.com



C O L E

ME DOLÍA LA CABEZA, pero eso no detenía a Dec de causarme molestias. Estaba tan cabreado después de que dejé a Hannah aquel día, que llegué a casa y me terminé una botella de whisky. No lo hacía desde la universidad. Ahora pagaba las consecuencias, no solo por por la bebida, sino por la manera en que le había gritado a Hannah.

Dec había estado atado en el hospital en Bozeman y luego con el trabajo, por lo que no fue sino hasta esta mañana que tuve la oportunidad de comentarle lo que había ocurrido. Se suponía que veríamos a Hannah en el almuerzo como siempre, pero empezamos a discutir y no nos detuvimos.

Sin necesidad de palabras, Dec demostraba no estar complacido con mi posición de hombre-incapaz-de-perdonar. No, estaba más cabreado que yo.

“No puedo creer que le hayas dicho que habíamos terminado con ella sin darle una oportunidad de explicar”.

Me retorcí al escucharlo. Mis entrañas se batieron y no había sido por el whisky.

“No le dije exactamente que habíamos terminado con ella”.

Su suspiro estaba lleno de disgusto. “Pues sonó a que sí”. Lanzó su palma contra el muro y me sobresaltó. Mi cabeza estaba a punto de caer de mis hombros. Fui a un estante, saqué el Tylenol, tomé unas pastillas y coloqué mi cabeza en el grifo de la cocina para pasarlas.

“Por Dios, Cole, se suponía que la convenceríamos para que contara con nosotros. Decirle que somos de fiar...”.

“*Nosotros somos de fiar*, ¿pero qué me dices de ella? En lugar de sermonearme, quizás deberíamos preocuparnos más en saber si ella es de fiar”.

La mirada que me dio era casi compasiva. “Sé que tienes dificultad para confiar en las mujeres...”.

Le di una corta y sarcástica carcajada por el entendimiento, pasé la mano por mi cara y sentí mi barba luego de un día muy largo. Decir “dificultad para confiar” es decir poco. “¿Puedes culparme por ello?”.

Negó con la cabeza. “Claro que no”.

Sabía que él decía la verdad. Había estado ahí durante el peor momento de mi vida. Como mi mejor amigo, había estado cerca constantemente cuando mi papá conoció por primera vez a Courtney y la trajo a nuestras vidas. Había visto con sus propios ojos lo falsa y manipuladora que ella podía ser. Peor, vio cómo mi padre caía en su trampa. Él había sido un idiota y terminó pagándolo con su vida. “No voy a repetir los errores de mi padre”.

Dec asintió, comprensivo. “Lo entiendo, Cole. Pero una cosa es desconfianza y otra es solo idiotez. Hannah no es Courtney. No se parece en nada a ella”.

Abrí mi boca para protestar, pero él me detuvo levantando la mano. “¿De veras piensas que ella vino aquí, a Bridgewater sobre cualquier otro lugar, solo porque buscara a unos hombres para estafar?”.

Cruzando los brazos, miré a mi mejor amigo. Si lo pone de esa manera...

“Y si ella viniera a timar gente, ¿qué hace salvando a un hombre con asfixia, haciéndole una traqueotomía en mitad del suelo de la cafetería?”. Su voz tenía un tono de frustración.

“Quizás tengas razón”, le gruñí. Mi boca se sentía como si hubiera muerto una rata ahí. Fui al refrigerador, me serví un vaso de jugo de naranja y lo bebí hasta el fondo. No estaba molesto con él. Estaba molesto conmigo mismo. Limpié mis labios con la mano. “Pero aun así, ella nos oculta algo”.

Declan soltó un largo suspiro y se dejó caer sobre una sillas de la cocina, estirando sus piernas. “Claro que oculta algo. Lo sabíamos desde el principio. Era tímida, se ponía nerviosa con nosotros, y no porque la quisiéramos los dos. A este punto, lo que sabemos es que escondía su conocimiento médico, no tenemos ninguna maldita evidencia de que sea una estafadora como tu madrastra”.

“Bien, es paramédico o doctora. Enfermera, tal vez. Ella no podía venir aquí a esconder el hecho de que sabe lo suyo. ¿Qué estará escondiendo en realidad?”.

La culpa me estaba carcomiendo en cuanto sus palabras llegaban a mi cabeza. Dentro de mí había llegado a la misma conclusión, pero a veces mi odio por Courtney me nublabla el juicio. Incluso luego de su escape a Florida con el dinero de mi padre, ella continuó jodiéndome la vida. Pero esta vez, fue mi error por no haber dejado ir esa mierda de mi cabeza. Sentía una amarga sensación dentro de mí... como si hubiera cometido un gran error. No podía culpar al whisky por lo que le dije a Hannah.

“No sé lo que es, pero algo me dice que está asustada”. Declan meneó la cabeza. “¿No te diste cuenta que evitaba tocarnos cuando la conocimos por primera vez? ¿O el miedo que tenía en sus ojos recién llegada al pueblo?”.

Me había dado cuenta. Los dos lo hicimos. Lo habíamos hablado. Pero se me había olvidado todo lo ocurrido ayer y lo anterior por mi rabia, e hizo

que actuara como un idiota. Ahora, me había dado cuenta de que no estaba siendo manipulado. Solo fui *el* idiota.

Mierda. Le debía una disculpa a Hannah. Solo esperaba que no fuera tarde.

Mi teléfono cortó la conversación. Lo tomé de la mesa. “¿Jessie? Cálmate, ¿qué ocurre?”.

Dec se acercó, inclinándose para escuchar el teléfono.

Ella me dijo que bajara a la cafetería, que necesitaba hablar con Hannah o algo así. Colgué y le resumí a Dec eso mientras tomaba las llaves de la camioneta y me dirigía a la puerta. Cuando me di cuenta de que no tenía zapatos, grité todas las groserías juntas y me regresé a buscarlos.

“¿Quieres que vaya contigo?”.

Negué con la cabeza, me tiré en el vestíbulo y me acomodé la primera bota. “Necesito disculparme por mi cuenta. Esta probablemente sea la forma en que Jessie me dice que vaya a hacer eso”.

Se echó a reír. “Muy bien. Entonces voy a la estación. Si Hannah nos necesita, avísame”.

Lo prometí y ambos salimos. Jessie había sido tan confusa, que estaba casi convencido de que era su manera de actuar como mediadora. Pero con el detalle de que ella no estaba exagerando, y que Hannah realmente estaba molesta, pisé el acelerador a fondo y me dirigí a toda velocidad hacia allá.

Cuando llegué a la cafetería, estaba casi vacía. La clientela del almuerzo se había ido y era muy temprano para la cena.

Jessie me miró desde el otro lado del mostrador, donde le servía más café a un cliente, y luego apuntó al techo. Me di la vuelta, salí del salón y corrí hacia el otro lado del edificio. Subí las escaleras al apartamento de Hannah, de a dos escalones a la vez. Mi cabeza retumbaba, pero podía vivir con eso. Antes de que pudiera tocar la puerta, se abrió.

Ella se detuvo, con los ojos bien abiertos y llenos de miedo al verme. Llevaba unos pantalones de jean, una camiseta blanca simple y zapatillas.

Tenía una pequeña mochila en la mano, como si fuera a algún lado. Algún lado lejos de aquí.

“Hannah”. Mientras hablaba, estiré la mano para tocarla, pero ella jadeó y retrocedió, casi tropezando al entrar a la sala del apartamento mientras intentaba alejarse de mí.

Mierda. El miedo en sus ojos era inconfundible. Subí las manos, colocándolas como si estuviera bajo arresto. “Tranquila, cariño. Soy solo yo”.

Parte de la tensión desapareció de ella, pero la precaución seguía en sus ojos y eso me mataba. La culpa brotaba de mis entrañas. Había sido un imbécil. Ella no había salido para estafarnos ni para tomarnos por idiotas. Había dejado que mis asuntos con la zorra de mi madrastra me nublaran la mente y casi perdiera al amor de nuestras vidas.

Dec había tenido razón; esta chica huía asustada. Y estaba huyendo ahora.

Ella dejó caer su mochila con un golpe seco y se dio la vuelta alejándose de donde yo estaba. Me acerqué y cerré la puerta detrás de mí, pero manteniendo la distancia. “Hannah, lo siento. No quise ser rudo contigo ayer. Me lancé a las peores conclusiones y por eso pido disculpas”.

Ella me miró por encima del hombro, parpadeó unas cuantas veces y sus ojos empezaron a enfocarse en mí. Eso era buena señal, al menos. No podía soportar ver a esta mujer, luchadora e independiente, asustada. Alguien estaba persiguiéndola. Ahora lo sabía. Podía verse tan claro como el agua.

Sea quien fuera el que le había hecho esto lo pagaría con creces. Pero primero, debíamos cuidar a nuestra mujer, empezando desde ahora.

Me acerqué lentamente para tomar su mano y ella me dejó. Me dejó darle la vuelta para quedar mirándome. “Tienes que saber algo, cariño. Quizás sea un imbécil a veces y Dios sabe que tengo un terrible temperamento. Tú, yo, incluso Dec, tendremos nuestras quejas y discusiones, pero ninguno de nosotros te podría un dedo encima”.

Ella estuvo callada tanto tiempo que pensé que nunca iba a responder. Cuando lo hizo, su voz era suave y dulce. “¿Así que sigues pensando que puede haber un tú, yo y Dec?”.

Le sonreí y ella me dio una sonrisa tímida en respuesta. “Cariño, no te desharás de nosotros tan fácilmente. No estamos ni cerca de renunciar a ti. Si te vas, nos vamos contigo”. Me incliné y le di un beso. “No cabe ninguna duda de que *tú* eres la indicada para nosotros”.

Ella suspiró y el resto de la tensión desapareció. La tomé en mis brazos y ella descansó su cabeza en mi pecho. “Pero tienes que decirnos qué sucede. Es la única forma de ayudarte”.

Podía sentir como ella asentía. “De acuerdo”.

“¿Tienes miedo de quedarte aquí?”, le pregunté. Ella estaba escapando, y muy asustada. ¿Estará escapando de alguien en el pueblo? ¿De alguien de su pasado?

Ella asintió. Mierda, nadie debería estar asustado de permanecer en su propio apartamento.

“Vamos, busquemos a Dec y así nos podrás contar todo lo que ocurre”.

Llamé a Dec desde la camioneta y él nos estaba esperando en mi rancho en cuanto llegamos. Él no dijo mucho cuando Hannah salió de la cabina, solo le dio una mirada para acercarse a ella y rodearla con un brazo, mientras la invitaba a entrar.

Aunque ambos buscábamos respuestas, su comodidad estaba primero. Ella estaba realmente asustada cuando la encontré. Aunque logró calmarse bastante, se había sentido... frágil. Dec le preparó comida mientras que yo le arreglé la bañera. No fue hasta que estuviera alimentada, bañada y sentada frente a nosotros que empezamos con las preguntas.

Nos contó todo sobre su abusivo exnovio y de cómo ella había logrado escapar. Dec y yo nos quedamos quietos, pero me hervía la sangre. Pagaría por darle a ese imbécil la paliza de su vida. Sabía que Dec sentía lo mismo, a juzgar por la forma en la que sostenía su taza, no me sorprendería si la

taza llegaba a desmoronarse de su mano. Pero Hannah no necesitaba nuestra rabia. Ella necesitaba que la escucháramos, por lo que mantuvimos nuestro enojo bajo la mesa.

“No sabía qué más hacer y por eso escapé”, terminó de contar su historia.

“Me alegra que nos contaras”, dijo Dec. “Ahora podemos protegerte. No tienes que lidiar con esto, con él, tú sola”.

Doctora Hannah Winters. Era una maldita doctora. Una que había ido a Stanford y había terminado su residencia. Ella estaba trabajando en la sala de emergencias de Los Ángeles cuando su ex le empezó a arruinar la vida. Una increíble doctora, con cualquier tipo de servicios sociales a su disposición, estaba tan asustada que tenía que huir, esconderse. Escondió su identidad, incluso de nosotros. Y podía haber continuado de no ser por la asfixia de ese hombre y la traqueotomía de emergencia.

Hannah negó con la cabeza. “No quiero arrastrarlos a ustedes en esto, chicos. Brad es un verdadero dolor de cabeza. Podrían salir heridos...”.

Antes de que pudiera terminar, la agarré y la puse sobre mis piernas, de manera que mis brazos la cubrieran. Si alguien me preguntara si eso fue para confortarla a ella o a mí, diría que fue para hacerme sentir mejor. Sabiendo que ella estaba en mi regazo, sana y salva, era lo único que calmaba mi ira. “Qué dulce de tu parte preocuparte por nosotros, cariño, pero te equivocas. Eres nuestra para que nosotros te protejamos y queramos. Nuestro privilegio es cuidarte. Tus problemas son nuestros ahora, ¿entiendes?”.

Ella asintió en mi pecho y le di un beso de recompensa. “Dime, doctora Winters, ¿cómo podemos alejar tus pesares de tu mente y hacer que te relajes?”.

Vi cómo salía una sonrisa de sus labios y mi corazón se derritió. Se sentía tan bien ver que ya no había miedo en sus ojos, solo felicidad. Dec se acercó al sofá y una de sus manos empezó a acariciar su pierna.

Después de su baño, le había dejado una de mis franelas para que se pusiera, lo que le quedaba como un vestido que revelaba sus piernas largas y sensuales. Escuché cómo jadeó sobresaltada cuando la mano de Dec llegó al final de la franela y acarició su suave muslo.

Mi verga se endureció de solo pensar en las muchas formas en que podríamos distraerla. A juzgar por la manera en que ella sacudía su culo en mis piernas, ella lo sintió. La mordí en el cuello mientras veíamos el progreso lento y seguro de Dec. Él solo estaba jugando con ella. Para Cuando su mano llegó a su vagina, ella estaba retorciéndose e intentando soltarse de mí.

Pero eso no iba a suceder tan rápido. Ella tenía una lección que aprender. Con un movimiento, la levanté para que quedara acostada sobre mis piernas, la franela se levantó, mostrando su trasero redondo y desnudo de manera tentadora, que pensé que podría correrme ahí y ahora.

Ella gimió cuando bajé mi mano y azoté ese culo, tras ver la marca en rosa de mi mano.

“Cuando tomamos el control, cariño, significa que debes despejar tu mente. Solo debes sentir. Hay control, pero tienes el poder. Somos hombres posesivos. Brad no lo era. Él era un maldito acosador”. La azoté suavemente. “¿Entiendes la diferencia?”.

“Sí”, respondió, hundida sobre mí, empezando a entregarse.

Le di otra nalgada. “Esto es por no contarnos tus problemas, cariño”.

Cuando lo hice otra vez, con más fuerza, ella soltó un gemido. Dec abrió sus piernas y levanté mi mano una vez más. En cuanto la bajé, él metió sus dedos en su vagina.

“Oh, Dios”.

“Está tan mojada”, dijo. Con su mano libre, se bajó los jeans mientras seguía masturbándola con sus dedos. Solo se detuvo para sacar un condón de su bolsillo y ponérselo.

Le di otras nalgadas, más suaves, hasta que Dec se arrodilló en el suelo detrás de ella. Cuando la penetró, la envolví en mis brazos, acariciando sus pezones a través de la tela de la franela. La tuve en su lugar, sobre mi regazo, mientras él le daba en su coño.

“¡Dec, por favor!”, jadeó.

“¿Qué necesitas, dulzura?”, preguntó, con su mano acercándose por la cadera, hasta su coqueto —y rosado— culo. “¿Esto?”.

Sabía que su pulgar había entrado en ella cuando se arqueó, para sacarlo luego de su trasero.

“¡Oh, Dios!”, gimió nuevamente.

Dec no se detuvo, siguió cogiéndola con su pene y su pulgar. Él se corrió rápido y Hannah seguía pidiendo más. Ella necesitaba descargarse —cosa que él todavía no le había permitido— algo de lo que yo me aseguraría. Pero no hasta que aprendiera la lección.

Cuando se apartó para deshacerse del condón, le di una nalgada más. “No hay secretos entre nosotros”. Abrí sus piernas y coloqué mi mano abajo otra vez, esta vez asegurándome de que su vagina tuviera un ligero azote.

“¿Quedó claro, cariño?”, cuando no respondió de inmediato, la azoté nuevamente.

Esta vez, ella agitó su culo en el aire, pidiendo silenciosamente más. Dec se sentó en el sofá a mi lado, con su pene guardado y sus pantalones puestos.

“Sí”. Fue como una mezcla de susurro y gemido, y eso me excitó enseguida. La moví en el sofá para que se recostara sobre su vientre y con su cabeza sobre las piernas de Dec. Cuando me moví detrás de ella, levantó su cadera y abrió sus piernas, ofreciéndose. Podía ver su culo enrojecido y su resbaladizo coño. Todo lo de ella, y me lo ofrecía a mí.

Deslicé mi pene dentro con un golpe duro, demostrándole quién estaba a cargo. La rodeé con un brazo y encontré su clítoris con mis dedos, haciéndola soltar un grito de placer.

“No te detengas, Cole”, suplicó.

No podía parar de cogerla ni aunque quisiera. Estaba tan mojada y apretada, y con unos roces más en su clítoris, ambos nos corrimos juntos.

Después, cuando los tres estábamos contentos y relajados en el sofá, con nuestra chica entre nosotros y ella con mi franela puesta, Hannah se giró hacia mí con una sonrisa traviesa. “Creí haber escuchado que no me pondrían un dedo encima”.

Le sonreí y bajé la mano ahuecada para colocarla en su vagina. Todavía se sentía húmeda, y ella gimió y se retorció en mis brazos. Su ansiedad por nosotros parecía no tener fin. “Unas nalgadas son otra cosa. A veces necesitas saber quién está a cargo. Y además, te gustó, ¿no?”.

Ella gimió en aprobación.

“Por cierto, tenemos que meternos en esa cabeza dura tuya para que no tengas que lidiar con todo tú sola”.

Dec deslizó una mano bajo su franela y le pellizcó un pezón. Trabajábamos conjuntamente para mostrarle qué se sentía estar entre nosotros. Cómo siempre estaríamos allí, cuidándola. “Necesitas aprender a soltarte. Déjanos tener el control cuando se trate de cuidarte”.

Su respiración se acertaba mientras que los dedos de Dec rodeaban sus pezones, y podía sentir cómo se mojaba su coño de nuevo. Me giré hacia Dec. “Quizás debamos mostrarle lo bien que podemos cuidarla”.

La levanté y la llevé a mi cama, prometiéndome que nunca me cansaría de mostrársela.

OceanofPDF.com



D ECLAN

FUI el primero en levantarme a la mañana siguiente, y me sentía feliz de tener algo de privacidad. Desde que Hannah nos contó su historia la noche anterior, me moría por investigar un poco y ver lo que encontraba sobre el idiota que la tenía huyendo asustada. La mejor manera de vencer a un contrincante era saber de dónde venía y cómo pensaba.

Lo que encontré hizo que se me retorciera el estómago. Un militar hecho y derecho, alguien como el teniente coronel Bradley S. Madison parecía tener conexiones. Me sorprendía que no hubiera conseguido a Hannah todavía, eso solo confirmó lo bien escondida que estaba nuestra chica. Sin tarjetas de crédito. Sin cajeros automáticos, ni siquiera teléfono celular. Nada que indicara búsqueda alguna. Hasta ayer.

Con su primer y segundo nombre en el periódico local, solo era cuestión de tiempo. Al menos sabíamos lo que se avecinaba. Le informé a Jessie, Sally y Violeta Kane. Ellas se encargarían del asunto y todo el pueblo sabría que había que tener un ojo abierto ante un extraño y ante Hannah. Si

teníamos suerte, Brad ya habría renunciado a su obsesión, aunque no contaba con eso.

Había trabajado suficiente tiempo para saber que “una vez abusador, siempre abusador”. Y Hannah se le había escapado, por lo que estaría furioso. Él, al menos, la habrá rastreado solo para ganar esta pelea. Él no iba a dejar que una mujer se le escapara de entre los dedos.

Justo como Cole le dijo a Hannah la noche anterior, aunque queramos tener el control y ser posesivos, ese imbécil no era más que un acosador. Incluso la había buscado en el hospital donde trabajaba. No me sorprendía que ella se hubiera espantado tanto cuando fuimos dominantes con ella.

No solo fue con Hannah. Él tenía un historial de abusos, por lo que pude conseguir. Su ex anterior a Hannah le había dado una orden de restricción al bastardo, cosa que se había hecho pública, y no cabía duda de que vivía aterrorizada. Esa orden era solo un papel, no un escudo contra el peligro.

Una parte de mi, esperaba que él llegara a Bridgewater para poderle demostrar lo que significaba estar del otro lado de una paliza. Los hombres que golpean a las mujeres son los más débiles que existen.

Cuando Hannah y Cole bajaron las escaleras, les expliqué lo que había encontrado y los planes futuros mientras tomaba un café. La vi parpadear cuando le mencioné sobre informarle a Jessie y a los demás para tener los ojos abiertos. Era claro que no confiaba en la idea de compartir su historia, pero tampoco se esforzó mucho en detenernos. Esperaba que esto significara que se había cansado de correr y que estaba lista para luchar, en especial con todo un pueblo a su favor.

“Es solo que no quería meterlos en todo esto”, dijo. Se quedó mirando su taza.

La tomé en mis brazos y la abracé fuerte. “¿Qué te dijimos anoche? Es un honor y un privilegio para nosotros el cuidarte”.

Ella reposó su cabeza en mi pecho, pero se quedó callada.

Le di una palmada suave en el trasero. “¿Acaso tenemos que darte otra lección?”.

Se echó a reír y el sonido nos hizo sonreír a Cole y a mí. Hacía mucho tiempo que no la escuchábamos reír. Pero ahora que sus secretos se revelaron, ella podía empezar de nuevo con nosotros aquí, en Bridgewater. Con todo lo que sucedía en su vida, sabía lo suficiente para presionarla en ese tema pronto. Primero, teníamos que tratar con Brad y, luego, nos preocuparíamos en asegurarnos de que nuestra mujer se quedara con nosotros al fin.

Le di un beso en la cabeza y la alejé lentamente. “Me encantaría pasar la mañana con ustedes dos, pero tengo trabajo por hacer”.

Hannah se levantó. “¿Puedes llevarme al pueblo? Necesito llegar a la cafetería temprano”.

“¿Vas a trabajar en el turno matutino?”, preguntó Cole, sabiendo que no era su horario habitual.

Negó con la cabeza. “No, pero quizás haya alguien con quien quisiera hablar sobre algo”.

Su vaga respuesta nos tuvo a Cole y a mí con una mirada interrogante, pero lo dejamos pasar. Si iba a estar en la cafetería, confiábamos en que ella estaría a salvo. Se veía tan feliz... y un poco engreída, como si guardara un secreto. No me gustaban mucho los secretos, en especial con ella. Pero se veía emocionada esta vez, no asustada.

No fue sino hasta que nos dirigíamos al pueblo cuando quise que confesara. “¿Y qué es esta reunión misteriosa a la que te diriges tan temprano?”.

Cuando volteé a mirarla, vi que se sonrojaba y se mordía el labio. Ahora tenía más curiosidad.

“Puede que no funcione...”.

Me quedé en silencio, esperando que me contara. Funcionó, porque un segundos después se giró hacia mí, con una rodilla en el asiento y un rostro

brillante de la emoción. “Jessie me contó que el doctor Murphy se retirará pronto. Parece que busca algún reemplazo”.

Tan pronto el significado de eso hizo *click* en mi cabeza, tomé cada parte de mi fuerza de voluntad para no lanzar mi patrulla al camino y besarla locamente. La esperanza me volvió al cuerpo. El doctor Murphy había respondido a mi plegaria. Cole también. Demonios, quizás todas las personas nacidas en el condado durante 1975. Él había querido retirarse hacía unos cuantos años, o al menos eso quería su esposa. Ella debió ponerse firme de una vez por todas y, probablemente, el otro esposo del trío se puso de su parte, esperando mudarse los tres a Arizona y estar cerca de sus hijos y nietos. No me entusiasmaba mucho ver al viejo doctor irse, pero si eso significaba que Hannah podía quedarse...

“¿Eso significa que en serio consideras quedarte en Bridgewater?”.

Miró sus manos y luego a mí. “Lo estoy pensando. Es decir, no puedo asegurar nada aún, no hasta resolver mi situación con Brad y mis posibilidades de trabajo, pero siempre se necesita de un doctor. Incluso en Bridgewater”.

La miré. Solo escuché un montón de excusas para prolongar lo inevitable. “¿Pero me estás diciendo que quieres quedarte aquí con nosotros?”.

Se encogió de hombros y se acomodó en su asiento. Mordió su labio. “Si tú y Cole todavía me quieren”. Su voz era suave, como si le preocupara que la respuesta fuera no.

“No cabe duda, dulzura. Eres la indicada para nosotros. Solo esperábamos que lo admitieras”.

Ella no respondió y no la presioné. El hecho de que hablaría con el Dr. Murphy sobre, posiblemente, tomar su consultorio era buena señal. Ella sería nuestra. Solo era cuestión de tiempo.

HANNAH

MI ENTREVISTA con el doctor Murphy salió mejor de lo que esperaba. Tomé el riesgo y le expliqué mi situación; no era un tema que deseaba repetir, pero una vez que empecé, se sentía más fácil hablarlo ahora que mi secretos fueron revelados. Como era el único doctor del pueblo, estaba segura de que había escuchado lo mismo en toda su experiencia. Mi escape de Brad no fue nada comparado con las cosas que él habría visto. Aunque había explicado mi experiencia en medicina de emergencia y sentía que tenía talento para eso, el corazón de este hombre, probablemente, se mantendría sereno durante una situación angustiosa.

Tenía el presentimiento de que se retiraba más por su esposa que por sí mismo —él preferiría morir en su hogar y no en un campo de golf en Arizona, pero descubrí que tanto su esposa como el segundo esposo de ella estaban listos para mudarse. Sí, él tenía una relación de dos maridos y una mujer. ¡Estaban por todos lados!

Él amaba la idea de que tomara algunos de sus pacientes en su clínica, para empezar. Conocería el área de trabajo y a los pacientes, luego él reduciría poco a poco sus horas de trabajo y la gente de Bridgewater se acostumbraría a mí, aunque había ganado algo de mala fama en el lugar con todo el asunto de la traqueotomía de campo. Pasamos una hora bebiendo café —Jessie pasaba de vez en cuando para limpiar la mesa de al lado, claramente espiándonos— y hablando de la posibilidad de encargarme completamente del consultorio antes de las fiestas. Ellos querían mudarse previo a esas fechas y tener a sus nietos en su nueva casa en Arizona para Navidad.

Sonaba tan perfecto. Casi... parecía perfecto. Excepto que Brad seguía suelto por ahí.

Sonreí como una idiota durante la hora del almuerzo. Era increíble cómo mi perspectiva ante todo cambió después de contarles la verdad a Declan y a Cole. Quizás debí haberles contado sobre Brad y mi situación desde el principio. Aunque no los conocía entonces. No había tanta confianza en ese momento. Por primera vez, no estaba sola en este lío. Tenía personas preocupándose por mí y hombres en mi vida en quienes confiar. Quienes me podían proteger y cuidar. No podía evitar ver la manera en que Jessie me tenía el ojo puesto, la manera en que todos en la cafetería levantaban la mirada cada vez que la campana de la entrada sonaba. *Todo el mundo* estaba alerta.

Declan y Cole me buscarían para ir a cenar después de mi turno y no podía esperar para decirles sobre mi entrevista con el doctor Murphy. Miré el gran reloj en el muro de la cafetería y noté que tenía el tiempo justo para subir a mi apartamento y cambiarme el uniforme antes de que llegaran. Le dije a Jessie a dónde iba y que regresaría enseguida.

Se formaron nubes espesas en el cielo. Una tormenta de verano. El sol se había bloqueado y ya estaba oscuro tan temprano. El viento sopló fuertemente, haciendo que mi pelo golpeará mi cara. Quizás fue lo que no me dejó verlo —no al principio—. Estaba en la mitad de llegar a las escaleras cuando escuché su voz —esa voz— detrás de mí. “Hannah”.

Mi estómago se retorció con el sonido de mi nombre. Me quedé quieta, apoyada en el barandal. Se me heló la sangre y mis músculos se tensaron. No, no, no. Esto no podía estar pasando. Él no podía estar aquí. No ahora, cuando mi vida se estaba rearmando nuevamente. No fue la primera vez que lo había visto sobre mi hombro. Había sido una estúpida por haber bajado la guardia, aunque fuera por un minuto.

Girando lentamente, finalmente lo vi. Salió de las sombras y podía ver la ira emanando de él. Podía ver la tensión de su cuerpo mientras subía los escalones. No podía escapar. Estaba muy lejos de las escaleras y su amenazante y enorme cuerpo bloqueaba mi única salida de escape.



H_{ANNAH}

“BRAD, ¿QUÉ ESTÁS HACIENDO AQUÍ?”. La pregunta fue estúpida, porque sabía que venía por mí.

“Has sido una chica mala, Hannah”. La mirada en sus ojos mostraba locura, inestabilidad. Él había estado enojado antes, pero nunca de esta forma. Las venas en su cuello se marcaban con fuerza, igual que una en su sien. No llevaba su uniforme militar, solo unos jeans y una franela negra. Seguía con el corte de pelo característico y su rostro afeitado, sin nada que ocultara sus emociones desbordantes. “¿En serio pensaste que no te encontraría? Fuiste muy estúpida al usar solo tu primer y segundo nombre. Querías que te encontrara, ¿no es así? Querías que te persiguiera”.

Nunca lo había visto tan desquiciado. Antes tenía miedo de que me lastimara, ahora temía por mi vida. Él había venido desde cientos de kilómetros por mí. Solo había pasado poco tiempo desde ayer en la mañana que salió la noticia en el periódico. Él debió haberme buscado en línea y

tomado el primer avión. No había esperado. No, él había esperado por semanas el momento indicado para joderme. Y ahora, estaba aquí.

Un trueno resonó lejos. Si hubiera gritado, ¿alguien en la cafetería me habría escuchado? Mi pies se congelaron en cuanto el pánico me despojó de cualquier función cerebral. ¿Por qué podía abrir un agujero en la garganta de un hombre sin pestañear, pero me paralizaba completamente cuando estaba en peligro? ¿Debería subir las escaleras y tratar de pedir auxilio? No, él podría perseguirme y estaría peor sola con él en mi apartamento.

Esperé demasiado. Se acercó justo hasta un escalón delante de mí y me tomó por los brazos. La sensación de sus manos duras y el olor de su empalagosa loción de afeitar eran suficientes para despertarme de mi temeroso trance.

Grité y me alejé. Brad bloqueaba mi camino de regreso a la cafetería, donde había más gente, por lo que mi única opción era subir. No tenía alternativa más que ir a mi apartamento. Me volteé y traté de correr, pero una de sus manos tomó mi tobillo y caí en las escaleras, golpeando mis manos y rodillas contra la madera. Me revolví para levantarme. Con mi pie libre, lancé una patada que logró dar en su hombro.

“Maldita zorra”, gruñó dando un paso adelante para quedar encima de mí, pisándome. Podía sentirlo presionando mi espalda. “¿De veras creíste que no te encontraría?”.

Tomó un mechón de mi pelo y tiró, de manera que su boca llegara a mi oído. Grité de nuevo, pero el sonido era más débil debido a que mis pulmones y estómago estaban presionados contra las escaleras. El viento sopló otra vez y mi pelo me volvió a golpear el rostro. No podía quitármelo de encima porque mis brazos estaban atrapados debajo de mí.

“Me perteneces”. Su aliento era cálido en mi rostro.

Esto era de lo que estaba asustada. De su obsesión. Declan y Cole no eran así. La forma de comportarse, casi cavernícola, no era igual. Lo veía ahora y lo escuchaba ahora. Lo sentía. Ellos me querían, quizás tanto como

me quería Brad. Sin embargo, ellos no me querían como un objeto o una cosa, sino como una de ellos. Éramos un trío, que hacía a cada parte más fuerte. Claro que eran dominantes, pero eso me gustaba. Demonios, necesitaba que fueran así. Me ayudaban a relajarme. Tomaban mis preocupaciones y las reemplazaban con silencio, con paz. Con placer.

“Tú eres mía, ¡y siempre lo serás!”, ladró.

“¡No!”, grité, tratando de quitarlo de encima, pero era inútil.

“¡Nunca fue tuya y nunca lo será!”. La voz de Declan provenía del fondo de las escaleras y el sonido me hizo sollozar de alivio. Un segundo después, me quitaron a Brad de encima.

Escuché sonidos de pelea, pero no fue sino hasta que me levanté y volteé para ver que Declan y Cole le daban una paliza a Brad.

Era algo... Dios, algo maravilloso. ¡Ellos estaban aquí!

Brad seguía de pie lanzando golpes, pero no tenía oportunidad contra mis dos hombres. Solo ver sus rostros debía bastar para ahuyentarlo, pero él había sido un idiota demasiado tiempo como para pensar que alguien podría vencerlo. Ellos lo lanzaron hacia la cafetería y, luego, a través de la puerta. Corrí detrás de ellos, tropezándome con cada paso que daba.

Solté una risa ahogada cuando entré, siguiéndolos. Brad se encontraba en el suelo, con la nariz sangrante y moretones formándose en su rostro. Seguía consciente, pero no lo suficiente como para seguir peleando.

Se encontraba rodeado. Cole y Declan estaban encima de él, respirando agitados, pero sin ningún rasguño aparente. No habían acabado con él. Sabía que si Brad se levantaba, ellos continuarían con la paliza. Al lado de ellos, Jessie tenía una sartén sobre su hombro, lista para batear como en una temporada de *softball*. Y como si no bastara, tres clientes regulares, incluyendo al doctor Murphy, tenían desenfundadas sus armas y apuntando a la cabeza de Brad. ¡Montana era realmente el Salvaje Oeste! Aunque estaba acostumbrada a ver armas en salas de emergencias y no estaba a

favor de portar una, por una vez en mi vida me sentía feliz de verlas todas juntas.

Este bastardo podía ser apaleado, aplastado y disparado si intentaba mover un solo músculo.

“Hannah, ¿estás herida?”, preguntó el doctor Murphy, sin alejar el cañón de su arma de Brad.

“No, estoy bien”, dije, con voz agitada.

Declan estaba hablando por su radio, pero no lo estaba escuchando. Solo miraba al acobardado y derrotado Brad.

Cole bajó la guardia para acercarse y tomarme entre sus brazos. No me había dado cuenta de que estaba temblando hasta que me abrazó. “¿En serio te encuentras bien?”.

Negué con la cabeza. “Estoy bien. O lo estaré”.

Él besó mi cabeza y me apretó gentilmente. “No lo volverás a ver otra vez”. Se sintió tan bien estar entre sus brazos, saber que estaba a salvo. Que él me tendría a salvo. Y lo hacía.

Todo pasó muy rápidamente después. Declan llegó, me abrazó y me besó antes de entrar en modo policía malo. Después de leerle sus derechos a Brad, lo lanzó en un camión de patrulla que llegó con sus luces azules y rojas. Él me aseguró, antes de irse, que nunca volvería a ver el rostro de Brad y le creía. No estaba segura de qué iba a hacer el sistema judicial, pero sabía bien que había bastante tierra para enterrar un cuerpo, si él no era enviado a la cárcel para la satisfacción de Declan.

Todos guardaron sus armas; Jessie dejó la sartén y la colocó debajo del mostrador. Todos regresaron a sus mesas a comer, aunque la noticia del incidente llegaría a los oídos de todo el pueblo, propagándose como el fuego. Le estaba dando mucho de qué hablar. Jessie me dio una taza de té, mientras que Cole atendía mis rasguños y moretones. Sonrió y me miró con esos ojos claros mientras decía, “ahora soy yo quien está jugando a ser el doctor, aunque se me ocurren mejores formas de hacerlo”.

Sí, estaba segura de que él podría pensar en cosas *mucho* mejores.

“No vamos a perderte de vista, cariño”, dijo.

Me gustaba cómo sonaba eso. Después de todo lo que pasó con Brad, pasará un tiempo antes de que me sienta bien estando sola, incluso sabiendo que Brad estará en prisión. “Bien”.

Con mi respuesta de una palabra, me llevó escaleras arriba y me ayudó a recoger algo de ropa y accesorios que podía llevar a su casa. Él no iba a apartarse de mi lado en ningún momento.

Aunque sabía que Brad no me perseguiría, mis manos seguían temblando mientras pasaba el cierre de mi bolso de viaje.

Cole tomó la bolsa. “Oye”. Levantó mi barbilla forzándome a cruzar la mirada con él. “Se acabó”.

Esas palabras fueron un bálsamo frío y dulce. Era demasiado bueno para ser cierto. Después de vivir una pesadilla por mucho tiempo, era difícil creer que Brad estaría, por fin, fuera de mi vida. No tenía que esconderme nunca más. Con un brazo en mi cintura, Cole me sacó de mi apartamento, pasó entre mis vecinos y amigos que me cubrían la espalda y me ayudó a subir a su camioneta.

Se sintió bien. Estar con él, con Declan. Y ahora no tenía que volver a esconderme. No tenía que vivir con miedo. Tenía dos hombres protegiéndome. Queriéndome. Complaciéndome o, al menos, esperaba que lo fueran a hacer pronto.

Me volteé hacia él con la mejor sonrisa que pude ofrecer. “Llévame a casa”.

OceanofPDF.com



C OLE

HANNAH ESTUVO callada la mayor parte del viaje hacia mi rancho; yo tomé su mano y la sujeté fuertemente. Preferiría mil veces manejar con una mano a tener que soltarla. Me quedé callado, dándole algo de espacio para que ordenara su cabeza ante todo lo ocurrido. A decir verdad, necesitaba algo de tiempo para mí también. No todos los días uno ve al amor de su vida en peligro, y yo todavía temblaba.

Brad. Era un enorme sujeto. Músculos duros y lleno de ira. Ira hacia Hannah.

Si no hubiéramos llegado a tiempo...

Si algo le hubiera pasado a ella...

Pero era inútil pensar en eso. En todos esos “si”. El más grande “si” era que si él no la hubiera jodido, ella nunca habría llegado a Bridgewater.

El único consuelo era que, aunque él la había lastimado en el pasado, no lo volvería a hacer otra vez y nosotros estaríamos cerca para asegurarnos de

que fuera así. Apreté la mano de Hannah suavemente mientras nos dirigíamos a casa.

“Lo siento”, le dije.

Ella había estado mirando su ventana, pero al escuchar mis palabras, se volteó a verme.

“¿Lo sientes? Ustedes me salvaron”.

“No estuvimos ahí a tiempo”.

Ella suspiró y apretó mis dedos. “No tienes por qué estar siempre ahí. No soy ninguna niña, no necesito niñeras”.

Tenía razón. No podíamos estar con ella todo el tiempo. No éramos así. Asfixiantes. Controladores. Ella necesitaba vivir su vida y yo esperaba que, al final del día, ella quisiera venir a casa con nosotros.

Dec arribó al rancho unos minutos después de que habíamos llegado nosotros. Fue a la cocina, donde Hannah estaba bebiendo su té y yo la veía como una maldita mamá gallina. Dejaría de observarla. Eventualmente. ¿Quién podría culparme?

Se hundió en una silla mientras nos explicaba cómo le había encomendado a Brad a sus compañeros para que fuera registrado y procesado. Se rascó la cabeza; su pelo rojo se enrespó en todas direcciones y miró hacia la mesa. “No podía soportar el tratar con ese imbécil más de lo necesario. Si me dejaban solo en una habitación con ese bastardo...”. Cortó el comentario sacudiendo la cabeza. Estiró una mano sobre la mesa y sujetó la mano de Hannah. “Además, quería regresar y asegurarme de que estuvieras bien”.

Ella le dio una sonrisa floja. “Me siento bien”.

Sabía que era una exageración, pero lo dejé así.

“Gracias”. Se volvió a mí. “Gracias a los dos. Si no hubieran llegado a tiempo...”.

Meneé la cabeza, recordando cómo me sentí cuando vi a ese sujeto pisándola contra las escaleras. Eso solo fue el comienzo de sus planes para

ella. Él había llegado desde California, por lo que no había ninguna maldita manera de que viniera solo para intimidar. No, él planeaba lastimarla. “No tiene caso seguir con eso, cariño”.

Sí, no quería partir mi cabeza por eso.

Asintió en acuerdo y tomó un sorbo té. “¿Y qué pasará con él ahora?”.

Dec cambió su voz al modo de policía que tanto conocía, mientras explicaba qué procedimientos se seguirían. Al final, dijo: “Aunque sea militar, lo que hizo está fuera de su jurisdicción. Sería complicado para ellos involucrarse, pero resumiendo la historia, nunca más tendrás que preocuparte por ese sujeto otra vez”.

Me miró a mí y podía leer su mente con facilidad. Si la ley no lo alejaba, nos encargaríamos de él. No cabía duda de que otros en el pueblo ayudarían también, incluso trayendo las palas.

Los hermosos ojos verdes de Hannah se llenaron de emoción. “Qué bueno escuchar eso. Pero a lo que me refería era a qué ocurrirá ahora... con nosotros”.

Dec y yo cruzamos miradas rápidas, esta vez por sorpresa, antes de volver a ella. “Bueno, ¿qué quieres que pase?”, preguntó Dec. Sonó un poco precavido y no podía culparlo. Ella había vivido un infierno y sobrevivió. Más que querer que llevásemos las cosas al siguiente nivel, era probable que ella pidiera algo de espacio. Algo de tiempo. Le daríamos todo lo que ella necesitara, pero sería una pesadilla el esperar.

Ella se lamió los labios y jugó con el mango de la taza. “Hablé con el doctor Murphy esta mañana”.

Vi a Dec sentarse derecho; una nueva energía lo hacía lucir como si fuera a saltar de su asiento en cualquier momento. “Ante toda la locura, lo había olvidado. ¿Y?”.

¿Y? No tenía idea de qué estaban hablando. ¿Por qué ella necesitaba ver al doctor?

Sus labios se tornaron en una sonrisa. “Y podría ser la nueva doctora interina si acepto el trabajo. No tendría los privilegios de hospital como él, pero los podría conseguir”.

Había escuchado que el doctor Murphy quería retirarse, pero no tenía muchos detalles al respecto. Hasta ahora. Quedé boquiabierto en cuanto me golpeó la idea de lo que significaba. Ella quería quedarse aquí..., con nosotros. Aunque teníamos una pequeña clínica en Bridgewater, ella necesitaría ser capaz de admitir pacientes que necesitaban cuidados más serios en hospitales cercanos como en Bozeman o Helena. No estaba al tanto de las legalidades de mover a un doctor a un estado diferente de trabajo, pero tenía el presentimiento de que no era imposible.

Ella se volteó a verme y me informó de todo lo que le había comentado a Dec temprano. Cuando terminó, él y yo estábamos a punto de saltar de la emoción. “¿Entonces te quedas?”, pregunté. Tenía que escucharla decir la única palabra.

Por un momento lucía tímida, su mirada pasó por la mesa, luego a Dec y luego a mí. “Solo si ustedes dos están seguros de que...”.

“Estamos más que seguros”, dijo Dec, sin dejarla terminar. Sonrió de oreja a oreja.

Me levanté de mi silla y me acerqué a su asiento. Inclinándome, la abracé por detrás, busqué con mis labios el punto sensible de su cuello, aquel en el que sabía que la haría temblar. Respiré su aroma. “Cariño, no hay nada que nos pueda hacer más felices. Eres nuestra, ahora y siempre”.

Se dio la vuelta para sonreirme. Ella no se había asustado esta vez cuando la declaré como mi propiedad. Nuestra propiedad. “Entonces supongo que debería decirle al doctor Murphy que estoy lista para empezar de inmediato”.

Dec se levantó y se acercó a Hannah por el otro lado. “No tan rápido. Pienso que el doctor podría entender si necesitas unos cuantos días...”.

“Semanas”, le aclaré.

Me sonrió. “Unas cuantas semanas para recuperarte”.

Se turnó para mirarnos a los dos. “¿Recuperarme?”.

“Mmm-hmm”, murmuré en acuerdo mientras me inclinaba para soplarle el cuello; mis manos rozaron entre su cintura y cadera haciendo que se retorciera en su asiento. “Estoy seguro de que Jessie y el doctor entenderán que tus hombres necesitan algo de tiempo para cuidar de ti. Después de todo lo que pasó, mereces algo de cariño y mimos. Es lo que recetó el doctor Cole”.

Dec ya estaba tomando su mano, ayudándola a bajar de su asiento. “Y el tratamiento comienza ahora, dulzura”. Le dió una suave nalgada que la puso en dirección a las escaleras. “Ahora sube las escaleras y vamos a nuestra cama”.

OceanofPDF.com



H_{ANNAH}

EL SEVERO sonido de la voz de Declan ordenándome subir las escaleras fue suficiente para mojar mis pantis. Yo era fácil, lo admito. Aunque solo con ellos. Probablemente, fue la descarga de adrenalina que tuve más temprano, pero estaba temblando de la emoción mientras ellos me seguían a la habitación. Dos hombres grandes iban a dominarme y controlarme, y yo lo deseaba. Después de Brad, cualquiera pensaría que yo evitaría a todos los hombres. Lo opuesto parecía ser este caso. Anhelaba a estos dos. Los necesitaba.

Me subí a la cama inmediatamente. Había perdido la vergüenza hacía tiempo, ante la impaciencia por tenerlos a ambos dentro de mí. Dejándome caer sobre mi espalda, tomé el cubrecama con mis manos, mientras los veía acercarse hacia donde yo estaba, mirándome con sus ojos llenos de deseo y sus penes presionando visiblemente en sus pantalones.

Ellos eran los indicados para mí. En esta habitación me sentí segura, protegida, amada, querida. Quizás ellos estaban obsesionados conmigo,

pero ¿que fueran ellos quienes lo estaban? Estaba de acuerdo con eso. De hecho, estaba más que entusiasmada por verlos dejarse llevar por su obsesión, ya que sabía lo que eso me traería.

Placer.

Declan se inclinó un poco y comenzó a desabotonarme el uniforme. Gemí.

Sus dedos se detuvieron. “¿Qué?”.

“Esta ropa es un repelente de hombres. ¿Cómo es que ustedes me prefieren en esta cosa horrenda?”.

Entonces, sonrió. “No te queremos en ella. Estoy tratando de sacarte de allí”.

Entorné mis ojos, mientras Cole vino por mi otro lado y jaló el dobladillo por lo que se quedó apiñado alrededor de mi cintura. “Te tomaremos de cualquier manera que podamos. ¿No te has dado cuenta de ello a estas alturas, cariño?”.

Vi la inquietud en sus ojos.

“¿Qué?”, pregunté.

“Sabes que *realmente* te queremos. Lo hemos dejado en claro. Pero creo que puedo hablar por Dec cuando digo que estamos dispuestos a esperar, a estar contigo de cualquier manera que tú quieras. Es tu elección. Nosotros solo queremos sobras. Lo que sea estés dispuesta a darnos”.

Miré entre los dos hombres: grandes y anchos, musculosos, fuertes, valientes. Cole estaba haciendo todo esto por mí. Sí, habían dicho que me querían. Al comienzo, no lo había creído realmente, pero habían estado demostrando una y otra vez que estaban allí para mí, para cualquier cosa.

Los había estado evitando todo este tiempo. Sí, me había desnudado con ellos en la primera cita, pero mantuve mis sentimientos lejos. Les había dado mi cuerpo, pero nada más. Ellos me deseaban. De alguna manera, sabían que yo era exactamente lo que ellos querían desde el primer momento en que me vieron. Y aun así, seguí echándolos a un lado.

Tenía miedo de que fueran lastimados por Brad. De que fueran heridos por mi culpa. Es por eso que no podía enredarme con dos hombres. No pensé que fuera capaz de confiar en lo que me decían, que mientras ellos querían que fuera suya, totalmente, yo jamás había expresado querer que ellos fueron míos.

Ellos me dijeron que me querían. Una y otra, y otra vez. Y aún estaban esperándolo.

Las lágrimas inundaron mis ojos.

“Oye, ¿a qué viene esto?”, preguntó Declan, limpiando una de las lágrimas que se había deslizado por mi mejilla.

“Lo siento”, dije, tratando de contener fuertemente las lágrimas. Mientras que mi uniforme era tan feo como podía serlo, no quería que me vieran fea también por llorar.

Cole asintió ligeramente y, entonces, comenzó a alejarse de la cama.

“No”, dije, tomando una de sus muñecas. Me senté y él se mantuvo quieto. No lo solté. Pasé mi mirada de uno al otro, viendo cómo mantenían toda su atención en mí.

No quería dejarlos ir jamás.

“Quiero decir, lo siento. No confiaba en ustedes. Lamento no haber tomado en serio las intenciones que tenían conmigo”.

“Nosotros hemos dicho...”.

Interrumpí a Declan. “Lo sé. Ya han dicho que yo soy de ustedes todo este tiempo. Pero yo lo entendí como posesividad y no de la buena manera. Solo pude pensar en Brad. Nunca les creí, realmente. Ustedes hablaban de vivir juntos y compromiso, hipotecas y bebés”.

Cole reaccionó ante esto último. “¿Quieres tener bebés?”.

Limpié la última gota de mi ojo. No podía más que sonreír ante su entusiasmo. “Sí, algún día”.

“Eso es bueno, porque queremos un montón de ellos contigo. Prácticamente, un equipo de fútbol completo”.

Deslicé mi mano desde su muñeca hasta su palma para entrelazar nuestros dedos.

“Es eso, justamente. Ustedes lo sabían desde el comienzo, pero yo no me di cuenta de la profundidad de sus intereses”.

“Quizás no fuimos claros al decírtelo”, dijo Declan, tomando mi mano y sosteniéndola de manera que todos estábamos conectados.

“Lo hicieron”, les confirmé.

Él sacudió la cabeza. “Probablemente, no dijimos las palabras correctas”.

“Dec tiene razón. Dijimos todo menos las dos palabras más importantes”. Cole alzó nuestras manos unidas y besó mis nudillos. “Te amo, Hannah Lauren Winters”.

Mis lágrimas reaparecieron, pero también lo hizo un sonrisa.

“Y yo te amo”, añadió Declan. “Quizás te digamos que eres nuestra, pero ¿aún no te has dado cuenta de que somos tuyos?”.

Asentí, sollozando. “Sí, hace como tres minutos”.

“Puedes pedirnos todo lo que quieras”.

“¿Incluso en la cama?”, pregunté con una sonrisa maliciosa en la boca.

“Si tú quieres hacer lo que te dé la gana conmigo, estoy de acuerdo con ello”, añadió Declan.

Paseé mi mirada entre ambos, sabiendo que a ellos no les gustaría eso todo el tiempo. Tampoco a mí, así que se los dije. “No, me gusta cuando ustedes hacen lo que les da la gana conmigo”, admití. Bajé mi mirada a la cama y luego hacia ellos. “Los amo. A ambos”.

Las miradas en sus rostros fueron algo que jamás había visto antes. No eran de lujuria, tampoco rabia. Eran de... adoración, veneración, amor.

“¿Quieres esto con nosotros, Hannah?”, preguntó Declan. “¿Todo?”.

Respiré hondamente, sintiéndome feliz en extremo. Brad se había ido. No tenía más preocupaciones al acecho, nada que me tuviera mirando sobre mis hombros. Solo el futuro.

Con ellos.

“Sí. lo quiero todo con ustedes. Pero...”.

“¿Pero?”, preguntó Cole.

“No quiero bebés en este momento. Me gustaría hacerme cargo del consultorio del doctor Murphy primero”.

Ambos asintieron. “Sin bebés por ahora. Aunque eso no significa que no podamos practicar”, Cole dijo sonriendo y Declan guiñó un ojo.

Me reí. “Sí, practiquemos”.

Dicho esto, Declan colocó su mano sobre mi esternón, presionándome hacia atrás con gentileza. Mi falda se había caído y Cole intentaba llevarla hasta mis caderas otra vez.

“Bonitas pantis”, dijo él con una voz profunda. Mis pezones se endurecieron con el simple cambio de tono. Sí, amaba cuando ellos tomaban el control. “Quítatelos”.

OceanofPDF.com



H_{ANNAH}

HICE LO QUE ME PIDIÓ, contorsionándome mientras ellos miraban. Amé tener sus ojos sobre mí. Saber que estos hombres, que estos grandes vaqueros eran míos, hizo que mi corazón se hinchara y mi vagina se mojara.

Declan abrió mi uniforme y desabrochó el sujetador por la parte del frente, para que mis senos quedaran desnudos. “Abre tus piernas para nosotros”, me ordenó. “Muéstranos esa rica vagina tuya”.

“No, nuestra”, mientras la mirada de Cole se deslizaba de arriba abajo por mi cuerpo. Vi el calor abrasador y nada más. “Esa vagina nos pertenece a nosotros, ¿no es así, Hannah?”.

Mordí mi labio para evitar jadear, al tiempo que asentía y lentamente abría mis piernas. Cuando ellos permanecieron callados y Declan arqueó una de sus cejas rojizas, las abrí aun más. Yo sabía que estaba mojada y, por la forma en la que Cole hizo un pequeño sonido con su garganta, supe que lo había percibido.

“Juega con tus tetas”, dijo Cole, al tiempo que se montaba en la cama, desabrochándose el pantalón durante el proceso. Sus ojos no se despegaron de mí.

“Muéstranos cómo te gusta”, pidió Declan. Recordé que él había dicho lo mismo antes, esa primera noche en el camión y que eso me había asustado. Ahora temía que no les gustara lo que veían, especialmente desde que había estado vestida con ese aburrido uniforme. Pero, cuando vi el gran pene de Cole saltar libre al tiempo que él se bajaba los boxer, dejé ir todas mis preocupaciones. Envolví mis senos con mis manos, amando la manera en la que estos hombres no podían despegar sus ojos de mí. Retorcí mi pezón con mi pulgar y dedo índice. Cole se acercó a mi lado y gentilmente movió mis manos hacia los lados. Tomó el control, inclinándose para cubrir con su boca una de mis endurecidas puntas y chupó... Fuerte. Su otra mano envolvió mi otro seno, jugando con él.

Chillé y arqueé mi espalda, mientras él seguía pellizcando y chupando. No estaba siendo gentil, pero tampoco quería que lo fuera. Esta atención me hizo olvidar de todo, menos de mis hombres. Ellos me estaban atendiendo, cuidándome, amándome.

Mis ojos se cerraron mientras me deleitaba con esta dulce tortura, pero estaba vagamente consciente del movimiento al pie de la cama. Fui tomada por sorpresa cuando Declan agarró mis muslos y los abrió aun más, hasta que mis piernas estuvieron lo más abiertas que podían. Entonces él enterró su cabeza entre ellas, colocando su boca en mi vagina, lamiendo a lo largo de ella y, luego, abrió los labios con sus dedos para poder hacer círculos con su lengua sobre mi entrada. Su desarreglada barba de la tarde raspaba el lado interno de mis muslos de la manera más deliciosa posible, añadiendo el placentero dolor que Cole les estaba infligiendo a mis pezones. La lengua de Declan golpeaba en mi clítoris y un dedo se deslizó en mí, haciendo círculos sobre mi punto G.

Tenía una de mis manos enredada en el cabello de Cole y la otra sosteniendo la parte trasera de la cabeza de Declan, presionándolos a ambos hacia mí al tiempo que me retorció bajo ellos, elevando con rapidez mis caderas cada vez que la lengua de Declan se alejaba de mi vagina y gimiendo de disgusto cuando Cole dejaba un pezón para ir en pos del otro. Dios, no quería que se detuvieran nunca.

Pero lo hicieron. Declan levantó su cabeza y busqué su mirada más allá de mi cuerpo desnudo. Sus ojos eran de un azul tormentoso; sus labios, mojados y brillantes por mis jugos. “Si esta vagina nos pertenece, entonces este trasero virgen también”.

Giró su muñeca dejando sus dedos adentro de mí, pero acarició con su pulgar sobre esa otra entrada sensible.

Me retorcí ante la sensación. Mi clítoris estaba hinchado y adolorido, y él seguía con sus dedos dentro de mi vagina. Y ahora esto.

“Shh, despacio”, me dijo.

Dejé caer mi cabeza hacia atrás mientras él continuaba jugando: haciendo círculos, presionando hacia dentro.

Al principio luché contra él, la reacción instintiva de mi cuerpo era mantenerlo afuera. Pero, cuando bajó con su cabeza otra vez, posando su lengua sobre mi clítoris, suspiré y dejé que todo fluyera. Fue entonces cuando mi abertura se abrió como una flor y su pulgar se deslizó adentro.

Escuché la tapa de la botella de lubricante, pero no abrí mis ojos. Su pulgar se deslizó hacia afuera y sentí una pequeña humedad mientras volvía a presionar hacia dentro, introduciendo el líquido, y repitiendo una y otra vez, añadiendo más lubricante a medida que se adentraba.

Me sentí tan resbalosa en esa parte de mi cuerpo que no fue doloroso. Sí, hubo un ligero ardor, un ensanchamiento, pero también se sintió muy bien. Cole había vuelto a jugar con mis senos y ahora disfrutaba de las ventajas de tener a mi disposición dos bocas y cuatro manos. De las cosas que podían hacer...

“Oh, Dios...”, gemí, incapaz de contenerme. No podía contener nada con ellos, especialmente mi placer cuando ellos eran tan decididos, tocándome, lamiéndome, estimulándome hasta el borde del abismo, y luego hasta más allá de él.

Grité, chillé sus nombres, enredé mis dedos en sus cabellos.

Perdí la noción del tiempo. Si ellos estaban intentando demostrarme cuán adorada era... Bueno, misión cumplida. Para el momento en el que el orgasmo se desvaneció, no estaba segura de si alguna mujer había sido tan espléndidamente lamida, chupada, tocada y deseada. Siguieron dedicados a mí, incluso luego de que yo llegase. Mi vagina seguía palpitando gracias a la boca de Declan, mi trasero contrayéndose alrededor de su pulgar, deseando más, queriendo ser penetrado a mayor profundidad. Luego de acabar por segunda vez, finalmente pedí un tiempo. Bueno, no les pedí que se detuvieran, exactamente...

“Fóllenme”, supliqué. “Necesito ser follada. Por ambos, por favor”.

Esas fueron las palabras mágicas.

Yo era una masa gelatinosa sin huesos, pero cuando Declan me ordenó ponerme en cuatro, me las arreglé para voltearme con una pequeña ayuda de mis hombres. Cole se acostó sobre la cama, con su cabeza en las almohadas, mientras Declan se colocaba detrás de mí.

“¿Confías en nosotros, cariño?”, preguntó Cole, levantando su mano para darme una nalgada. Mis senos colgaban, pesados y adoloridos, con los pezones duros y un poco maltratados por su apasionada atención.

Con tan solo una juguetona palmada en mi trasero me sorprendí y sentí mis senos oscilar.

“Respóndele, Hannah”, dijo Declan. Se inclinó sobre mí y sentí la cálida longitud de su pecho presionando contra mi espalda. “¿Confías en nosotros?”.

“Sí”, respondí rápidamente. No había ninguna razón para demorarme. Lo hacía. Confiaba en ellos completamente y con todo mi ser.

“¿Quieres recibírnos a ambos?”, me preguntó, rozando sus labios sobre mi hombro. Un escalofrío recorrió mi espalda. “Yo estaré en tu culo y Cole profundo en tu vagina”.

“Sí”, respondí.

Cole sonrió y me hizo un gesto con su dedo, por lo que levanté mi rodilla sobre sus caderas, de manera que quedé sentada a horcajadas sobre él. Tomando su pene con mi mano, lo acaricié una y otra vez antes de elevarlo y guiar la hinchada cabeza hacia mi entrada.

Él tomó mi muñeca. “Condón, cariño”. Soltó esas palabras entre dientes, sabiendo que él estaba tan impaciente como yo.

Sacudí mi cabeza, mordí mi labio, y liberé el agarre de su pene, cosa que me hizo descender sobre él, un delicioso centímetro a la vez. “Estoy tomando píldoras”.

Cole gruñó. “Mierda, Hannah. Yo jamás lo he...”.

Sus palabras fueron interrumpidas cuando me elevé y luego me dejé caer sobre él, metiéndolo todo de un solo golpe.

“...sin condón antes”.

Él se sintió bien sin ningún látex separándonos. Era todo Cole, todas las sensaciones.

“Tampoco yo, pero si vamos en serio con todo esto, entonces no quiero que nada se interponga entre nosotros”.

“Dios, que candente”, dijo Declan, deslizando su mano por mi espalda.

“Ven acá. Dame un beso”. Cole enganchó mi cuello y me atrajo hacia abajo. Su boca era suave, dulce y gentil. Completamente lo contrario a lo que estábamos haciendo. Sentí el amor en esto, la forma en que sus caderas se levantaron y descendieron, con suavidad, como si estuviera disfrutando cada momento en el que estábamos piel con piel.

Escuché el chorro del lubricante, el sonido de la mano de Declan deslizándose de arriba abajo por su pene. Sus dedos húmedos resbalaron a

través de mis pliegues y sobre el hueco por el que iba a entrar pronto. Estaba lista para él. Se había asegurado de que yo lo estuviera.

“Yo también, dulzura. Nada entre nosotros”, me dijo Declan, al tiempo que sentía la ancha cabeza de su pene presionando contra mí.

Agachada como estaba, él quedaba perfectamente alineado para penetrarme. Para ser follada por ambos. Los dos a la vez.

Cole me soltó, pero sostuvo la parte trasera de mi cuello con gentileza. Vi el oscuro deseo en su mirada. “Lentamente. Deja entrar a Dec”.

Asentí ligeramente y me quedé solo mirando a sus ojos, mientras Declan tomaba posesión de mi cadera, y empezó a presionar cada vez más y más.

“Presiona hacia atrás, Hannah. Bien. Otra vez. Sí, respira. Ya casi...”.

Gruñí cuando Declan me dilató, y luego penetró a través del anillo muscular que se resistía.

“Oh, Dios mío”, balbuceé. Había una pequeña irritación, pero no era tan mala. Ellos me habían preparado bien, pero no tenía idea que sería así. Estaba tan llena de sensaciones tan intensas. No, eran más que intensas, puesto que habían traído lágrimas a mis ojos. Me sentí vulnerable y poderosa al mismo tiempo. Jamás había estado así de abierta, así de expuesta ante nadie antes. Esta tenía que ser la cosa más íntima que había hecho jamás. Aun así, me sentí poderosa. Era quien nos estaba conectando. Aquella que nos hacía “nosotros”. No una pareja, pero quizás el comienzo de una familia. Yo era el centro, el corazón de esto.

“Calma”, dijo Cole otra vez. “Buena chica. Solo toma un minuto. Shh”.

Sacudí mis caderas, relajé mis manos sobre las sábanas y arqueé mi espalda. Tomó algo de tiempo para que se ajustara. Respiré profundamente, ahogando las tontas lágrimas.

Lamí mis labios, sentí el pecho de Cole subir y bajar, sus grandes manos sobre mis caderas. Declan acariciaba con una mano mi espalda, mientras sostenía mi trasero. El aroma a sexo se arremolinaba a nuestro alrededor.

Perfumado y embriagador. Esto no era un pequeño apareamiento en la oscuridad. Carajo, ni siquiera era un rapidito sobre la mesa de la cocina. Todo aquí se trataba de follar. Caliente y húmedo, ruidoso y sudoroso. Y lo amé.

Me sacudí un poco más, echándome para atrás y Declan se deslizó un poco más profundamente. Cole miraba por encima de mi hombro.

“¿Lista para más?”, preguntó Declan.

Asentí, con mi cabello largo moviéndose sobre mi espalda desnuda.

“Dilo, dulzura. Di que quieres que tus hombres de follen juntos”. Las palabras de Declan fueron tan carnales, tan lujuriosas. Me estremecí.

“Quiero que ustedes... Quiero que ustedes me follen juntos”, susurré, como si necesitase ser llamada antes de la tormenta.

Cole me levantó para poder deslizarse debajo de mí, hasta que solo su ancha cabeza se clavó en mis húmedos pliegues, mientras Declan se adentraba más y más. Mientras él lo sacaba, aplicaba más lubricante, facilitando su incursión a mis profundidades.

Presioné mis manos contra el pecho de Cole, arqueando mi espalda, moviendo mis caderas lo mejor que podía, frotando mi clítoris sobre Cole. Era demasiado. Ellos eran lo mejor. Dios, *nosotros* éramos demasiado.

“Voy... Me voy a correr”, resoplé. Mis ojos estaban cerrados y sentí el sudor bañando mi piel. El cuerpo de Cole estaba tan caliente bajo mis palmas. La respiración de Declan resoplaba en mi oído, al tiempo que sentía sus caderas presionando contra mi trasero.

“Estoy adentro. Mierda, Hannah, eres perfecta”.

Sí, él estaba completamente adentro. Tan profundo y abriéndome tanto. Entonces, él se salió lentamente, mientras Cole me clavaba profundo.

“Esto... ¡Es demasiado!”.

“Córrete”, dijo Cole, estableciendo su ritmo. Cuando sentí que Declan se contenía, él me empezó a poseer con penetraciones profundas, haciendo

que mi estrecha entrada apretara y exprimiera la totalidad de su miembro mientras se movía.

Me corrí. Quizás porque Cole lo ordenó, pero yo sabía que era porque había sido demasiado. Había estado reprimiéndome en mi vida, con mi relación con ellos y me había estado perdiendo todo el placer que ella tenía para darme.

Y ahora, me entregaba a ella. No reprimía nada de mis hombres. Me retorcí sobre el regazo de Cole cuando me vine. Las paredes internas de mi ser ordeñando sus penes, deseándolos más adentro y aún más profundo.

Declan colocó una mano sobre mi hombro mientras que me clavaba completamente, gritando al momento de correrse. Él me mantuvo allí quieta mientras lo hacía, pero fue soltando lentamente su agarre en mí, dejando que sus manos se cayeran. Cuidadosamente se deslizó fuera de mí y pude sentir su semen manando después. Haciéndose a un lado, le permitió a Cole tomar mis caderas y girarme para ponerme de espaldas sobre la cama. Entonces, me empaló sin contenerse ni un poquito. “Dios, Hannah. Sí. Amo esto contigo. Te amo”.

Su ritmo salvaje me tenía corriéndome otra vez, aunque dudé si alguna vez mi primer orgasmo se había detenido. Levanté mis rodillas y atrapé sus caderas, pero él tomó mis tobillos y se los puso sobre sus hombros, penetrándome aún más profundamente.

Él entró una, dos, varias veces y acabó. Yo me vine con él, sin límites, sin restricciones.

Colapsé sobre su pecho, quedando enredados con nuestros cuerpos sudorosos y su pene retornando a su tamaño normal en mi interior.

Sentí a Declan deslizarse a mi lado. Cole se volteó, colocándose entre ellos.

“Eres nuestra”, dijo Cole, repitiendo esas palabras posesivas. Sí, ellos eran posesivos, y ahora sentí que, incluso, habían sido obsesivos. Nada como Brad. Más bien habían sido perfectos. Perfectos para mí.

Brad había arruinado mi vida, me obligó a dejar todo lo que conocía. Y gracias a ello, había encontrado el lugar adonde pertenezco. Lo bueno de lo malo. La luz en la oscuridad.

Estiré mi mano y tomé el muslo desnudo de Declan, y coloqué mi otra mano sobre el pecho de Cole.

Ellos me habían reclamado, marcado como suya... Y yo no lo habría querido de otra manera.

“Son míos”, juré.

Tenía el resto de mi vida para intentarlo, pero supe que jamás tendría suficiente de ellos.

**¡La serie del Condado de Bridgewater comienza con Llévame rápido!
¡Lee el primer capítulo ahora!**

Ellos la tomaron una vez. Después de siete años de servicio militar, están en casa. Ahora, la tomarán de nuevo.

Rory y Cooper no habían olvidado a Ivy. Ella era la indicada para ellos, la única que se volvió suya en una noche llena de estrellas, antes de embarcarse al campamento militar. Ellos no esperaban que pasaran siete años antes de volverla a ver. Ella había cambiado, tenía secretos. Pero no les importaba. Ellos harían todo lo posible para hacerla suya una vez más porque, en Bridgewater, un sólo vaquero nunca es suficiente.

¡Advertencia: Puede derretir panties! “Llévame rápido” es la 3era entrega de una serie salvajemente caliente, donde dos vaqueros alfa dominantes intentan volver a enamorar a la mujer que reclamaron aquella noche

estrellada. El final feliz está únicamente relacionado con ella – nada de hombre/hombre.

Lea **Llévame rápido** ahora!

OceanofPDF.com

CONTENIDO EXTRA



¿Adivina qué? Tengo contenido extra para ti. Así que regístrate en mi lista de correo electrónico. Habrá contenido extra especial, solo para mis suscriptores. Registrarte te permitirá saber sobre mi próxima publicación tan pronto como esté disponible (y recibes un libro gratis... ¡uau!)

Como siempre... ¡gracias por amar mis libros y las montadas salvajes!

<http://vanessavaleauthor.com/lista/>

OceanofPDF.com

¡RECIBE UN LIBRO GRATIS!

Únete a mi lista de correo electrónico para ser el primero en saber de las nuevas publicaciones, libros gratis, precios especiales y otros premios de la autora.

<http://vanessavaleauthor.com/v/ed>



OceanofPDF.com

TODOS LOS LIBROS DE VANESSA VALE EN ESPAÑOL

<https://vanessavaleauthor.com/book-categories/espanol/>

OceanofPDF.com

ACERCA DE LA AUTORA

Vanessa Vale es una de las autoras más vendidas de USA Today. Sus novelas románticas y sexys incluyen sus populares series de romances históricos en Bridgewater y novedosos romances contemporáneos. Con más de un millón de libros vendidos, Vanessa escribe sobre chicos malos sin reparo alguno, que no solo se enamoran, sino que se enamoran perdidamente. Sus libros están disponibles en todo el mundo en varios idiomas, en libros electrónicos, impresos, de audio e incluso como un juego en línea. Cuando Vanessa no está escribiendo, saborea la locura de criar a dos niños y descubre cuántas comidas puede preparar con una olla a presión. Si bien no es tan hábil en las redes sociales como sus hijos, le encanta interactuar con los lectores.

<https://vanessavaleauthor.com>



[OceanofPDF.com](https://oceanofpdf.com)